

YO FUMO
PARA OLVIDAR
QUE TÚ BEBES
Martín Casariego

Siruela Policiaca



YO FUMO PARA OLVIDAR QUE TÚ BEBES

MARTÍN CASARIEGO

Martín Casariego

**Yo fumo para olvidar
que tú bebas**

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: octubre de 2020

En cubierta: fotografía de © Johan Swanepoel

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Martín Casariego Córdoba, 2020

Autor representado por

MB Agencia Literaria

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18436-18-5

Conversión a formato digital: María Belloso

La serie de Max Lomas está dedicada
a los que quiero y a los que me quieren.
Creo que, felizmente, son los mismos.

*Van Horne suele encender
los cigarrillos
que H. fuma
y luego deja pasar el tiempo
contando los pasos del humo.*

PEDRO CASARIEGO CÓRDOBA,
La canción de Van Horne

1

La conocí en Madrid, un fin de semana libre, en el bar de copas en el que por entonces ella trabajaba de camarera. Estábamos en primavera, detalle intrascendente, pues a las historias de amor cualquier estación les sienta bien. En cierto modo todo comenzó allí. La piel, las canciones, los tiros. El mundo, mi vida.

Todo.

Fue en 1988. Lo que cuento aquí sucedió, pues, hace ya muchos años, en una época más libre y salvaje, como el jinete de la película de Jane Fonda. En algunos aspectos mejor; en otros, peor. Los de piel fina deberían tenerlo en cuenta. Eran los tiempos del fin de la Movida, y todavía se oían en los bares y en las radios canciones en las que el estribillo era, por ejemplo, *Ayatollah, no me toques la pirola*, y títulos como *Los chochos voladores* o *Me gusta ser una zorra*. ¿Y qué decir de una letra como la de *Sí, sí*, de los Ronaldos? Hoy sería un escándalo.

Yo iba solo, como de costumbre. Al abrir la puerta me llegaron los primeros acordes de *Good vibrations*, de los Beach Boys. *Ahhh... I love the colorful clothes she wears...*

Y la vi.

Fue verla y que me hiriera un rayo que todavía no ha cesado. El bar estaba bastante concurrido, pero para mí fue como si solo estuviésemos nosotros dos.

Elsa tenía veinte años y yo, veinticinco. A esas edades, ella se creía que tenía derecho a ser feliz y yo empezaba a dudarlo. Y sin embargo fue entonces cuando encontré la felicidad.

Me duró dos años.

No está nada mal. Hay felicidades que duran segundos.

Si la hubiera visto Ariosto, habría dicho eso de que la naturaleza la hizo y después rompió el molde. Tenía una bonita melena rubia y vestía falda escocesa, blusa blanca y unos zapatos rojos con tacón, más apropiados para atraer las miradas de los varones que para trabajar tras una barra. Mi primer impulso fue huir. Los cinco siguientes, acercarme. Probé un recurso desesperado: imaginarla con cincuenta años. Con sesenta. Con setenta. No surtió efecto. Hasta entonces me había enamorado dos veces, una en el colegio y otra en la universidad. Pero aquello que sentía ahora era nuevo y sospeché que, en realidad, nunca me había enamorado. Desvié la mirada. No quería enfrentarme a sus ojos. No quería saber su nombre. Quería huir. Quería saber su nombre. Quería llevarla a mi pensión.

Se acercó para atenderme. Soy un imán para las mujeres, y más si son camareras. Era delgada y tenía los ojos verdes, de ese verde que a veces se vuelve azul o gris, de ese verde que te hace dudar si es azul o gris, y entonces la chica saca la errónea conclusión de que no te fijas de verdad en ella. Su cara resplandecía, alegre, pero, me pareció, dejaba traslucir que había sufrido. Según

Oscar Wilde, en el amor comienza uno por engañarse a sí mismo y a veces logra engañar al otro.

Tenía que engañarla.

—Hola.

Me quedé callado, mirándola. No por aplomo, sino por deslumbramiento.

Mirando su mirar ardiente, honesto. De todas las sentencias que he escuchado acerca del amor, una de las pocas que salvaría es la de que existen los flechazos. ¿Han visto alguna vez, en cámara lenta, cómo una bala traspasa tejido animal? Es algo así.

—Hola —repetió, sin saber disimular del todo su impaciencia ante mi silencio—. ¿Quieres algo?

—Supongo que no te descubro América, pero tengo que decirlo: estás bárbara.

—Es que me llamo Bárbara La Marr —me vaciló.

Tenía un aire a Ava Gardner, aunque en rubia. La cara alargada, la expresión de los ojos algo burlona, la boca grande y los labios finos, los pómulos marcados. Delante de mí, nunca nadie sacó ese parecido. Igual solo yo se lo encontraba.

—¿Tu segundo apellido es Debuena?

Era una broma de la época, en la línea de Almodóvar y Patty Diphusa.

Se le escapó una sonrisa.

—Imbécil. Me llamo Elsa.

Que accediera a decirme su nombre era un buen augurio.

Compensaba lo de «imbécil». Aunque quizá incluso lo de «imbécil» fuese un buen augurio.

—Yo, Max.

—Bueno, Max, ¿vas a tomar algo? A ese lado de la barra os divertís, y a este trabajamos.

—Un ron con Coca-Cola, Elsa.

Seleccionó la botella. Ahora sonaba *Always on my mind*, de Pet Shop Boys. Me gustaba, aunque soy de los que prefieren la versión original.

La de Elvis.

—*If I made you feel second best, girl I'm sorry I was blind* —cantó para sí misma.

O quizá para mí.

—¿Por qué me miras así? ¿Tienes algún problema con mi voz?

—Claro que tengo un problema con tu voz.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Que me gusta.

Si a esa música se le sumaba la banda del tintineo de los hielos, el sonido del ron cayendo sobre ellos, las burbujas del refresco estallando, el efecto era fantástico.

Bueno: lo era, sobre todo, por ella.

—¿Qué nombre es ese de Max? ¿Maxwell?

Se mezclaban en su pregunta la intención y la ingenuidad, de modo semejante a como ocurría con su forma de vestir.

—Máximo. Máximo Lomas, para servirte.

—¿Me tomas el pelo? ¿Máximo Lomas, Máximo Lo Más? —Me miraba sonriendo con los ojos—. ¡Venga ya! Es un chiste, ¿verdad?

—Si lo es, es de mis padres. Me limito a intentar hacerle honor. Conocí a una chica que se

llamaba Dolores Mento, y la llamaban Lola, claro...

Me dejó con la palabra en la boca. Lo lamenté, aunque también la disculpé. Tenía que atender un montón de gargantas sedientas. Tenía que seguir poniendo copas a un ritmo infernal.

2

Así que continué escuchando la música, bebiendo e imaginando cómo era aquella desconocida a la que acababa de conocer. Entre copa aquí y copa allá, *maquíllate, maquíllate*, intentaba no perder el tiempo cuando me concedía algunos segundos.

—No tengo novia.

—Pena, penita, pena —se burló—. La música, alegre, que la tristeza ya la pone el mundo.

Y ya estaba dándose la vuelta para irse y dejarme abandonado.

No tenía corazón.

—Ponme una margarita, por favor. Ya sabes, bien de sal en los bordes. ¿Y quién ha dicho que no tener novia sea triste?

No conseguí retenerla ni un instante. Pero al menos tenía un motivo para volver. Lo hizo al cabo de unos minutos, con el cóctel. Di un trago, tras chupar un poco la sal del borde de la copa.

—¿Cómo está?

Antes de contestar, di unos sorbos.

—La estoy deshojando. Me gusta, no me gusta. Me gusta...

Me miró molesta. Aún tenía el corazón blindado.

—¿Te han dado plantón, con lo resalao que eres? Me cuesta creerlo.

Se fue al otro lado de la barra, donde la reclamaban dos chicas. Y así iba pasando la noche, trago a trago, yo cada vez más bebido y más enamorado.

—Voy a darte un consejo —le dije, la siguiente vez en que tuve ocasión de hablarle—: cástate con alguien que te quiera mucho.

Es el tipo de consejo que uno da cuando está borracho.

Ella, rápida, me puso la mano delante de la cara, mostrándome un anillo abrazado a su anular.

—Ya lo he encontrado. Yo también he venido sola, pero estoy casada. ¿Y tú? ¿Polígamo?

Lo decía por los anillos que adornaban mis manos. Dos en la izquierda y tres en la derecha.

O las reforzaban, cuando había que repartir estopa.

—Creo que acabo de hacerme monógamo.

Llegó un quinqué algo más joven que yo, vestido a todo lo que daba. Fue a la barra y llamó a Elsa, que se acercó. Él le cogía de la mano, del brazo, y ella se lo quitaba de encima como podía. Parecieron discutir. La cosa no pasó a mayores y el pretendiente, enfadado, se marchó. Moscones revoloteando alrededor de Elsa había muchos. Pero ese había sido el único en transformarse en pulpo.

Confiaba en que a mí no se me pudiera catalogar de moscón.

Pero en realidad eso no dependía de mí. Dependía de que le gustara o no a Elsa, pues un galán no es sino un moscón que le gusta a la chica. Es el amor de la chica lo que le convierte en galán.

Seguimos coqueteando. O yo intentándolo, atornillado a la barra, mientras ella atendía a la clientela. Una conversación intermitente.

—No te hagas ilusiones, Max: me gustan rubios.

—Y a mí morenas, Elsa. Pero ya ves, el amor escribe caminos rectos con flechas torcidas.

Ahora sonaba *Cuatro rosas*, de Gabinete Caligari.

Muy original, me imaginé que Elsa llevaba unas bragas rosas.

Pensar algo así es como oír el toque de corneta: ha llegado el momento de la retirada.

Justo a tiempo: era la hora del cierre. Aguardé a que recogiera y a que le pagaran. No me costó mucho aguantar las severas miradas del encargado. Asumí hace tiempo que el mundo está lleno de perros del hortelano.

—Vaya, eres de los que no se rinden fácil, ¿verdad? —me dijo, bolso en mano.

—Verdad. Pero solo cuando merece la pena.

Se despidió de las otras dos camareras y del encargado, y se dirigió hacia la puerta. La seguí. En la calle la temperatura era agradable, aunque ni de lejos tanto como estar cerca de ella.

En una esquina, una pareja de yonquis compraba una dosis a su camello.

Había un pobre hombre en la acera, con algunos paquetes de pañuelos de papel, al lado de otro que vendía bocadillos. Elsa se acercó al de los pañuelos, al que le faltaban un brazo y varios dientes.

—Hola, rubia, ¿ya para casa?

Elsa le dio un billete de cien, el marrón con el músico calvo como un huevo.

—Me da pena —me confió—. Siempre le compro uno, aunque no los necesito.

Nada más decir eso, estornudó. Se echó a reír.

—¡Vaya, igual sí los necesito! Bueno, ¿y tú? ¿Quieres aprovecharte de mí, verdad?

—No, eres una mujer casada —dije con sorna—. ¿Me crees tan malvado?

—No. —Marcó una pausa, antes de agregar—: Te creo más.

—Vamos a tomar algo para que veas que soy muy bueno.

—Estoy cansada.

Casada y cansada. Quiso la lengua castellana que únicamente hubiese una letra de diferencia.

—¿Otro día?

Dudó un momento.

—Vale. El jueves que viene, que libro.

Trabajando a quinientos kilómetros, el día no me venía muy bien.

Pero quedar con ella me venía de maravilla.

—De acuerdo. ¿Aquí mismo? ¿A las nueve?

—A las diez. Ya cenados. Pero no te lo creas, ¿eh? Hoy me has pillado con las defensas bajas. Nos miramos.

—No estás tan buena como te crees...

Era cierto: estaba mucho mejor.

—Pero reconozco que me encantas.

Iba a acercar mi cara a la suya, cuando me puso la mano en el pecho. Había adivinado mis

intenciones. No era necesario ser la sibila de Delfos.

—Alto, prefiero que no me beses.

—Si ya nos hemos besado.

—¿Y eso?

—El primer beso se da siempre con los ojos.

—Pues entonces ya vas servido, Max.

—¿Y por qué no quieres que te bese con la boca?

—Porque... ¿Y si me gusta?

Sin darme tiempo a replicar, se dio la vuelta y comenzó a alejarse taconeando. Era un espectáculo hermoso, aunque se estuviera distanciando. Cuánto más lo sería si estuviera viniendo. La vi perderse por la calle, sin volverse para mirar atrás.

Pena, penita, pena.

No pude regodearme mucho en mi tristeza. Una sombra se proyectó sobre la acera y se detuvo a mis espaldas. Parsimonioso, como si fuera un aventajado alumno del yoga hatha, me volví.

Era el quinqui con el que había discutido Elsa. El pulpo. Nos miramos en silencio. Desde luego, yo no iba a empezar ninguna conversación. Y si creía que me amedrentaba, iba listo.

Al final habló él.

—Te gusta la juerga, ¿a que sí? Ya es un poco tarde, ¿no?

Cuando me hacen dos preguntas tan seguidas dudo a cuál contestar primero, así que permanecí callado.

—Soy el Jari.

Mi cuerpo me pedía decirle «Encantado», pero callé.

—No quiero que vuelvas a este bar. Por tu salud, ¿eh? Te puede sentar muy mal.

Como vio que me obstinaba en mi silencio, agregó, amenazante:

—¿Entendido?

Seguí las lecciones de Maharishi Mahesh Yogi y me di la vuelta sumido en un mutismo trascendental.

Emprendí el camino hacia mi pensión, buscando la luna en el cielo.

La encontré. Fue fácil. La luna llena solo sabe jugar al escondite los días nublados. Blanca, espléndida, reluciente.

Pensé que quizá Elsa la estuviera observando también en ese preciso instante.

No era un pensamiento muy original.

Pero, en mi caso, constituía toda una novedad.

3

Como la mayoría de mis colegas, solía ir con ropa ligera, deportiva, para pasar desapercibido.

Escolta privado por resolución del Ministerio del Interior, tras un curso de cuatro meses. Protección integral, dinámica y estática. Técnicas de seguridad en vehículos, conducción evasiva, defensiva, ofensiva. Caravanas e itinerarios.

Vestía normalmente vaqueros, una camisa, chaqueta, gabardina o abrigo, según el tiempo, y unas deportivas, por si había que correr.

La observación como fuente de información y técnica disuasoria. Las estrangulaciones. Defensa contra ataques de puño y pierna. Técnicas de proyección.

Ahora bastaba con la camisa. Y la chaqueta, veraniega, de lino, para disimular el arma. Era un magnífico día de primeros de junio, soleado, no del todo habitual en San Sebastián. Un sitio curioso, donde los guardaespaldas los necesita la oposición y no el Gobierno, observaba el profesor.

Mi protegido, que ya había cumplido los sesenta, tenía buena pinta. Era más bien alto, delgado, con el pelo castaño corto, no tanto como para que no pudiera hacerse la raya a un lado. Solía vestir informalmente, aunque con coquetería. Sus ojos eran azules, a veces penetrantes, a veces soñadores, y usaba gafas de miope y de vista cansada. Dos semanas atrás, se había quedado absorto observando una silla desvencijada junto a un cubo de basura y había murmurado: *Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt*.

Por vanidad, por hacerme el listo, por evitar que diera por hecho que ser guardaespaldas equivalía a carecer de cultura, dije:

—Hay lágrimas en las cosas que conmueven el alma mortal. Virgilio.

Me miró estupefacto.

—Una posible traducción, entre muchas —reaccionó.

Aunque pusiera esa pega, a partir de esa fecha me regalaba citas y me trataba con mayor familiaridad; tampoco excesiva, pues era un hombre reservado.

Casi tanto como yo.

En cualquier caso brotó así una cierta complicidad entre nosotros, o una mutua simpatía. Me sentía más cerca de él que de mis colegas, pese a que, a la vez, ambos éramos conscientes de que nos separaba una línea que ninguno iba a franquear. Porque no sería lo correcto y, también, porque en el fondo ninguno lo deseaba.

La Constitución española. La infracción penal. Técnicas de primeros auxilios.

—Cuando yo era chaval, iba con mis colegas de fiesta y hacíamos siempre el mismo circuito,

primero el Chapas, luego, a eso de las dos, el Charlis, y para rematar, a las cuatro, el Chambelán, ahora caigo en que todos empezaban por che, de joven no caes en esas cosas, ¿cierto, ahijado? Y en el Chambelán siempre estaban las tías más buenas. Un día dijo el Nandi, tenías que haber conocido al Nandi, era como un caracol, rastrero y baboso, pero tenía su gracia, ¿y por qué no empezamos por el Chambelán, que es donde de verdad hay material de primera? Y lo hicimos, ¿y sabes qué pasó?

Nuestro protegido no era ni gobierno ni oposición. Era, simplemente, un profesor universitario que no se callaba ante el terror. Y por ello necesitaba escolta para que no le metieran un tiro en la nuca. Por sostener, recurriendo a Schopenhauer, que las religiones, y el nacionalismo era una de ellas, son como las luciérnagas, que necesitan la oscuridad para brillar.

—Pues que las del Chambelán eran igual de callos, lo que pasaba era que nosotros llegábamos más cocidos. Esa noche aprendimos mucho de la vida, y eso no te lo enseñan en la universidad, así que deja de presumir con que empezaste Bellas Artes y con que acabaste Filología.

El que habla de forma tan basta no es, claro, el profesor, sino mi compañero, Alfredo García. Su incontinencia verbal a veces me divierte, a veces me harta y a veces me ofende. Y entonces querría su cabeza. Me ha preguntado por mis estudios, le he contestado y no le ha hecho gracia. Solo se sacó la EGB. A los catorce años se puso a ayudar a su padre en una sastrería. Él es el único que lleva siempre traje, por chulería y como homenaje a su padre.

—Si un día conoces al Nandi y te propone ir de campin, dile que ya tienes plan, una vez fui con él a La Pedriza, se pasó la noche tirándose pedos, le daba igual dormido que despierto, si no abro la cremallera morimos asfixiados, tengo que presentarte al Nandi, cuando quieras quedamos y nos echamos unas risas, ¿este fin de semana?

—No hay prisa, Fredo.

Abandoné muy pronto Bellas Artes porque comprendí que no tenía verdadero talento. Casi ningún pintor lo tiene, pero yo me negué a llenar de más cuadros inútiles un mundo infestado de ellos.

Descubrí, en el centro de Johannesburgo, que en cambio sí valía para la acción.

Acabé Filología, pero el suceso de Sudáfrica me había marcado. La frase del Eclesiastés, «Quien ama el peligro, perecerá en él», se me antojaba más una invitación que una advertencia. Y por apartarme de mis padres y por seguir mi camino me hice guardaespaldas.

Habíamos estado antes en la Universidad del País Vasco, a las puertas del despacho del profesor y del aula en la que había impartido una clase de Filosofía. También a la universidad había llegado el terror. En el pasillo, junto a la puerta de su despacho, habían pintado sobre un fondo azul un hacha con la serpiente enroscada y las siglas de la banda terrorista. La obra de arte tenía el tamaño de la puerta. Para hacerla se habían tomado su tiempo, y nadie lo había impedido. Tampoco el rector se molestaba en ordenar que la borrarán. Llevaba allí un mes. Hasta llegar al despacho se pasaba por un rosario de pintadas, «PRESOAK KALERA», caras con una diana y las siglas del PSOE o de AP, «INDEPENDENTZIA SOZIALISMOA GORA ETA», «ETA ESKERRIK ASKO!».

Incluso había una pintada personalizada: «TE METEREMOS UNA BALA POR EL ANO HABER SI TE GUSTA».

Él se lo tomaba con humor, y yo le admiraba por ello.

—Estos vándalos deberían leer a Aristófanes, que dice que donde se está bien, allí está la patria. Me duele más ese «haber» que el mensaje. Pensar que lo haya escrito uno de mis alumnos

me produce escalofríos.

Desde la facultad se llegaba a La Concha en un santiamén por la avenida de Tolosa.

García y yo estábamos en la terraza del Hotel de Londres. En uno de los urinarios de los aseos había un adhesivo con una arañita, y a García le gustaba «disparar» contra ella. También le gustaban los que tenían cubitos de hielo, para derretirlos.

Uno acaba conociendo bastante íntimamente a un compañero de trabajo, sobre todo si no se calla ni bajo el agua.

Bueno, también se aprende mucho de los silencios. Como comprobaría más adelante, García llegó a conocerme muy bien.

Mejor que yo a él.

El profesor nadaba cuarenta metros mar adentro. Cuando alzase la mano, nos acercaríamos a la orilla, pues significaría que el baño había concluido. García y yo permanecíamos vigilantes, atentos a cualquier comportamiento extraño o sospechoso. Si un varón —descartados niños y ancianos— se aproximaba a nuestro protegido, uno de nosotros dos se internaba unos pasos en la arena.

Nadaba despreocupada, alegre, anárquicamente. Resultaría facilón decir que se le veía como pez en el agua. Así que diré que era como si estuviese regresando a la infancia.

Aunque puntualmente había cambios de turnos, casi siempre mi pareja era García. Pasaba con él, pues, muchas horas. Medía 1,78, algo menos que yo, tenía cuarenta y dos años, diecisiete más que yo, unas manos grandes como mazas, nariz de exboxeador, lo fue a los dieciocho, cuando, según su expresión, repartía hostias como panes. Tenía una barba densa, cerrada, que se afeitaba una o dos veces al día, y en cambio empezaba a escasearle el pelo en la cabeza, lo que combatía con escaso éxito echándose minoxidil y otros potingues.

El profesor seguía bañándose. Ahora hacía el muerto, dejándose mecer por las olas. Unas gaviotas le sobrevolaron, chillando con las alas desplegadas.

Me pregunté en qué pensaría, haciendo el muerto en el mar, un hombre amenazado por ETA. ¿Pensaría, como yo, en que las estrellas y las letras rojas del Hotel de Londres parecían salpicaduras de sangre?

—Pues es un tío que ha hecho mucho dinero, no es un pringado, y su mujer, imagínate si estará buena que me casaría con ella aunque me prohibiera estrictamente a rajatabla ver a otras. Total, que estamos de parrillada en su chaletón en Montepíncipe, y le digo «carbón y whisky, parecen mis Reyes», ¡no veas cómo se destornilló de risa! Creo que estoy haciendo muy buenos contactos para el futuro...

Apenas habían pasado dos días y no veía el momento de volver a estar con Elsa.

4

Mientras me dirigía a la cita no las tenía todas conmigo, pero veinte minutos después de que yo llegara, allí estaba, resplandeciente. Eso sí, con cinco minutos de retraso. En cuanto a mí, había seguido la máxima de Nelson. Para ganar una batalla, llega quince minutos antes que el enemigo.

Y allí estaba el enemigo. Con una aliada. Inferí que trayendo carabina quería dejar claro que no era una chica fácil.

Casada, sí. Pero fácil, no.

—Me gusta mucho cómo vistes —solté de buenas a primeras.

Era cierto.

—Tú lo que quieres es acostarte conmigo.

También eso era cierto.

—Además de guapa eres inteligente.

La amiga seguía la conversación moviendo la cabeza, como en un Borg-McEnroe.

—¿Sabes qué? Cuando lo consigas, si es que lo consigues —se apresuró a matizar—, perderás la ilusión por alcanzarlo. Por cierto, te presento a Blanca.

Mi nombre ya se lo debía de haber dicho.

—Hola.

No hizo ni ademán de darme un par de besos para saludarme, así que el esfuerzo de adelantarme e inclinarme lo hice yo. Bueno, así paliaba mi descortesía de haber tardado en saludarla. Llevaba un peinado entre gracioso y grotesco, raya en medio y el pelo recogido a un lado y a otro en dos rodetes. Solo con muy buena voluntad uno se acordaba de la Dama de Elche y no de las orejas de Minnie. Bueno, quizá fuese influencia de la Princesa Leia.

—¿Ya has cenado, no?

—Sí.

—Chico obediente —se burló—. Pues vamos a tomar una copa. Pero aquí no. —Señaló el bar en el que trabajaba—. En la competencia.

Seguí sus pasos hacia un bar que estaba en la otra acera, treinta metros más allá. Caminaba derecha, erguida, majestuosa, irradiando seguridad. Había que bajar unas escaleras. El ambiente era húmedo y el olor no muy agradable. Al menos la música me gustaba (Fischer-Z, Ramones, Blondie, Bruce Springsteen, The Cure), y las paredes estaban llenas de fotografías enmarcadas de actores de la época clásica de Hollywood.

—¿Te gusta el cine?

—Mucho.

Sacó un cigarrillo de una cajetilla de Dunhill y me miró con él entre los dedos, esperando. Blanca observaba, con un brillo de adoración en los ojos. Yo solía llevar un mechero, así que le di fuego.

—A lo mejor un día podemos ver una película juntos —dijo, coqueta.

—Elsa podría ser actriz si quisiera —intervino Blanca—. Fue Miss Villaverde 1984. ¡Era la más guapa con diferencia! Imagínate, hubo una que se la chupó a dos del jurado y ni con esas, se tuvo que conformar con Miss Simpatía. Ese microdetalle lo dice todo.

—¿Y cómo sabes eso?

—Lo sabe todo Villaverde.

—Blanca —dijo Elsa, que se había ruborizado, pese a haber ganado el premio de Belleza y no el de Simpatía—. Hay cosas que no hay por qué contarlas.

—¿Nunca te han propuesto ser modelo?

Elsa me miró, burlona, como diciendo: Seguro que se te ocurren piropos mejores, vaquero.

Blanca contestó por ella.

—Se hizo un *book*, la enseñaron a andar, andar no es nada fácil. Pero es un mundo muy frívolo y Elsa no quiso entrar en el juego.

Ahora quien miró a Elsa con expresión burlona fui yo, como diciendo: Seguro que sabes contestar tú solita, vaquera.

Yo pedí un ron, Blanca un gin-tonic y Elsa un refresco.

Según mi experiencia, cuando quedas con una chica, que se presente con otra y que no beba alcohol no son señales muy alentadoras. Pero la miraba y su rostro era lo único que importaba.

—Me han echado garrañón —dije.

A partir de ese momento empecé a pedir cocacolas y a rellenar los vasos con mi petaca plateada.

—¿Y tu marido, dónde está?

—De viaje. No es celoso, así que me deja salir cuando me quedo solita. Sabe que no voy a hacer nada malo. Como me decían las monjas, la culpa no está en el sentimiento, sino en el consentimiento.

—¿Qué monjas?

—¿No lo sabes? A Elsa la...

Una patada en la espinilla abortó la explicación de Blanca Leia.

—Es una larga historia —dijo Elsa.

La noche es para los jóvenes, y nosotros lo éramos y nos seguimos adentrando en ella, Elsa fumando, yo bebiendo y la amiga idolatrando a Elsa. Supongo que era todo lo que ella querría ser: guapa, naturalmente distinguida y desenvuelta. Me di cuenta de que no la conocía demasiado, pero la tenía en un pedestal, idealizada.

Me pregunté si no estaría yo cometiendo el mismo error.

—No le hagas daño —me dijo, aprovechando que Elsa había ido al servicio.

—¿Por qué me dices eso?

—Eres muy guapo y ella, aunque va de fatal, es muy inocente. No olvides ese microdetalle.

Siguió avanzando la noche.

5

Siguió avanzando la noche, y me maravillaba que Elsa aguantase tan animada sin alcohol ni drogas, el combustible de los noctámbulos.

—¿Te gusta el fútbol?

—Sí. ¿Y a ti?

—También.

—El fútbol me parece una tontería —intervino Blanca—, once hombres en pantalón corto dando patadas a un balón.

—Veintidós —corrigió Elsa.

Me dio la sensación de que no era yo el único a quien la opinión de Blanca le traía al fresco.

Elsa sacó un cigarrillo y aguardó con él entre los dedos. Por jugar, seguí la conversación sin sacar el mechero. Al cabo de un minuto me rendí.

—He estado a esto de marcharme —me advirtió, haciendo que casi se tocaran el índice y el pulgar, y echó humo por la nariz—. O de pedir fuego a otro. Max, creo que ya tienes edad para no andarte con bobadas y decidir si eres un caballero o un borde.

Esa noche aprendí que Elsa jamás se encendería un cigarrillo si había un hombre en cien metros a la redonda. Y yo prefería ser ese hombre.

En algún momento la llamé Luciérnaga.

—¿Por qué me llamas así?

—Porque solo te veo de noche.

Estalló en una carcajada.

—¡Pero si solo me has visto dos veces!

Y en algún momento, aprovechando de nuevo que Elsa se había ido al baño, la amiga me hizo un mohín con los labios. Aunque bastante borracha, Blanca continuaba al pie del cañón. Yo tocaba madera para que se retirara, pero aguantaba más que Bukowski.

Acabamos en un bar en el que había un piano y en el que cantaba una señora de sesenta años, y por un segundo pensé que mi borrachera era de felicidad.

Y en algún momento Elsa me confió que creía en brujos, espíritus y reencarnaciones. Y también, lo que parecía una contradicción, que iba a misa los domingos y las fiestas de guardar, una herencia de las monjas.

—Aunque, ¿sabes qué? —cuchicheó, como si fuera a revelarme un peligroso secreto—. No estoy nada segura de que exista Dios.

Y en otro me contó que se había sacado el carné de conducir, que iba a una academia de baile

y que tomaba clases de inglés y de *mecagonafría*, así que no tenía mucho tiempo libre.

—¿Meca qué?

—¿Estás sordo, cariño? Mecanografía, para teclear rápido a máquina. —Se ruborizó.

También me contó que tenía una hermana pequeña, Rosa.

—Nuestros padres nos abandonaron ante la puerta de un convento, Rosa tenía solo dos meses. Por eso me han educado unas monjas.

Me pareció novelesco, inventado. Pero ¿para qué inventarse algo así, algo que no procuraba ningún prestigio?

—¿Y tú? ¿Fuiste a un colegio de curas?

—Fui a uno laico. Pero había un cura que, ahora que lo pienso, igual era de los de dejad que los niños se acerquen a mí. Cada vez que me cruzaba con él, me detenía poniéndome las manos en los hombros, me miraba con unos ojos azules, acuosos, y se inclinaba para besarme en la frente. Nunca pasó de ahí. No soy escritor, así que lo he superado.

—Lo de que nos abandonaran lo llevábamos en el apellido: Arroyo. Aunque creo que no es nuestro apellido auténtico.

—Lo siento.

—¿Por qué lo sientes, acaso no me ves bien? —Me miró desafiante, burlona—. Hay más cosas, pero ya irán saliendo. Y por eso dejo que me invites, porque ese dinero automáticamente lo considero un ahorro y pasa a la cuenta de Rosa, tengo que mantenerla.

—¿Ella no trabaja?

—Tiene catorce años. Quiero que estudie, que se forme. Saca muy buenas notas —agregó con orgullo.

En ningún momento me dio pie a que la besara, así que no gasté ese cartucho, y tampoco cometí la estupidez de estropearlo todo diciendo que la quería, porque era demasiado pronto, aunque ya la quería. Y en algún recoveco de la noche, ya avanzada, propuso ir a bailar, algo que yo llevaba un rato temiendo.

El baile es la fase más horrible del cortejo.

—Salir y no bailar es como no salir, ¿no crees, cariño? Y no saques tu amiguita de plata, que hay unos matones que no veas.

Pero mi petaca llevaba ya un rato seca. Como imaginaba, también a la discoteca se apuntó Blanca, uno de cuyos rodetes, a esas alturas de la noche, se había deshecho. Elsa, caritativa, la ayudó a repeinarse.

Y me esforcé por que no se me notara —aunque seguro que se me notaba— que no me gustaba nada bailar, y ahí estábamos los tres, bailando a todo lo que dábamos *Love is in the air*, de John Paul Young, *And I don't know if I'm being foolish, don't know if I'm being wise*, y era absurdo, pero sentía que me faltarían las fuerzas para vivir sin ella.

Y seguimos bailando otras canciones, y salimos cuando cerraron la discoteca.

Y cuando cerraron la discoteca era ya esa hora en la que, débiles, las luces de las farolas y las del nuevo día luchan por prevalecer las unas sobre las otras.

Y era también esa hora en la que el deseo y el amor se confunden, y luchan entre sí, y uno no sabe si está enamorado o solamente excitado. Y de pronto, impulsivamente, Elsa acercó sus labios a mis oídos, cuando ya su amiga había abierto la puerta del taxi, y me susurró:

—Y uso diu, por si te interesa saberlo.

Debí de poner cara de bobo, pues se vio obligada a añadir:

—Dispositivo intrauterino. Y tengo un lunar negro en la espalda, culpable de mi mala suerte.

Y cuando, sin darme tiempo a reaccionar, se reunió con su amiga en el interior del taxi, supe de nuevo que sí, que me había enamorado, y que de nada servía atormentarme con la duda. Y el olor del tabaco impregnando mi ropa, mientras conducía hacia San Sebastián, no me desagradó porque parte de ese olor me lo había pegado ella.

6

Aunque había jóvenes, sobre todo franceses, la mayoría superaba los treinta. Soplaban una brisa proveniente del Cantábrico, y la ciudad y la noche lucían limpias, serenas. La terraza daba a la playa de La Concha, y el mar y el cielo parecían fundirse armoniosamente.

Volvía a estar en una discoteca, pero el plan era muy distinto.

Estaba de servicio, haciendo horas extras, así que solo bebí un vaso de agua mineral.

Un timo, pero me había dado pereza pedirla del grifo y tener que enfrentarme, quizá, a algún tipo de resistencia o de mueca despectiva por parte del camarero.

Esa noche debía velar por la seguridad de un empresario que se había negado públicamente a pagar lo que ETA llamaba impuesto revolucionario, una «ayuda económica». Había depositado la suma que le exigían en un banco suizo, dando instrucciones de que si le pasaba algo a él o a su familia, se abonara a la mafia marsellesa, para que le vengara.

Pero la mayoría pagaba.

El trabajo extra lo había conseguido García. García iba trajeado, y se notaba a la legua que era un guardaespaldas. En cierto modo constituía una ventaja, pues si alguien intentaba algo sabía que podría no salirle gratis. Mi atuendo era informal, por lo que pasaba más inadvertido.

Nos mezclábamos todos, muchos portando armas. Reconocí a uno del CNI, a un par de guardias civiles, a un abogado *abertzale* y a varios de mis compañeros, algunos trabajando, otros combatiendo el estrés. Federico Pozo, alias Robocop, con sus anchas espaldas y su cara de bruto y la cerviz perennemente inclinada, como un toro presto a embestir. Veintitrés años, el único más joven que yo. Joseba Azcuénaga, de Bilbao, tenía la ventaja de que, al contrario que al resto, no le identificaban como foráneo por el acento. Luis Conejero, gordo, aunque compacto, fuerte, calvo, con el pelo que le quedaba y la barba canosos. Aislaba a sus hijos por miedo de que se fueran de la lengua, pese a que les había contado que trabajaba en una empresa de alquiler de coches. Los etarras habían tomado nota de la matrícula de su automóvil y de su moto, y se había mudado a Miranda de Ebro, pero seguía despidiéndose todas las mañanas de su mujer con el temor de no volver a verla. El Chino, cuyo apodo me ahorra su descripción. También estaba José Granizo, siempre callado, introvertido, el revés de García. De estatura media, delgado, aunque fuerte, con el pelo castaño más bien largo. Debía de tener mi edad. Era de Cuacos de Yuste, un pueblo extremeño, según había visto yo en la ficha de la empresa.

Y destacando entre todos, como una estrella rutilante, Ainhoa Ibáñez, la única mujer. Era una belleza, pero no de esa clase convencional que cualquiera podría reconocer y que sirve para ganar concursos o salir en las portadas de las revistas, sino una belleza atípica. Podría no gustarte, pero si te gustaba calaba hondo. En su rostro fino y anguloso destacaba una nariz larga y afilada.

Aunque sus pómulos sobresalían y sus ojos eran verdes y alargados, ese pico impedía compararla con un felino, de igual forma que esos ojos y esos pómulos evitaban que la comparación con un águila fuese afortunada. Natural de Bermeo, compartía piso con dos estudiantes a las que, para justificar sus horarios, decía que era periodista y a veces le tocaban guardias.

—Por supuesto, mi habitación tiene llave.

—¿Qué pasa, son tortilleras?

Ese había sido Joseba.

—Tranquilo, Pepe, que te veo lanzado y ya sé por dónde vas. Que no quiero que miren mis cosas y saquen conclusiones. Y recuerda que yo nunca follo cuando estoy de servicio.

A veces las mujeres, cuando trabajan rodeadas de hombres, tienen que hacerse las duras.

—Igual me destinan a la autovía de Leizarán, ya me echarás de menos.

Ocasionalmente, unos y otros cruzábamos algunas palabras. Pero estábamos a lo que estábamos. No perdíamos de vista a la persona por cuya seguridad velábamos, ni a los que se acercaban. Observábamos la velocidad a la que lo hacían, sus gestos, su determinación, su aspecto. Sus manos, la expresión de su rostro, su comportamiento previo.

El empresario, divorciado, alternaba con dos prostitutas mucho más jóvenes y mucho más guapas que él.

Seguimos al empresario y a las...

7

... y a las prostitutas a la barra.

—Mírale. Nosotros jugándonos la vida, cobrando una mierda, ¿y acaso somos peores? —dijo García, envidioso, pasando por alto el pequeño detalle de que estaba amenazado de muerte—. Y te digo una cosa, aquí hay mucha tela que cortar, seguro que es mariconchi, como el nuestro, pero todavía no lo sabe. ¿Qué, nos tomamos algo?

—Yo no.

—No seas estreñado, ¡alegra esa cara, coño! ¡A vivir, que son dos días, y al final, cuando acaba el juego, al peón y al rey los echan a la misma caja! ¡Aprende de mí, que me gasto el dinero en putas y en Chivas y el resto lo despilfarro! ¡Soy un bonviván! Voy a decir al camarero que si no me invita esparzo el rumor de que aquí trafican con drogas.

—Fredo, no pierdas los papeles.

Le sujeté del brazo, y se soltó de una sacudida.

—Vete a tomar por donde cargan las camionetas, ¿sabes lo que te quiero decir? Este sitio es el paraíso si tienes pasta, y si no, el infierno, mirar y no tocar. Dante no lo habría imaginado mejor.

—¿Dante?

Tenía referencias cinematográficas, pero no literarias, y oír el nombre de Dante de sus labios era como ver a un tigre lavándose los dientes.

—¡Joder! ¡Qué incultura, Max, y presumes! ¿No has leído ese libro tan famoso? Yo tampoco, creo que es de risas. La Marifé, que era un poco cursi, se cambiaba de bragas dos veces al día, decía que estaba leyendo una comedia divina de Dante que pasaba en el Infierno. En vez de decir que era buena decía divina, la muy cursi, «ayer leí un capítulo de una divina comedia», y luego se cambiaba las bragas.

En ese momento se acercó el Inglés. Era un periodista, por libre, que llevaba años viviendo en San Sebastián. Había venido por el festival de jazz y por una chica, ella le acabó dejando, pero él se quedó. El alcohol ya había empezado a teñir de rojo su pálida piel. Todas las noches iba a la discoteca.

—Tenemos una problema —anunció—. Muchas tías buenas, pero ninguna nueva. Currando, ¿eh, Garsía? Tú curras mucho.

—Hasta las cuatro. Pero si le ponen muy cachondo igual nos amplía el horario. —Señaló girando el cuello hacia el empresario—. ¿Sabes por qué no te comes una rosca, Inglés?

—Yo como más roscas que tú.

—Sí, claro que sí, Inglés, cuando duermes la mona. ¡Escucharse todos! —Alzó la mano y se

acercaron Joseba, Granizo y Ainhoa Ibáñez—. Con esto es coser y cantar con las mujeres, les gusta el poder, sentirse amenazadas y a la vez protegidas. —Mientras hablaba, sacó de la sobaquera su nueva adquisición, una Beretta 92, pavonada, cachas de madera, mecanismo de cierre de bloque pivotante.

—La Beretta 92 FS, la de los Ranyer de Tersas, los yankilondios la llaman M9, pero es esta. ¡Mirarse qué preciosidad! Qué suaves las cachas, más que las tuyas, Ibáñez, quince cartuchos, tres seguros, ¡y su mecanismo solo falla en uno de cada diecisiete mil quinientos disparos! Un beso de esta y te deja más seco que la mojama, Inglés. A ti no, Ainhoa, que ya lo estás.

—Haces bien en exhibir ese juguete —replicó Ibáñez—. Porque me han dicho que la que traes de fábrica es muy pequeña.

Joseba y el Inglés rieron, Granizo extendió un poco la comisura de los labios.

—¿No serás bollera, Ainhoa? Porque si no, no entiendo cómo no caes rendida al elisir de mis encantos.

—Solo se rinde quien ya está muerto, y yo estoy llena de vida, Alfredo.

La guardaespaldas, al dejar el grupo, se paró un instante detrás de mí y me susurró, pegando sus labios a mi oreja:

—Algunos son tan memos que se creen que si pasas de ellos eres lesbiana. Ya sabes dónde me tienes, Max.

Ainhoa había llegado un par de semanas tarde.

Soy así. Cuando me interesa una, dejan de interesarme las demás. Ignoro si es una virtud o un defecto.

Supongo que las dos cosas a la vez. Pero da igual. Pueden olvidarla, no volverá a aparecer en esta historia.

—¿Alguien se anima a seguir la juerga cuando acabemos el servicio? —preguntó el Chino—. Sé dónde pillar de la buena.

Empezaron a conversar, cruzando frases que me llegaban desde un mundo paralelo, mientras yo viajaba a Madrid.

—¿Y tú qué piensas, Max?

—Que tengo ganas de dormir —dije, sin saber de qué hablaban.

8

Cien metros más allá estaba el bar.

Cien metros más allá estaba Elsa.

De frente venía por la misma acera un tipo con pinta de delincuente juvenil, tan guaperas como rumboso, con gafas de sol, las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, zapatos y pantalones negros y camisa roja abierta, dejando ver una cadena. Reconocí al que me había amenazado la noche en que conocí a Elsa. El Jari.

La distancia disminuía rápidamente, quince, diez metros.

Para evitar chocarnos, nos movimos, a la derecha, a la izquierda, a la derecha, haciendo los dos lo mismo y provocando una situación absurda.

—El bailesito, el bailesito... —dijo, quedándose quieto, con una sonrisa ladeada—. Maricón, vuelve a sacarme a bailar y te rajo.

En jerga, *jari* significa alboroto, barullo, desorden, discusión acalorada. Su apodo constituía toda una tarjeta de presentación.

Por un instante su expresión se tornó ausente, como si se esforzara en recordar algo, en sumar dos más dos, y se alejó con su andar saltarín, agresivo, de boxeador.

Empezaba a animarse la noche.

Y más que iba a animarse: volví a verle de frente, caminando hacia mí. O era su hermano gemelo o había echado una carrera y dado la vuelta a la manzana para enfrentarse nuevamente conmigo. Sí, muchacho, dos más dos son cuatro, y tú y yo ya nos conocemos y me advertiste que volver al bar de Elsa podría sentarme mal. Estábamos de nuevo a quince, diez metros. Había sacado una mano y la otra la mantenía oculta en el bolsillo de la chaqueta.

Cuando nos encontrábamos apenas a metro y medio de distancia oí el resorte de una navaja. En circunstancias especiales, el hecho debe ser más rápido que el pensamiento.

Eso no es mío, sino de Hernán Cortés.

Di un salto y le golpeé en la garganta. Se quedó sin respiración, empuñando la navaja abierta. Le pegué una patada en los testículos, se dobló. Un puñetazo, y mordió los adoquines. Le pisé la mano, la abrió y me agencié su navaja. Me agaché y le hablé aproximando mi cara a la suya:

—Si te parece, vamos a dejarlo así.

Seguí mi camino, arrojé la navaja a un sumidero y entré en el bar. Elsa estaba tras la barra. Me senté en un taburete, el único que quedaba libre, en una esquina, lo que me permitía no perder de vista la puerta.

Esperaba una visita de cortesía.

—Hola —me saludó alegre.

—Hola. ¿Sigues de viaje tu esposo?

—Claro. Está dando la vuelta al mundo. ¿Y tú, qué? ¿De guardia?

—Sí. Hasta que me des una cita.

—Pues vas a coger mucho polvo ahí sentado —se burló.

—O hasta que comprendas que te gusto horrores.

—Me gustas —dijo—. Para qué negarlo —suspiró—. Pero no me fio de los guapos ni de los creídos.

—De esas dos cosas yo solo soy guapo.

Ese día llevaba una camiseta roja. El rojo le sentaba muy bien.

Todos los colores le sentaban condenadamente bien.

Y ella les sentaba todavía mejor a los colores.

—¿Quieres algo? A la segunda te invito. Y si usas tu amiguita de plata, haré la vista gorda. —Me guiñó un ojo—. A mí también me gusta saltarme las reglas, y aquí rellenan las botellas con matarratas.

—Pues ponme cuando puedas una Coca-Cola.

Cuando ella tenía un respiro, aprovechaba para hablar conmigo. Cumplió su palabra y a la segunda me invitó. La mayor parte del tiempo tenía que conformarme con mirar las botellas y escuchar la música. No me importaba, estaba acostumbrado a la soledad. Es el estado natural del hombre.

—Por cierto, trabajas, ¿verdad?

—Sí.

—¿En...? El otro día no soltaste prenda.

Dudé un momento, pero me pareció estúpido ocultarlo.

—Guardaespaldas. En el País Vasco.

Decir a una mujer que eres guardaespaldas es como tirar una moneda al aire. Unas te apuntan en su agenda con una cruz al lado y otras con esa misma cruz te tachan. Pero en esta ocasión me pareció que a Elsa le daba igual. Me miró, sin saber si le tomaba el pelo.

—Pues no te pega. Pareces de familia bien. Un pijo, vamos.

—¿Ha sido un insulto o un cumplido?

—Como tú te lo tomes. ¿Y pueden matarte?

—Claro, pero para morir no hay que hacer nada especial. Basta con quedarse quieto y tener paciencia. Bueno, ya lo sabes: la próxima vez que necesites guardaespaldas, llámame a mí en vez de a tu amiga.

Elsa se rio, y cuando se fue a atender a otros clientes, se me quedó mirando un tipo siniestro que acababa de entrar, fumando...

9

... fumando un cigarrillo, cara con manchas negras, gorro de lana especialmente llamativo en la época del año en la que estábamos, vaqueros de campana muy apretados, fibroso, delgado, con los pómulos marcados, como el paquete, a lo Bee Gees. Se quitó un momento el gorro para rascarse bajo las greñas. Llevaba más tiempo sin comprar un peine que Carlinhos Brown. No descarto que tuviera alguna cualidad, pero no soy Dios y no podía verla. A empujones se hizo un hueco en la barra, sin que los desplazados se atrevieran a protestar. Le di la espalda, aunque gracias al espejo le tenía controlado. Con grosería pidió una copa y se quedó en el mostrador, fumando y mirando sin disimulo el trasero de una chica. Como había sospechado, era la avanzadilla, pues al poco se presentó el Jari, con mi firma en su labio superior. Me lanzó una mirada de esas que matarían si estuvieran cargadas con plomo, y fue hacia Elsa. De nuevo discutieron. Elsa pasó a mi lado para coger hielo.

—¿Y ese?

—Porque una vez me robó un beso, se cree con derechos —dijo.

—¿Y cómo te besó, con la boca o con los ojos?

Seguí bebiendo y escuchando la música, sin dejar de vigilar a mi nuevo amigo, el Jari, y al suyo, el marcapaquetes a lo Bee Gees. Este último se me acercó con un pitillo entre los dedos. Empezó a sonar una vieja canción, en la que se decía que hay una calma antes de la tormenta.

Y sí, pasada la calma, llegaba la tormenta.

—¿Te gusta la chorba?

No contesté. Me daba pereza iniciar una conversación y, todavía más, entablar continuamente nuevas amistades.

Con una tenía bastante por hoy, y ya había conocido a demasiada gente.

—La rubia, que si te gusta. A mí me gustan más las morenas, pero en general gustan más las rubias, yo no sé por qué. ¿Qué, no vas a decirme nada? ¿Rubias o morenas? Venga, di, ¿rubias o morenas?

—Dese un respiro, amigo.

—A mí nadie me dice cuándo tengo que darme el piro.

Era duro de oído o buscaba pelea, o ambas cosas.

—Y a mí, mis amigos me comen la polla —añadió.

Desvié la mirada. El tipo dudó un momento y se volvió a la barra. Se cruzó con el Jari, que venía a mi encuentro.

Cambio de guardia.

Me sentí como un turista ante Buckingham Palace.

—Ten cuidado con ese, está más rayado que un tigre.

Le miré, y con una pierna corrí un taburete que acababa de quedar libre, interponiéndolo entre él y yo.

A veces conviene guardar las distancias.

—Soy el Jari, ¿te acuerdas de mí?

—No. Es el ron. Mis neuronas patinan más que Katarina Witt.

No pretendía que supiera quién era Katarina Witt. Solo pretendía tocarle las narices.

—Te crees grasioso, o epesial, ¿a que sí?

Su pronunciación me resultó bastante graciosa y especial.

—Creo que todo el mundo es especial, lo que me incluye.

—Quiero la revancha.

Me levanté, para no continuar en situación de inferioridad. Un taburete interpuesto no era suficiente defensa.

—¿Solo o con amigos?

—No tengo amigos.

—Qué coincidencia. Yo tampoco.

Entró otro quinquí. El Jari alzó una mano, como un niño aplicado en clase. Se acercaron el nuevo y el fumador marca paquetes.

—Este es Marlboro —dijo el Jari, señalando al de las manchas negras en la cara, al seguidor de la moda Bee Gees—. ¿A que no adivinas por qué le llaman Marlboro?

—¿Porque no para de fumar?

—No. Porque puede matar, como el tabaco. Este otro es Rogolfo, pero le llamamos el Almendro.

—Porque estoy más bueno que el turrón —se adelantó a cualquier pregunta el muy merluzo—y echo más flores a las mujeres que un rosal.

Con su sonrisa franca y sus ojos chispeantes, contagiaba alegría. Pero acababa de demostrar que era un melón de cuidado. Y seguramente, también una mala persona. Tenía las orejas en punta, como un lobo. Un lobo gordo y aburguesado.

Pero un lobo, al fin y al cabo.

Rogolfo comenzó, cachazudo, a liarse un canuto. Seguro que no sabría hacer una O con él. Por un momento me sentí como el director de reparto de *Deprisa, deprisa*.

—Y decías que no tenías amigos. Pues parece que tu nombre es Legión, sois muchos.

—No son mis amigos. Son mis socios. Y de la Legión, nada. De la Legión solo nos gusta la cabra, para follárnosla.

Me pareció inútil hablarle de san Marcos y del endemoniado de Gadara.

—Entiendo. Pues yo no tengo ni amigos ni socios, y las cabras no me gustan ni para follármelas. Pero tengo una amiga. ¿Os la presento?

—Si está buena, sí.

—Pues sí, a mí me parece que está bastante bien.

Saqué mi Astra A-80, una copia de la Sig Sauer P-220, hecha en el País Vasco, se fabricó en varios calibres, me decidí por el 9 mm Parabellum, *si vis pacem para bellum*, y yo quería la paz.

La dejé sobre la barra, con cuidado de que no la viera nadie más, que no cundiera el pánico, se ve un punto rojo en la uña extractora, indica que hay un cartucho en la recámara, fijate en ese detalle, Jari, no te equivoques, en ese microdetalle, como diría Blanca, la guardaespaldas de Elsa.

—¿Y ahora cómo seguimos, Jari?

—Dímelo tú, campeón.

—Os marcháis y aquí no pasa nada. Pelillos a la mar, ¿eh, Malporro? Porque preferirás seguir sin saber lo que vale un peine, ¿no?

Marlboro me dedicó una mirada torva y el Almendro, una sonrisa confiada. El Jari les dio dos palmaditas en los hombros, se volvió y se dirigió hacia la salida. Sus socios le siguieron.

10

Me acabé la copa sin prisa pero sin pausa.

Cuando mi mirada se cruzó con la de Elsa, le hice un gesto para que se acercara.

—¿Tienes problemas con ese tal Jari?

—Sé cuidarme solita, Max. Llevo muchos años haciéndolo.

—¿Muchos? Voy a dar una vuelta. Cuando salgas, nos vemos en la puerta de una pensión, La Paloma.

Le di la dirección.

—¿Y cómo sabes que voy a ir?

—Lo sé.

—Pues me fastidia mucho que lo sepas. ¡Ten cuidado!

En realidad, no sabía si Elsa se iba a presentar o no en La Paloma. En cambio, estaba seguro de que los tres socios me iban a estar esperando. Habían visto mi Astra, así que igual no se contentarían con una navaja. Saqué el cargador y la bala de la recámara, eché la corredera hasta el tope, la solté y volví a introducir el cargador.

Salí. Efectivamente, allí estaban. Aunque no era Navidad, el Almendro ya había vuelto, y con él, el Jari y Marlboro. Aceleré. Aceleraron. Eché a correr. Echaron a correr. Como había calculado, a las dos manzanas el Almendro estaba ya echando el bofe. Es lo que sucede cuando se tiene más grasa que músculo. Marlboro no aguantó mucho más. Es lo que sucede cuando se tienen los pulmones más asfaltados que la M-30. Reduje un poco el ritmo, para no descolgar también al Jari.

Llegué a un edificio con un pequeño jardín privado y una verja cuya puerta estaba abierta. Oí las zancadas del Jari, a la carrera. Entré en el jardín, me puse una mano en el hombro contrario, con la otra comencé a acariciarme el costado opuesto, y puse mi nariz en el ángulo que hacía el codo, inclinando la cabeza. Visto desde atrás el efecto era el de una pareja pegándose el lote. El Jari frenó su carrera y tardó un segundo en descifrar lo que sus ojos veían en realidad. Un segundo es poco para una historia de amor, pero una eternidad para una prueba de cien metros lisos o para una pelea. Extendí el brazo que agarraba mi hombro y le golpeé en el rostro. Un golpe violento, seguido de un puñetazo que lo derribó sobre un pequeño seto de arrayanes. Con una patada, le arranqué la pistola de la mano, una Llama M-82, quince cartuchos, alcance efectivo cincuenta metros, armadura y corredera de acero. En una película, la pelea continuaría. En la realidad, duró tres segundos. Les cuento un secreto: el cine tiene sus trucos, los actores aguantan tantos golpes porque son fingidos.

Le puse el cañón en la frente y una mano en el pecho para impedirle que se levantara. Estaba aterrorizado, inmóvil. No se atrevía ni a respirar.

Apreté el gatillo. El percutor golpeó en el vacío. El Jari emitió una especie de sollozo y sus esfínteres no aguantaron la tensión.

—Esta vez te lo digo en serio: vamos a dejarlo así. Tú sigue tu camino, que yo seguiré el mío.

Monté la Astra, introduciendo un cartucho en la recámara.

—Si os vuelvo a ver, a ti o a cualquiera de tus comepollas follacabras, o si molestas a Elsa, os mato. En defensa propia. Tengo amigos jueces y policías. Eres lo bastante mayorcito como para saber que la justicia es igual para todos los harapientos, y yo no soy un harapiento.

Recogí la Llama y salí a la calle, con una pistola en cada mano, a lo Wild Bill Hickok. Llegaba ya Marlboro. Le apunté con las dos armas y se echó a un lado.

Al poco apareció el Almendro, resoplando.

—Cuidado con el corazón. Tu socio te espera en ese jardincito. Llévale pañales.

Le apunté al pecho, sacó fuerzas de gordura y echó a correr.

Pasé por una comisaría y dejé la Llama descargada en una papelera próxima. El cargador, sin los cartuchos, que me guardé en un bolsillo de la chaqueta, lo arrojé a un cubo de basura.

Continué mi paseo hasta llegar a La Paloma. Subí a la habitación y estuve leyendo un rato *El enano*, una novela de Pär Lagerkvist, del que ya me habían gustado *La sibila* y *Barrabás*. Después aguardé en la calle a que llegara Elsa.

Si es que llegaba.

Era una noche limpia y agradable.

Habría sido más limpia y agradable si no hubieran orinado en la esquina y en el portal vecino.

Por fin llegó Elsa. Cuando la veía, era como si estallara en mi corazón una bomba de alegría.

—¡Estás bien!

Radiante, corrió a abrazarme. La besé con los ojos. Me besó con los ojos. Nos besamos con la boca. Se separó.

Me quedé mirándola en silencio. Acababa de besarla. A la primera mujer de la que me había enamorado.

Sí, casi podía considerarlo como mi primer beso.

—¿Volvió el Jari por el bar?

—No.

—¿Quieres subir a mi habitación?

Me miró con la cara ladeada, sin decir nada, con una leve mueca burlona.

—No he venido para acostarme contigo, Max, he venido para comprobar que no te había pasado nada.

Sacó un cigarrillo de una pitillera con la imagen de Marilyn Monroe y me miró expectante.

Algo en su expresión, en sus ojos, en la línea de sus labios, volvió a recordarme a Ava Gardner.

Debería cambiar de pitillera.

Encendí mi mechero y aproximé la llama al extremo de su cigarrillo. Chupó con fuerza, lo prendió y echó humo por la boca.

—Pero sí me ha pasado, Elsa. Sí me ha pasado algo.

—¿El qué?

—Vamos, no me digas que no se me nota.

Guiñó un poco los ojos, mirándome con atención.

—No, no tienes nada.

—Que me he enamorado.

—Creo que yo también.

Había empezado la frase mirándome y la acabó mirando al suelo.

—No tenía que haberte besado.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar lo más rápido que le permitían los tacones.

Por supuesto, sin volver la vista atrás.

Su melena rubia subía y bajaba con cada paso.

Pensé en seguirla, pero recordé que los sabios afirman que es más placentero el cortejo que la conquista, y la dejé ir.

Y cuando ya estaba fuera de mi vista, me arrepentí de haber seguido a los sabios en lugar de haberla seguido a ella.

11

El día se había levantado claro y azul, pero ese azul ahora no era más que un recuerdo. El Urumea había adquirido un tono verdoso, el mar estaba agitado y gris como el hormigón y soplaba un viento desapacible, preludio de una tempestad.

—Había cambiado a última hora su paseo. Aun así, le han pillado esos cabrones.

El cadáver del exmilitar había sido llevado en hombros por compañeros al furgón fúnebre y ahora se disponían a enterrarlo en el cementerio de Polloe, no lejos del centro, aunque en una zona más elevada, pobretona y desangelada. Caminando, del Londres a Polloe se tardaba media hora.

Si te pegaban un tiro en la nuca, se tardaba cuarenta horas, incluida la parada en la mesa del forense.

García me había recogido junto al tiiovivo de Gros. Cambiábamos los sitios en los que me citaba, nunca repetíamos uno en el mismo mes.

Además de familiares y autoridades civiles y militares, asistían algunos contados vecinos y amigos. El funeral se había celebrado en la iglesia de San Sebastián Mártir, el féretro envuelto en la bandera de España. Los partidos políticos habían condenado el atentado.

Excepto Herri Batasuna.

Era la primera vez que veía al profesor con gafas oscuras. Casi todos los presentes las llevaban. Y vestía traje, lo que también era excepcional.

Varios escoltas nos habíamos agrupado entre lápidas y tumbas.

La viuda, una anciana, apenas se mantenía en pie. Sostenida por un hombre —al que el profesor había abrazado— y una mujer con gafas de sol, vestida de negro, miraba a la lejanía, ida, ausente.

Al teniente coronel retirado, de setenta y tres años, un joven de entre veinte y veinticinco le había disparado un solo tiro mientras caminaba por el paseo de La Concha, muy cerca de donde se bañaba el profesor, entre el Hotel de Londres y el Club Náutico. Más allá, coronando la fortaleza del Urgull, el Cristo del Sagrado Corazón lo observaba todo en silencio. La bala le había entrado por la nuca y salido por un ojo. En el suelo se había mezclado la sangre con masa encefálica. La policía había encontrado un casquillo 9 mm Parabellum del año 1974. El asesino había escapado a la carrera.

—La muerte es mágica —dijo García—. Hace así —chascó los dedos— y a esa persona ya nadie la ve, desaparece, ya nadie volverá a hablar con ella, ya nunca comerá, ya nunca respirará.

Empecé a pensar en Elsa. El amor era mágico, como la muerte.

Pero el amor tenía los días contados, mientras que el tiempo de la muerte era incontable.

A un lado de la calle bordeada por cipreses se levantaban imponentes mausoleos de la vieja burguesía donostiarra. Al otro se ordenaban, como olivos en un campo, tumbas más modestas, muchas con flores de plástico.

El ejército de los que ya no acudían a la llamada de retreta.

—Yo le conocía, porque conozco a su hijo, el que sujeta a la viuda —dijo Joseba—. Anteayer mismo le vi, estábamos tomando unos chacolís y apareció el pobre viejo con su hija, y le recordé que ETA acababa de matar a un militar jubilado, que se anduviera con ojo. Hasta le sugerí por dónde podría ir. Y su hija, cuando le he dado el pésame, me ha dicho que había ido por donde le había dicho. Ni por esas... Hijos de puta.

Joseba había estado antes en el Ejército, como el Chino. Presumía de preparar un *marmitako* para chuparse los dedos, pero nunca nos había invitado a su *txoko* y nunca lo haría.

Más allá de donde estábamos, un ángel de mármol con las alas desplegadas sujetaba un ramo de rosas y se llevaba el índice de la otra mano a los labios, demandando silencio. ¿El silencio de la mayoría de los vascos ante el terror?

Masa encefálica, sangre, un casquillo, silencio. Era un buen resumen del País Vasco en aquellos días.

12

García me había traído en coche a Madrid, así que cuando me propuso tomar una copa, me vi casi obligado a decirle que podía acompañarme.

Se hospedaba no muy lejos del bar de Elsa, por lo que nos citamos en su portal. Cuando llegué, me estaba esperando, trajeado. Y había que reconocer que los trajes le caían bien, pues se los hacía a medida su padre. Iba siempre así, cuando trabajaba y cuando se divertía. En su casa, no. En el piso que compartía con el Chino, en San Sebastián, solía estar en albornoz o en bata, hay que relajarse y saber vivir, decía.

Pensaba que saber vivir era recibir en bata.

En cuanto entramos, se fijó en Elsa. Bueno, todo el mundo se fijaba en Elsa nada más entrar.

—Vaya, ahijado, ya sé por qué te gusta este antro, como que me está gustando a mí también. ¿Qué, ya has enhebrado la aguja?

Le miré sin contestar. García no era de la clase de hombres que aguanta el silencio, así que continuó hablando.

—Mira, aquí soy el más viejo, cuarenta y dos tacos, de chocho nada, pero seguro que eso piensan estos atontados, siento que mi corazón galopa como un potrillo salvaje, y más cuando veo lo que están viendo mis ojitos, mira, no me he casado porque hasta ahora no he encontrado mi media naranja, pero he follado tanto que si follar es pecado acabo de monaguillo ascrito al diablo, un consejo, hazla reír. Pero tienes que tener cuidado, pupilo, porque cuando una mujer se ríe, te puedes enamorar, el sonido de la risa vuelve enamorado a quien lo escucha, clin, clin, clin, es como el de una moneda en un cristal.

Vi un sitio libre en la barra y me acodé en ella. El bar estaba lleno y no había espacio para dos, así que García hubo de conformarse con ponerse en una segunda fila.

—¿Qué vas a tomar?

—Dos jotabés, que el primero lo voy a beber como agua, estoy sediento como un camello después de cruzar el desierto del Rubicón. *Aleayactaes*, que diría Gengis Kan.

García era así: le sonaban cosas, pero las cosía mal. Estaba en una especie de limbo cultural de difícil clasificación.

Se acercó una camarera.

—Ya hemos pedido —dije.

Elsa estaba muy atareada, sacando vasos del lavavajillas, del que salían nubes de vapor, sustituyéndolos por vasos sucios, llenando un cubo de hielo. Por fin pudo acercarse.

—¡Hola, Max! ¡Qué sorpresa! —Me guiñó un ojo, irónica—. ¿Qué tal?

—En este momento, en el cielo, Elsa.

Pedí un refresco para mí y los dos whiskys para García.

García se fijó en cómo rellenaba el vaso con mi petaca, pero no comentó nada, mientras Elsa se hacía la sueca.

Con esa melena rubia y esos ojos claros y esa piel blanca y tersa no le resultaba especialmente difícil hacerse la sueca.

—Me han dicho que hace dos fines de semana te pasaste por aquí. ¿Fue por mí o por la música?

—Por la música, claro.

—Estuve mala.

Aunque tenía el dinero justo, pagué con un billete de dos mil para que tuviera que traerme las vueltas.

—¡Pero bueno! —exclamó García, metiendo la mano entre mi costado y el de otro cliente para dejar el vaso en la barra. Efectivamente, se lo había bebido en un abrir y cerrar de ojos, como un camello tras cruzar el Rubicón. Le pasé la segunda copa—. ¿Es que no me vas a presentar a ese cañón de Navarone? Me la ha puesto más larga que Chile, ¿lo pillas? ¡No tiene dos tetas, tiene dos misiles!

Los pechos de Elsa eran de un tamaño normal, a juzgar por lo que dejaba adivinar la ropa. La música estaba alta y eso me ayudaba a no hacer mucho caso de los zafios comentarios de García.

Elsa me trajo las vueltas, pero apenas pudimos intercambiar un par de frases.

La noche progresaba, y yo no progresaba demasiado con Elsa, y García empezaba a hartarse.

—¿Cambiamos de garito, Max?

—Tú mismo. Yo me quedo.

—¡Tiene pinta de ser de las que entran en erupción! ¡De las que tienen un carácter balcánico! ¡Eh! ¡Eh!

Con aspavientos, llamó a Elsa.

—¡Que no nos presentan! Soy Alfredo, el mejor amigo de este elemento.

—Elsa.

—Tu fama te precede —dijo, con solemne galantería.

Dicho eso, me empujó y se abalanzó sobre la barra para plantar un par de besos en las mejillas de Elsa.

Si García era un terremoto sobrio, borracho era un peligro, y ya estaba a medias.

—¿Te puedo invitar a una copa?

—Aquí no puedo beber, lo siento.

—Pues toma, ponnos otra vez lo mismo.

Le dio un billete de cinco mil.

Elsa nos puso las copas, devolvió billetes y monedas a García y fue a atender a otros. En la pantalla se proyectaba el vídeo con Freddie Mercury pasando la aspiradora, travestido, con pechos postizos y bigote auténtico.

—Menuda loca, el Fredi Mercuri, no sé cuál Fredi da más miedo, si este o el de *Pesadilla en Elm Strit*, ya sabes, el de las cuchillas en los dedos, uuuuh. —Extendió los dedos—. El otro día estaba con Joseba y con Granizo, contigo me lo paso mejor, esos no han sido graciosos ni con dos

años, al revés que yo, reconócelo, Max, reconoce que soy destornillante, ¡no lo niegues!, ¿a que te salto los tornillos de la risa cuando empiezo con mis partos?

Me fui al servicio. Cuando regresé, García ocupaba mi lugar en la barra. Estaba dándole otro billete de cinco mil a Elsa, que nos había servido otra ronda.

—¿Cómo es el meadero? ¿Es de los que tienen cubitos de hielo?

—No.

—¿O la arañita al menos? ¿O una mosca?

—Tampoco.

Hizo un gesto de santa paciencia, o de resignación.

—Ya sabes cómo las gasto, si salgo y calculo que me voy a tomar cinco copas, pues salgo con cinco billetes de cinco mil nuevecitos, recién sacados del cajero, no sabes cómo gusta ese detalle a las tías, pero esta está hecha de otra madera, ni se inmuta, y cómo mueve el culo, ¿eh? ¡Qué arte tiene tu chica, discípulo! Un periodista haría con ella un buen arte y culo, ¿lo pillas? Un buen arteyculo.

Con brusquedad, le aparté de la barra.

—Gracias por guardarme el sitio, García. Y basta ya. La próxima sobrada te la tragas.

—Perdona, perdona —dijo, mostrando las palmas de las manos—, no sabía que ibas tan en serio, tienes que entenderlo, pero es que no estoy ciego. Ahora mismo es ya para mí territorio prohibido, como un cementerio de los indios, que la amistad es sagrada.

—Y disculpa si soy demasiado directo, pero preferiría que me dejaras solo. Elsa sale dentro de veinte minutos y hay momentos en que en los triángulos sobra el tercer lado.

—Pues me parece perfecto, me voy isofazto, porque prefiero ir a un sitio en el que si pagas te dan algo más que alcohol, ¿entiendes lo que te quiero decir? ¡Aquí no hay playa, pero tenemos una costa, la costa Flemin!

Me dio un abrazo.

—Sin rencores, lo he pasado genial, eres el número uno, Max, a la guerra yo me querría ir contigo, tú de capitán y yo de cabo cuartelero ascrito al capitán, captain, mai captain.

Se acabó la copa de un trago y salió concentrado en no ir dando tumbos, olvidándose de las vueltas e incluso de despedirse del cañón de Navarone.

El bar se fue vaciando, según se aproximaba la hora del cierre, y Elsa pudo conversar más conmigo.

—Toma, cuando le veas se lo devuelves. —Me dio las vueltas de la última ronda pagada por García—. Está como una cabra, acelerado, ¿no?

—Sí. ¿Me vas a enseñar el *book* que te hiciste?

—¿Para qué? Sería como presumir de una tontería. Además, no me gusta estar más joven en las fotos. Ahora, todavía. Pero imagínate cuando tenga cuarenta años. Por cierto, ¿cuántos tiene Alfredo?

—Cuarenta y dos.

—No es guapo, pero es atractivo.

Más tarde comprobé que a todos les sacaba algo, para darme celos.

Miró por el rabillo del ojo, primero a mí y luego al encargado.

—Si quieres te invito a una copa.

—Ya he bebido bastante.

—Me ha llamado el Jari.

—¿Qué quería?

—Llamarme puta y decirme que nunca jamás iba a verme. Te debo un favor.

Me dedicó una mirada cargada de sensualidad.

O que yo quise ver cargada de sensualidad.

Algunas canciones después, me dijo:

—Ya he terminado. ¿Salimos?

Salimos, y nada más salir...

13

... se detuvo con un cigarrillo entre los labios. Se lo encendí. Entre unas cosas y otras, había estado más de un mes sin verla, y yo temía que aquel beso que nos habíamos dado fuera ya un beso muy viejo. Había que renovarlo.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—A mi apartamento, no. Mi hermana y yo compartimos dormitorio. Así que dímelo tú.

La agarré de la cintura, la atraje hacia mí y la besé en la boca.

—No sabes besar —dijo, con los ojos todavía cerrados—. Pero me gustas igual. Yo te enseñaré.

Nunca me habían dicho que besara de una forma particular.

Y para una vez que me lo decían...

La tomé de la mano. Sin necesidad de decir nada, los dos sabíamos que íbamos a mi habitación.

—Dame un trago —dijo.

Le di la petaca. Desenroscó el tapón y bebió con expresión de asco.

—Si no te gusta, ¿para qué bebes?

—Solidaridad alcohólica.

—No soy alcohólico, no exageres.

—Pero tienes el gen, cariño.

Dio una larga calada y tiró el pitillo al suelo, sin acabarlo.

Nos cruzamos con algún grupo de borrachos ruidosos. Se rozaron nuestros dedos, se entrelazaron nuestras manos. El calor de agosto era ya un recuerdo y la noche, fresca, anunciaba el frío del otoño y del invierno.

—No soy tacaña, pero intento ahorrar para pagar mis clases y que Rosa pueda estudiar. Soy un poco como su madre, ¿sabes? Así que el apartamento es lo más barato que encontré, una cocinita, una cama doble y un baño con ducha, pero nos apañamos. Eso sí, tengo el vicio del tabaco, a veces mango alguna cajetilla del bar. —Me miró por el rabillo del ojo—. ¿Tú sabes por qué me gustas?

—¿Porque soy guapo, fuerte y sentimental?

—No.

—¿Entonces?

—No lo sé, por eso te lo pregunto.

Me sacó la lengua.

Me gustaba oír su voz.

Se detuvo, me soltó la mano, se quitó el anillo y lo lanzó todo lo lejos que pudo.

—¿Y tu marido? Se va a enfadar.

—No te preocupes, chiquitito: los maridos son como las penas, que vienen y van y desaparecen. Era un anillo falso, un anillo quitamoscones. Pero tú ya no me pareces un moscón.

Apenas habíamos dado unos pasos, cuando volvió a pararse, ahora muy seria.

—Oye, ¿de verdad creías que estaba casada? Entonces, ¿por quién me has tomado?

—Nunca me lo creí.

—Ah, menos mal —suspiró, aliviada—. Porque si no te dejaba plantado aquí mismo.

Cruzamos Tirso de Molina y nos detuvimos ante la puerta de la pensión La Paloma, de madera, robusta y noble, pero afeada por los garabatos de los artistas callejeros.

Yo había sabido apartarme de la senda del arte a tiempo. Algunos, por desgracia, insistían.

Saqué la llave, grande como la de una mazmorra. Cárcel de amor. La de la habitación 204 era más discreta. No había ascensor, pero qué importaba, éramos jóvenes y arriba nos esperaba el cielo sin necesitar la previa aprobación de san Pedro. Antes de entrar, nos besamos larga y dulcemente.

—Ya has mejorado un poquito.

—Será que eres una buena maestra.

También mi habitación era barata. Constaba de un aseo con bidé y retrete, un lavabo con espejo frente a la cama, y una ducha sin la cual no me habría atrevido a traerla. Una cómoda, una silla, una mesita, un pequeño armario y una cama en la que rechinaban los muelles.

Y periódicos atrasados, y montones de libros, y una torreta Lyman.

Encendí la radio y cambié de sintonía varias veces, hasta que di con una canción que me gustaba, *Cadillac solitario*, de Loquillo y los Trogloditas, *Quizás el martini me ha hecho recordar: Nena, ¿por qué no volviste a llamar? Pensé que podría olvidarte sin más...*

Tras echar una mirada, Elsa dejó el bolso sobre los libros apilados en la mesita.

—¿Qué quieres? —dijo—. ¿Qué quieres de mí?

Se lo dije, y dedicamos unos veinte minutos a eso que se llama «hacer el amor», incluyendo planteamiento, nudo y desenlace. Un polvo tiene algo de relato clásico. Casi todo se puede dividir en tres. Padre, Hijo y Espíritu Santo. Mañana, tarde y noche. Cabeza, tronco y extremidades. Nos mostramos tiernos, suaves y delicados. Era nuestra primera vez. Con el tiempo nos fuimos soltando y fuimos más audaces, apasionados e impetuosos. Siempre fue maravilloso, menos la última vez.

Pero no adelantemos acontecimientos.

—Me gustan tus manos. —Las tomó entre las suyas, las acarició—. Quién lo diría, están llenas de cicatrices, pero son muy delicadas. Podrías tocar el piano con guantes de boxeo.

Lo de llenas era una exageración. Lo del piano, una chorrada.

—La música nunca se me ha dado bien.

Y así pasamos las horas, tocándonos, besándonos, extinguiendo el deseo cuando volvía a encenderse.

—¿Te ha importado que no fuera virgen? —me preguntó, con irónica ingenuidad.

—Ya lo imaginaba. Prefiero ser el último al primero.

Se oyó el ruido del camión de la basura.

—Así que has tenido una infancia dura.

—Sí. Bueno. Cada uno tiene la suya. Las monjas eran buenas en general. Son mejores que los curas, ninguna abusó. Una, sor Patricia, me quería mucho, decía que era como la Virgen María. Otra, en cambio, me tenía manía, sor Concepción, decía que era como María Magdalena, que mi cuerpo incitaba al pecado.

Guardé silencio, aunque pensé que estaba más de acuerdo con sor Concepción que con sor Patricia.

—He sido pobre, Max. Casi no me acuerdo de mis padres. Eran heroinómanos. Unos pioneros. Creo que están muertos. Para mí, desde luego, lo están. Cuando sor Patricia se enteró de que había ganado un concurso de belleza y estudiaba para modelo, se disgustó. Lo dejé en parte por ella, y para no dar la razón a sor Concepción, que me decía que era hija del pecado. ¿Y tú? ¿Qué me cuentas de ti?

—Mis padres son muy ricos, y no me abandonaron. Pero tengo algo en común contigo: nunca me he sentido querido.

El sol derrotó a la noche, y amanecimos entre sábanas y abrazos.

—¿Salimos a desayunar?

—Soy muy lenta por las mañanas, cariño. Seguramente fui una tortuga en otra época. Tardo quince minutos.

—Date prisa, estoy hambriento.

—Si me metes prisa, tardo treinta —amenazó—. Sor Patricia decía que si tenía prisa, me vistiera despacio. Le gustaba mucho la ópera.

Pensé que me había enamorado nada más verla y que cada vez me estaba enamorando más.

Y me pregunté qué es el amor. Y quizá era eso, ver a una mujer hermosa —o a la que hacemos hermosa— abrir la ventana de una habitación y que entre una ráfaga de aire fresco, y creer que ese aire fresco es ella.

Raymond Carver había muerto hacía un mes, y como una especie de homenaje había empezado a leer *De qué hablamos cuando hablamos de amor*, y me preguntaba para qué leemos a los muertos, ¿para sentirnos más vivos? ¿Para engañarnos con la idea de que así les revivimos, de que hay una posibilidad de vida después de la muerte?

De espaldas, desnuda, joven y flexible, con la cabellera rubia llegándole a la mitad de la espalda, Elsa parecía indecisa antes de abrir el grifo de la ducha. Me di cuenta de que ese era un momento importante de mi vida, uno de los momentos más gloriosos.

Un momento que debería guardar en mi memoria como un tesoro, como un antídoto contra los malos tiempos.

¿Es el amor una forma de enaltecer la vida, de rebelarse contra la muerte?

Elsa abrió el grifo y un chorro de agua comenzó a empapar su melena, oscureciéndola, sus hombros, su espalda.

Pero aún estaba allí indecisa, parada, y allí estará siempre, en la gloria de mi gloria.

14

Un paisaje verde, frondoso, ordenado y exuberante a la vez. ¡Y eso era el sur!

Pero de Francia.

Granizo y el Chino iban delante con el abogado, García y yo les seguíamos, con el profesor. Se especulaba con que ETA se disponía a declarar una tregua e iba a reunirse con representantes del Gobierno de Felipe González en Argel. Aparcamos cerca del restaurante, y a los diez minutos de sentarnos ya nos habían servido una enorme tortilla de champiñones.

—Eh, que es para todos.

Además de hablar de fútbol, habíamos comentado lo de Amedo y Domínguez, procesados por los GAL. Habían reclutado a delincuentes en Lisboa, portugueses que cometieron algunos atentados cerca de donde nos hallábamos, en el sur de Francia, la guarida de ETA. Luchar contra el terrorismo empleando sus métodos.

Comíamos en dos mesas separadas, en una los escoltas y en la otra el profesor y su amigo. Les dejábamos así un poco de intimidad. Resultaba cansado, para ellos y para nosotros, una convivencia tan estrecha: compañía constante siempre que estuvieran fuera del domicilio, caminar a poca distancia para, en caso de alerta, sacar el arma con una mano y apartarle del peligro con la otra. Ser testigos también de sus idilios, de sus rupturas amorosas. A los novios del profesor nuestra presencia perenne, además de molesta, les recordaba que su relación podía ponerles en peligro.

«Me siento como Nerón paseando por su palacio con la guardia pretoriana», decía el profesor.

El Auberge d'Achtal, en Arcangues, entre San Juan de Luz y Bayona, era un restaurante modesto que le gustaba al profesor precisamente por su sencillez y por el menú: una ensalada, una tortilla con champiñones para compartir, y confit de pato con patatas fritas, todo regado con sidra. Era una parada previa al verdadero objetivo de la excursión, visitar un caserío en los alrededores de San Juan de Luz, en el que los dos amigos, a los que la amenaza de ETA había vuelto a unir, habían pasado algunos veranos de la infancia y adolescencia. Propiedad de la familia del profesor, lo habían vendido hacía ya varias décadas.

Ocupábamos unas mesas en la terraza, a la sombra de unos grandes plátanos con sus ramas entrelazadas. Las sillas eran de plástico, pero todo estaba muy cuidado. La esplendorosa, la ubérrima Francia. A nuestra vista, aparte de algunas casas y el verdor del paisaje, había un frontón, un pequeño cementerio y una iglesia.

—Las mujeres ya no me interesan —dijo el Chino—. Hoy te quieren y mañana no. Cambian más que un semáforo. Pues si son mercancía, hay que aprovecharlo. Estoy dando vueltas a dejar esta mierda y montar en Madrid un burdel con cuatro o cinco chavalas.

—Te has roto los cuernos.

—Tú riéte. El quid de la cuestión es que las chicas sean vascas o catalanas, con pedigrí. Si hago una franquicia, fuera de Madrid habría madrileñas, claro, que en todos lados tienen muchas ganas a los madrileños, aquí, por ejemplo. Podría ser un pelotazo. Follarse a una puta vasca o a una puta catalana, o a una puta madrileña, si eres un catalán o un andaluz o un vasco, ¿qué me dices?

Tener que escuchar imbecilidades de mal gusto como aquella dichas en serio era una de las cosas que peor llevaba de mi trabajo.

Así que no contesté.

Aunque en lo de no contestar el figura era Granizo. Como decía García, solo abrió la boca para comer. Se reincorporó a nuestro grupo tras llamar desde una cabina y se sentó sin decir ni mu.

El Chino y García me habían ofrecido alquilar una habitación en su piso, que tenía tres. Ahorraría algo, pero prefería la soledad de mi pequeño apartamento, no lejos de Anoeta.

Los libros eran mejor compañía. Si decían memeces, y algunos las decían, podías cerrarlos o incluso tirarlos a la basura.

—Tengo que pedirte un favor —dijo Granizo.

Le miré sorprendido. Al contrario que García, Granizo no era de pedir ni de hacer favores.

—¿Os podéis quedar también con el nuestro? —No cambié el gesto—. Aquí no va a pasar nada, nadie le conoce, no nos han seguido. En Francia no se atreverían. Y la empresa no tiene por qué enterarse. Tengo lío con mi novia y quiero darle una sorpresa. Os pago de mi sueldo las horas, claro.

Pensé en Elsa. Nunca habíamos tenido «lío». Ya habían transcurrido algunos meses desde que nos habíamos acostado por primera vez, y aunque nos veíamos poco al pasar yo tanto tiempo lejos de Madrid, era mi novia, mi primera novia de verdad, y parecía un sueño del que nunca iba a despertar.

Lo cierto era que el profesor nos había dicho que quería ir en el mismo coche que su amigo y se lo habíamos negado, un poco como a un niño pequeño al que se le niega un capricho.

Sabía que estaba mal, pero por una vez...

—¿Y si se enteran de todas formas?

—Yo se lo explico.

—Si ahora va a resultar que tiene el don de la palabra, como Chespier, el genio de las brumas —se burló García, poniendo voz de radionovela—. ¡He visto todas sus pelis! —presumió—. Seguro que tiene más óscars que Silvester Estalone, Silvestre, como el gato que se quiere comer a Piolín, Silvestre suena más a mujer, ¿no? El perfume silvestre de las flores, yo creo que en Joliwuz son un poco julandrones.

Como era de prever, el abogado y el profesor no pusieron ninguna pega.

Nos despedimos del Chino y de Granizo.

Salimos hacia el caserío, siguiendo las indicaciones del profesor. Conducía yo. Íbamos delante en silencio y atrás en animado cuchicheo.

La carretera, recién asfaltada, estaba flanqueada por árboles, y entre los prados, los cultivos y los bosques destacaban casas dispersas. Un cartel indicaba que estábamos a cuatro kilómetros de San Juan de Luz. Pasamos junto a una gasolinera y un supermercado. Rebasamos un restaurante y

un coche de la policía francesa detenido en el arcén.

—Por este camino, ya casi estamos.

Era un camino de tierra compactada. Más adelante se bifurcaba en una Y y cada uno de los brazos desembocaba en un amplio prado en cuyos extremos se alzaban sendos caseríos gemelos, con techo a dos aguas y muros blancos con vigas de madera y puertas y postigos pintados de rojo. Nos encontramos con un coche de la gendarmería estacionado en la cuneta. Un agente nos hizo señas para que nos parásemos antes de llegar a la bifurcación.

Nos pidió los papeles. No podíamos continuar. El profesor bajó del coche para explicar, en francés, que iba a la antigua villa de su familia. El gendarme, impaciente, nos exigió que diésemos la vuelta. Mientras hablaban, vi que en el prado, a unos cien metros, había una decena de coches, casi todos negros, oficiales, de cristales tintados. Había guardaespaldas, gente trajeada y, también, cuatro tipos vestidos de calle, dos con el pelo largo, con barba uno de ellos.

Con gesto irritado, el profesor subió al coche.

—Media vuelta. A San Sebastián.

Y en ese gesto, un giro afectado y rápido de la muñeca, fue la primera vez que dejó traslucir su homosexualidad.

El animado cuchicheo de los asientos traseros había sido sustituido por un hosco silencio.

—¿Has visto qué circo? —cuchicheó García—. ¿Viste al barbudo, la pinta que tenía de etarra? ¿Por qué no le detienen?

—Pues por eso mismo.

Nos cruzamos con un coche rojo.

García me dio un codazo.

—Creo que era el hijoputa de Josu Ternera. ¡Qué asco de politiquero! ¿Lo has visto?

—No he visto nada, Fredo. Ya sabes lo que hemos firmado.

Nada más acceder a la carretera, nos cruzamos con un coche negro con la ventanilla bajada. Distinguí entre sus ocupantes al secretario de Estado de Seguridad, pero no se lo comenté a García.

—Qué ironía —dijo el profesor en voz alta, aunque para sí mismo—. En mi propia casa.

No habló más.

En Pasajes, las grúas parecían dinosaurios de cuello largo. Una glorieta estaba cortada por dos automóviles volcados y más allá un contenedor ardía, pero pudimos pasar. A la altura del colegio de los Jesuitas nos cruzamos con una ambulancia y un coche de bomberos, con su estallido de luces y sirenas. Y un minuto después, con una patrulla de la Guardia Civil, también a toda velocidad.

Tras haber dejado a nuestros protegidos en sus respectivos domicilios, García, a quien la sidra le había achispado, pero al que lo que habíamos visto le había puesto de mal humor, giró el cuello hacia mí.

—No sé qué hacemos aquí, rodeados de hijos de puta, con la pasta que pagan ahora en Angola.

—¿Haciendo qué?

—Pues matando negritos, a ti qué te parece. Me lo ha dicho un amigo portugués. Matas unos cuantos negritos, de esos que no le importan a nadie y que además se están matando entre ellos, y vuelves aquí con tus ahorros intazos, porque allí no hay nada que comprar. Angola o putas, como

dice el Chino, o algo, algo hay que hacer. Pero no con el Chino, que me conozco el paño, que monta un circo y le crecen los enanos. Contigo sí, tú eres un hombre cabal, son empresas serias, las de matar negritos, te hacen seguro de repatriación, en caso de que la palmes.

Le dejé en la esquina, a treinta metros de su portal. Aguardé a que entrara.

No era una chica, pero era un escolta y era el País Vasco.

De pronto se detuvo, retrocedió un par de pasos, arrancó unos carteles pegados al cierre metálico de un local vacío en los que se pedía la amnistía para los presos «políticos» vascos y se denunciaban torturas. Había habido ya una amnistía, en 1977. Se soltó a más de mil doscientos etarras, de los que más de la mitad volvieron a la banda.

García hizo una pelota con los carteles y la lanzó lejos de una patada.

Valor no le faltaba.

Pero era un verdadero psicópata. ¿Cómo podía hablar con ese desparpajo de «matar negritos»? ¿cómo podía dar por hecho que a nadie le importaban? ¿Qué le sobraba en su cabeza y qué le faltaba?

15

Desayunamos unos churros. Una mosca se posaba una y otra vez en la cabeza de Elsa, molestándola.

—En invierno no hay moscas, ¿verdad? Así que esto no es una mosca, aunque se parezca mucho.

—Quizá sea un espía ruso —dije—. Un MiG-25 diminuto.

Los MiG volvían a ser famosos por la guerra de Afganistán.

La mosca no era una de esas moscas avispidas —si es que se puede decir así— del verano y la maté al primer intento, como si mis manos fueran un misil Stinger.

—Pena, penita, pena —dijo Elsa, cogiéndola de una ala para depositarla en una papelerera—. Me duele la espalda.

—¿Por el frío?

—No. Columna torcida, escoliosis, o como se diga.

—Escoliosis.

Chasquéo la lengua, molesta por la corrección. Quizá para vengarse, sacó un cigarrillo y lo mantuvo entre sus dedos hasta que se lo encendí.

Paseamos por Recoletos y el Prado, hacia el Botánico. Aunque hacía frío y yo iba con abrigo, Elsa llevaba solo una chaqueta azul, de lana fina y sin abotonar. Y falda, sin medias.

—El frío es una cuestión mental, Max. Y yo me concentro en no tenerlo. Tengo un control anticongelante. Me viene muy bien, ahorro en abrigos y enseño lo que me se apetece, cuando las otras están tapadas como moras. Reconozco que es competencia desleal. —Me lanzó una mirada de reojo, no sé si para ver cómo me tomaba su coquetería o por ese «me se» que se le había escapado—. No temas, en mis cálculos no entra serte infiel, pero por si me abandonas, tengo que abonar el terreno. Y no sería fácil consolarme: vales tanto que tendría que sustituirte por diez.

—Eso me halaga e intranquiliza a partes iguales.

—Por eso mantengo un grupo de diez admiradores que comen de mi mano. Algunos se cansan y hay que irlos renovando.

—Tu escuadrón de Inmortales.

—Lo que tú digas. Pero hay tres que se mantienen firmes, constantes.

—¿García es uno de ellos? —Me miró fingiendo extrañeza—. Ten cuidado, no vaya a ser que alguno te coma la mano.

—No soy tonta, sé mantenerlos a raya y sé que todos, sin excepción, lo que quieren es llevarme al huerto. Lo que no saben los pobrecillos es que Elsa Arroyo en su huerto lo que planta

son calabazas.

Me gustaba ver sus piernas, esbeltas, tan blancas en invierno. Casi como si la nieve se hubiera posado en ellas.

—¿Sabes que nací en Alemania? Eso me dijo sor Fátima, siempre me he preguntado por qué nacería yo en Alemania. A lo mejor por eso soy rubia.

No supe si lo decía en serio o en broma. Las mujeres son una fuente de sorpresas.

—He oído que ha muerto Dalí. ¿Quieres que vayamos al Prado?

Estábamos enfrente. Iba a replicar, pero no me dio tiempo.

—Sí, ya sé que no hay cuadros de Dalí en el Prado, pero me gusta el Prado. Las monjas me llevaron mucho.

A mí me gustaba Dalí, aunque algunos de mis compañeros, cuando estudiaba Bellas Artes, lo menospreciaban y le llamaban facha.

—Vaya, además de guapa, te interesas por la cultura. Lo tienes todo, Luciérnaga.

—No te pongas en plan seductor. ¿Y por qué sigues llamándome Luciérnaga, si ya me ves también de día?

—Porque das luz de noche. Aunque también iluminas de día.

—Te he dicho que no te pongas en plan seductor —fingió reñirme.

—Prefiero ir a nuestro nido de amor.

Fuimos a La Paloma. Nos desvestimos.

—Tienes la camisa arrugada —señaló Elsa.

—A lo Scarlett O'Hara, a los dieciocho años juré que jamás aprendería a planchar.

—No tiene mérito, Max, si las llevas arrugadas. Y yo también hice un juramento: no pasar hambre y no encenderme un Dunhill si había un hombre en quinientos metros a la redonda.

Sacó uno y me miró, con sorna. Me tomaba el pelo y eso me gustaba.

Y me gustaba prenderle los cigarrillos.

Me tenía prendado.

Encendí la radio.

En el cenicero había cinco o seis pitillos sin terminar. Nunca los apuraba. Sembraba el mundo de yacimientos para fumadores menesterosos.

Nos veíamos poco y por eso no importaba no contar más que con una habitación y un baño, estar siempre juntos, en un reino de sábanas y libros desordenados.

Tenía ásperas las manos, fría la punta de la nariz. Suaves las piernas, limpia la mirada.

O eso creía yo.

Fue al baño. Oí correr el agua. Regresó pronto para alegrarme la vista.

—Lo que me gusta de ti es que eres mejor que tú mismo, Max. Y que puedes decir una mentira que sea verdad.

—Más bien soy de los que creen que la verdad es algo tan raro que es un placer decirla.

—Si quieres, búrlate. Pero yo me entiendo. Y lo que te da rabia es que esa frase no se te haya ocurrido a ti.

Calló durante un rato, con una especie de obstinación.

Pero no me burlaba. Yo nunca me burlo de aquello que amo.

—¿Por qué incluso cuando vas conmigo llevas la pistola?

—En realidad no tengo permiso para llevarla aquí. Pero sin ella empiezo a sentirme desnudo.

—¿Más que ahora? —se burló.

Echó un vistazo en derredor. El galán de noche, de caoba, regalo de mi madre cuando cumplí dieciocho años, con mi chaqueta, la sobaquera con la pistola, los zapatos, un paraguas, unos pantalones, una camisa, y libros por el suelo, en una estantería, encima de la mesa.

—De tanto leer se te va a pasar la vida sin que te enteres, supersabio. Y te vas a quedar miope. Y no es que me moleste imaginarte con gafas, te querría igual. Lo que me molestaría es que me vieras borrosa. Cuando sea vieja, mejor, pero ahora prefiero que me veas bien. La miopía plancha las arrugas. Esa frase tampoco se te ha ocurrido a ti.

—Si acabas de decirla...

—Pues por eso.

Me levanté, saqué la gamuza, el aceite, el pincel. Comencé a desarmar mi Astra A-80. Saqué el cargador, comprobé que no hubiese un cartucho en la recámara tirando de la corredera hacia atrás, aunque bastaba con ver que no estaba a la vista la marca roja de la uña extractora, me estoy volviendo obsesivo, giré un cuarto de vuelta la palanca de desarme en el sentido de las agujas del reloj y extraje la guía del muelle recuperador.

—¿Te aburres?

—No.

Saqué la corredera y el muelle.

—Pero tengo revisión de arma este martes. Y prueba de tiro.

Comencé a engrasarla y limpiarla.

Ella me miraba hacer.

—Ya sigo luego —dije, cuando la hube montado.

—¿Por qué no me enseñas?

Se puso la camisa, aunque sin abotonarla, y se pegó a mí. Armé y desarmé la pistola un par de veces, explicándole los pasos. Le enseñé cómo se ponían y quitaban los seguros y el cargador. Le expliqué qué era un gatillo de doble acción.

—En acción simple, el gatillo no hace fuerza primero para levantar el martillo. En acción doble, hay que apretar más en el primer disparo, porque el gatillo tiene antes que echar atrás el martillo que va a golpear en el percutor. Es más difícil que se te escape un tiro.

—¿Y eso? ¿Un microscopio, supersabio?

—Una torreta múltiple para recargar cartuchos. Una Lyman, modelo All-American. Mira.

Cogí la cajita con los fulminantes y la de las balas. Metí diez fulminantes en la varilla, la coloqué en el cilindro, quité el alambre que hacía de tope y los fulminantes cayeron, ya listos, como los tambores de una columna. Eché pólvora sin humo en el vaso.

—Ahora lo más delicado, regular la tolva para que la cantidad de pólvora sea la justa, con este tornillo y luego con la balanza.

Me miraba, interesada o pacientemente.

Puse la vaina de un cartucho usado, previamente lavado, en el cilindro, accioné la manivela y le quité la cápsula fulminante.

—¿Vale la pena tanto trabajo?

—Me relaja.

La bala, cilíndrica y con la punta redondeada, brillaba, tersa.

—Ha sido muy erótico, Max. Mira la forma de la bala. Así que ahora usa toda tu sabiduría para volver a hacerme el amor. Dispárame, cariño.

Lo hice lo mejor que pude.

O lo mejor que supe.

Y me acordé de aquella historia, quizá de *Las mil y una noches*, en la que un rey, o un sultán, se irritaba con un sabio que no sabía responder una pregunta. El sultán se lo recriminaba. ¿Acaso no te pago por lo que sabes? Así es, noble señor. Porque si me pagaras por lo que no sé, no habría oro suficiente en el mundo.

16

Elsa se levantó a las siete de la mañana. Tenía que ir a sus clases. Y antes, a misa. Nunca la acompañé a la iglesia. A los quince años Dios me había hecho agnóstico.

Permanecí en la cama, oyendo cómo se duchaba, lo que me proporcionaba un perezoso placer. Se despidió con un beso y, antes de abrir la puerta para salir, se me quedó mirando fijamente y dijo:

—Creo que eres malo.

Lo cual me dejó muy desconcertado.

Procuraba ser una buena persona, con rectos principios morales.

Tras ducharme, fui a comprar el periódico y a desayunar. Apenas había caminado veinte pasos, cuando al doblar una esquina una mano me agarró del brazo y el cañón de una pistola se clavó en mis costillas.

—Buenos días, don Juan Tenorio. Qué, ¿se nos han pegado un poco las sábanas?

Reconocí la voz del Jari. Su aliento, no.

Era la primera vez que lo sentía tan cerca.

—Sin avasallar, Jari. Te pegas más que la canción del verano.

Me adelantó Marlboro. Las manos dentro de los bolsillos del gabán, como Pedro Navaja, pero el bulto en el lado derecho revela que empuña una pistola en lugar de una navaja.

Yo me había dejado la mía en la pensión.

Vestido y desnudo a la vez, así estaba. Quizá el comentario de Elsa, llevar la pistola también en Madrid, me había hecho bajar la guardia y olvidar que las precauciones nunca sobran.

Bueno, en caso de extrema necesidad podría coger prestada alguna de las tuyas.

Imaginé una colonia de piojos en el pelo de Marlboro. No estaba fumando, pero seguía marcando el paquete y seguía teniendo un aire siniestro y manchas negras en la cara.

—¿Y el tercer hombre? ¿No os habéis traído al del truco del almendruco, al que está más bueno que el turrón? ¿A Rogolfo?

Marlboro, el hombre que podía matar, como el tabaco, abrió la puerta de un coche aparcado en un paso de cebra y me hizo una burlona reverencia para que tomara asiento. Entré y él lo hizo detrás de mí, encañonándome.

Y con ustedes, al volante, el Jari.

—¿Cómo deshacernos de un fiambre sin testigos? Pues en un descampado. ¿Y cómo llevarlo sin que nos vean? Pues lo llevamos vivo y lo dejamos muerto. Astuto, ¿verdad?

—Muy astuto.

Pero qué cínico puedo llegar a ser.

Confesar de buenas a primeras sus intenciones no denotaba astucia, precisamente.

Podría haberme mantenido en la incertidumbre, pensando que tal vez se contentarían con darme un buen susto o una paliza todavía mejor. Eso hacían los nazis con los judíos. Engañarles hasta el último momento para que se portaran dócilmente.

Fingir que las cámaras de gas eran duchas.

Arrancó y comenzamos a salir de la ciudad. La Gran Vía, la plaza de España, la Puerta de San Vicente, la carretera de Extremadura, flanqueada por edificios de pisos baratos y cuarteles militares.

—Esta te la dedico.

El Jari, de buen humor, puso una cinta.

—Es una primicia, *Amigos para siempre*, unos amiguetes, Los Manolos, aún no la han lanzado, pero ya corre entre colegas, gitanos, pero buena gente.

Con una grabación de muy mala calidad, comenzó a sonar aquella primicia rumbosa.

Tú cuando me miras puedes ver / dentro de mí lo que ni yo puedo entender / yo te he conocido siempre...

Me esforzaba por mantener la calma y por pensar algo que me permitiera salir del atolladero. Quien ama el peligro... Marlboro tenía el dedo en el gatillo, el seguro quitado de su Star S Súper, la marca roja indicando que hay un cartucho en la recámara, el cañón puesto en mi costado, una pistola que gustaba mucho a los aviadores de la Luftwaffe por su ligereza y reducido tamaño.

El seguro quitado y un gatillo de acción simple, lo que empeoraba todavía más las cosas, no pilles un bache, Jari.

Hacia el kilómetro 23 nos desviamos por una comarcal poco transitada. Se iba acercando el momento. Tenía que actuar.

—Joder, Jari. Pero qué mierda de coche tienes, ¿o es que a los quinquis también os acojonan las multas?

Me incliné hacia delante.

—¡Mi abuela va más rápido en patinete, con artrosis y medio ciega! ¿Qué eres, un mariposón aquincado o un quinqui amariposado?

El Jari aceleró, confirmando que entre sus cualidades no se encontraba la inteligencia.

—¿Tienes prisa por morir, pringado?

Ninguno llevábamos puesto el cinturón. Yo, porque no me lo habían ofrecido. Ellos, porque lo consideraban de nenazas, algo así como echarse desodorante o tomar té.

—¡Que si tienes prisa por espicharla, maricón!

—¡No! ¡Tengo prisa por ver lo cagalzones que eres, que ya te he visto cagarte una vez! ¡En lugar de pelotas tienes uvas pasas! ¡Acelera, castrado, cobardón! ¿O te lo prohíbe tu novio? ¡Si te sueltan en un harén te follas al eunuco! ¡Cuidado, que te adelanta una monja en patinete!

El Jari aceleró.

—Tranqui, Jari, que el membrillo quiere que nos la demos.

Al hablar se pierde, aunque solo sea durante un mínimo instante, la concentración.

Me eché hacia atrás y con el codo desvié la pistola de Marlboro, sonó un disparo, me impulsé hacia delante y di un cabezazo al Jari, el Jari perdió el control, salimos por la cuneta y el coche dio una vuelta de campana, *Lolailo lailolailola lolailolailola*, y otra vuelta, *Lolailo lailolailola*

lolailolailola, y se deslizó varios metros más, hasta pararse, *Lolailo lailolailola lolailolailola...*

Al salir despedido, el Jari había hecho añicos el parabrisas, para quedarse luego tendido, exánime, entre matojos, piedras y terrones. Me apresuré a abrir la puerta y salir. Tenía contusiones en la cabeza, en la pierna y en el brazo, pero había salido bien parado. Corrí hacia el Jari. Se había golpeado en la nuca con una piedra. Estaba tan muerto como Manolete. Tenté su ropa y encontré su pistola.

Me volví justo a tiempo. Marlboro, tambaleándose, con una brecha en la frente, la cara manchada de sangre, avanzaba hacia mí apuntándome con su Star fabricada en Eibar, al final mi muerte va a estar relacionada con el País Vasco.

Disparamos a la vez.

Había actuado sin pensar.

A lo Hernán Cortés.

Eso y mi puntería me salvaron la vida. Mi bala practicó un orificio en el pecho de Marlboro.

En Sudáfrica, en Johannesburgo, fue donde por primera vez me dispararon. Una bala que me rozó, una sensación de calor en la oreja y en la mejilla.

En esta ocasión la Muerte había dado un pasito más. El proyectil del hombre que podía matar me había besado el cuello, haciéndome sangrar.

Un centímetro más y no estarían leyendo estas líneas.

Bueno, ustedes podrían vivir tan ricamente sin ello. Anda que no hay libros para elegir.

Yo no.

Cuando me disponía a disparar por segunda vez, Marlboro soltó la pistola.

—Demonioj coloraos —gorgoteó.

Le salió sangre por la boca. Quizá esa sangre le había hecho pronunciar «demonioj», o quizá fuese del mismo pueblo que José Bono. En cualquier caso, siempre he pensado que a la palabra demonio le faltaba una jota.

Y dicho eso, se desplomó, con un pulmón atravesado. Al morder los matojos ya era un cadáver.

Yo había sido más rápido que el tabaco.

Era la primera vez que mataba a un ser humano. Hasta entonces no había tenido necesidad.

Me acerqué al Jari para certificar su defunción. Todavía caliente, pero fiambre. Tenía un agujero en la espalda. El tiro de Marlboro, cuando aún estábamos en el interior del coche, no se había perdido del todo.

Mejor. El paraje continuaba solitario. No había testigos y parecería que se habían matado entre ellos. Habían sufrido un accidente y el conductor había salido despedido por la luna delantera. Marlboro había disparado al Jari por la espalda. El Jari se había vuelto y le había acertado en el pecho. Después se había caído y golpeado en la nuca con una piedra, golpe que había causado su deceso. Un tanto rocamboloso, pero los policías estarían encantados de aceptar esa teoría y librarse de investigar la muerte de dos delincuentes. Más extraña fue la trayectoria de la bala mágica, esa que atravesó el cuello de Kennedy y la muñeca y el pecho de Connally, para alojarse por fin en su muslo.

Limpie la pistola del Jari para eliminar mis huellas y la coloqué en su mano derecha.

Ya podía poner pies en polvorosa.

La muerte no se puede rectificar. Aunque oigas sus canciones, Elvis Presley está tan muerto

como el toro que mató a Manolete.

O como aquellos dos desgraciados.

Metí medio cuerpo por la ventanilla del conductor y puse de nuevo la primicia rumbosa a todo volumen. Me gusta irme de los sitios con la cabeza y la música bien alta.

Sé que cualquier día partirás / Pero también sé que jamás olvidarás / La amistad que nos ha unido...

Caminé por el descampado amarillento, tierra, piedras y matojos, hogar de insectos, arañas y lombrices, intentando asimilar aquel hecho brutal: había matado a un hombre. Al fondo, Madrid se erguía, sucio, borroso.

La música se fue perdiendo en la distancia.

O quizá fuese yo quien se perdía en la distancia, como los buenos recuerdos, como las viejas heridas.

Nunca del todo, solo difuminándose.

Adiós para siempre, Jari, adiós para siempre, Marlboro, mi primer muerto. Eras jóvenes, pero cuando mueres, la cantidad de tiempo que has vivido pierde su importancia.

Todos los muertos tienen la misma edad.

Esa frase, Elsa, sí se me ha ocurrido a mí. Búscala en cien libros de citas, ya verás como no la encuentras.

Y no está permitido vivir dos veces.

17

Reconocimos las calles adyacentes, asegurándonos de que no hubiera nada extraño, fuera de sitio.

—Ese de allí —señaló García—. Nos ha mirado antes y ahora no nos quita ojo.

Se refería a un joven parado en la acera.

—Estará esperando el autobús.

—Ahí viene. Vamos a ver.

El joven subió al autobús.

García paró, me bajé. El profesor me abrió con el portero automático. No había nadie en el portal. Llamé al ascensor. Vino vacío. Mejor, no me gustaba cruzarme con nadie. Llamé al timbre.

—¿Sí?

—Soy yo. El ángel custodio.

Así me llamaba él.

—Enseguida estoy. Puedes pasar.

Abrió la puerta, pero cuando la empujé no le vi. Aguardé en el recibidor. Era casi una salita, con las paredes con estanterías repletas de libros y películas. La mayoría de los libros eran novelas. Los de filosofía los guardaba en el despacho. La bombilla de la lámpara que colgaba del techo zumbaba como una abeja y se encendía y apagaba con brevísimos intervalos. La toqué fugazmente para comprobar que no quemaba y la apreté.

—¡Dos minutos!

Por fin apareció, con el chubasquero puesto y un paraguas. Su rostro, sin gafas, se me hacía extraño. No por la ausencia de las gafas, sino por lo perdido de su mirada miope.

—Mira lo que me han dejado en el buzón. Mejor esto, a Elorduy le dejaron tripas de pescado.

Me tendió la mano y abrió el puño, mostrándome un cartucho con su bala.

—¿Es tu calibre? Igual te sirve, sería justicia poética que me salvaras con esta bala, ¿no? Toma, cógela, yo no sabría qué hacer con ella y tirarla es una pena, fíjate qué bien hecha está.

La guardé. Sonó el portero automático.

—¿Sí? ¡Vamos! Están abajo —dijo, volviéndose hacia mí.

Estaba ya abriendo la puerta cuando le dije:

—Las gafas, profesor.

Se echó a reír.

—Qué cabeza...

Salí primero y llamé al ascensor. Cuando comprobé que venía vacío, le hice una seña para que

saliera de la casa y entrara. Estaba de buen humor. Mientras bajábamos, silbaba *Yesterday*. Desafinaba, pero no tanto como para que no se reconociera la melodía.

Era uno de esos días grises típicos del norte, sombríos, casi tenebrosos, en los que te alegras de vivir más al sur. García esperaba afuera, con el abogado, atento a la gente que paseaba, vigilante. El coche estaba aparcado en una plaza reservada para la carga y descarga, con los intermitentes parpadeando.

Una mujer, tras mirar a derecha e izquierda, abordó al profesor, bajo mi atenta mirada.

—Mientras usted siga, no estaremos solos —le dijo en voz baja, con aire de conspiradora—. ¡Gracias!

—A usted —dijo el profesor, y me pareció que se sonrojaba.

Granizo había vuelto a pedir que nos encargásemos de su protegido, pues seguía con sus rencillas amorosas. Le habíamos dejado claro que era la última vez. Aunque a García le parecía bien sacarse un dinero extra, a mí me incomodaba saltarme los protocolos.

—*Egun on*, bandarra —saludó el abogado.

—Buenos días, frescales.

Y luego dijeron a la vez:

—*Virtute duce, comite fortuna*.

Con la virtud como guía, con la fortuna como compañera.

Y chocaron las palmas de las manos. Me acordé del capitán Haddock y su amigo Chester, en *La estrella misteriosa*. El profesor tenía todos los álbumes de Tintín, encuadernados en tela.

Se conocían del colegio. Mientras se montaban y ponían los cinturones, nosotros vigilábamos.

—Bueno, ahijado, ¿cómo te va con el cañón de Navarone? ¿Cómo se llama el bomboncito? ¡Elsa! No es mi tipo, ¿eh? Pero tiene más clase que un traje inglés. ¿Ya sois novios?

—Supongo que sí.

—Pues a disfrutarse, que sois jóvenes.

—Tú no eres viejo, Alfredo.

—Podrías ser mi hijo, Max, fíjate lo que te digo. Mi hijo.

—No me llevas tantos años, solo diecisiete.

Me miró mosqueado, sin estar seguro de si le tomaba o no el pelo.

—Pues eso. ¿O es que con diecisiete tú no habías pegado ya el primer tiro?

Cuando nuestros protegidos se habían acomodado, García se puso al volante, y cuando hubo arrancado, me monté yo.

—¿Molesta si pongo música? —preguntó García.

—Adelante —dijo el abogado.

García sintonizó Los 40 Principales.

Había empezado a llover, una lluvia fina, el chirimirí. García activó el limpiaparabrisas. Conducía con pericia, ni demasiado deprisa ni demasiado despacio, manteniendo la distancia de seguridad con los automóviles que nos precedían.

El tráfico era fluido y pillamos los semáforos en verde. Otra vez dejamos a la izquierda las grúas de Pasajes, camino de Francia, de Hendaya. Cuando llegamos a Fuenterrabía el profesor consultó su reloj de pulsera y mantuvo un breve diálogo con su amigo.

—Vamos al barquito —anunció.

Conservaba el entusiasmo ingenuo de la infancia, mientras que su amigo acusaba más el paso —el peso— de los años.

Aparcamos frente al embarcadero, lleno de barcos amarrados, con los flancos protegidos por defensas blancas, negras, azules. El barco que cubría el servicio era un antiguo pesquero, modesto pero coqueto, con la pintura brillante, la banda roja, con una línea blanca, el casillaje blanco, con la base y el techo rojos, y algunos salvavidas encima de este. Tardaba unos siete minutos en cruzar el Bidasoa, aunque el trayecto era corto. Al otro lado estaba Hendaya, con su magnífica playa. El barco salió al poco de montarnos. Me pregunté si se notaría, si alguno lo intuiría.

Pero no. Me encontraban como siempre. Ni se podían imaginar que había matado a un semejante. No adivinaban que algo había cambiado en mí, que había cruzado una raya decisiva, pues solo existen dos clases de hombres, los que han matado y los que no han matado.

El cielo estaba libre de pájaros, cubierto de nubarrones oscuros que todavía no se atrevían a descargar con fuerza, a vaciar sus panzas rellenas, aunque avisaban con esa llovizna constante, desmoralizadora. Parecían amenazar a los montes, que destacaban al fondo, tras el caserío del pueblo. Un frío cortante, húmedo, traspasaba las sucesivas capas de ropa hasta llegar a los huesos.

García se puso una chapela nueva. Advirtió mi mirada guasona.

—Para pasar desapercibido —dijo, incómodo.

Pensé que era para que pasara desapercibida su incipiente calva y de ahí su incomodidad.

18

El barco atracó en Hendaya y ni siquiera bajamos.

—Francia, *la liberté* —murmuró el profesor.

Supuse que recordaba su juventud. O su presente: amenazado, Francia volvía a ser un sueño.

Pagamos otros cuatro billetes, subieron unas cuantas personas, incluidos dos jóvenes con sus bicicletas y una anciana con un perrito, y al poco el barco inició el regreso, deslizándose valiente sobre el agua y volviendo a dejar su estela de espuma. Comenzó a llover intensamente y nos guarecimos bajo el toldo.

Desembarcamos. El profesor desplegó su paraguas. El abogado, con un chubasquero, no hacía ni caso del chaparrón, como si no fuera con él. Tronó. A lo lejos parpadeaban los relámpagos. Caminamos, García delante y yo detrás, hacia el piso de la madre de un amigo común, asesinado hacía unos meses. Al conocer la noticia de la muerte de su hijo, la mujer se había desplomado y se había roto una pierna. Visitarla era el motivo de la excursión. La calle, de casas blancas de tres y cuatro pisos, con balcones con barandillas de madera pintadas de verde, de azul, de rojo, de granate, con macetas llenas de geranios que en verano florecían rabiosamente, sería idílica si no fuera por las pintadas, *Pum, pum, fuera, Txakurra kampa*, las banderas, los carteles con fotografías de etarras y mapas de Euskal Herria en los que se incluían Navarra y algún pedazo del territorio francés.

Fue peor al llegar al piso. En la fachada habían escrito usando pintura negra: «Toñi, devuélvenos la bala».

—Hijos de puta —masculló el abogado.

El profesor miró a su alrededor. Vio una piedra en el suelo, la cogió y empezó a rascar la pintada.

Cansado, o tal vez porque la pintada, aunque no del todo borrada, resultaba ya ilegible, arrojó la piedra al suelo con rabia.

García les escoltó mientras yo me quedaba en el portal, guarecido por la cornisa.

Al cabo de unos minutos bajó mi compañero.

—Pobre vieja, está en una silla de ruedas. Parecía un pajarito frito, ¿entiendes lo que te quiero decir? ¿Tú has comido pájaros fritos?

—No.

—Vamos a tomar algo. Desde ahí vigilamos.

Señaló al bar que estaba enfrente. Cruzamos la calle.

—A y treinta y siete les recogemos. En mi pueblo los ponían de aperitivo. Yo los cazaba con

liga y me sacaba unos cuartillos. Ponía una ramita seca con el pegamento en lo alto de un arbolillo, sobresaliendo, se posaban y no podían escapar, caían al suelo y los cogía, les apretaba el cuello para que murieran rápido y no sufrieran, pobrecillos, esos sí que eran inocentes.

Entramos. Las mesas estaban ya preparadas para la comida, con manteles a cuadros rojos y blancos. El agua resbalaba por mi gabardina y formaba charquitos en las losas del pavimento.

—Qué calorcito más bueno hace aquí —dijo García.

Había dos tipos en la barra, conversando. Al vernos callaron y nos dedicaron una mirada hostil. En una mesa cuatro ancianos, tres de ellos con boina, jugaban a las cartas. Interrumpieron por un momento la partida y la reanudaron al poco. A partir de ese instante nos volvimos invisibles para ellos.

—*Aupa!* —saludó García—. Una *zurittoa* y un *kafesnea*.

En otras circunstancias, resultaría verdaderamente cómico.

Sin quitarse su disfraz, esto es, la chapela, García ocupó una mesa junto a la ventana desde la que se dominaba el portal del piso y yo fui a la barra. La atendía una chica con el típico flequillo en línea recta y coleta *abertzales*, con dos aretes y los brazos echados a perder por la profusión de tatuajes de pésima factura. Mejor arreglada, habría resultado atractiva.

No contestó ni hizo ningún ademán.

—Marchando una *zurittoa* y un *kafesnea*, *mesedez* —dijo García.

La chica expulsó aire por la nariz.

—Es la primera vez que venís, ¿verdad?

—Claro —respondí—. Si hubiéramos venido antes, no habríamos vuelto.

—No tenemos ni comida ni bebida. Se ha acabado.

—Perfecto, así ahorramos. Además, he venido a disfrutar de la decoración.

Hice un gesto, indicando el cartel sobre dos barricadas que convocaba a una manifestación por los presos.

García repartía su atención entre el interior del bar y la calle. Si nos despistábamos, no seríamos los primeros a los que rajaban las cuatro ruedas del coche.

Salió de la cocina un hombre calvo, velludo, con un bosquecillo de barba bajo el labio, una camiseta corta y un mandil verde con rayas negras. Se cruzó de brazos y se quedó mirándome.

Los dos de la barra, ahora callados, también fijaban sus ojos en mí. Me sentí como Gary Cooper y estuve a punto de pedir un vaso de leche.

Desnatada.

Pero tampoco de eso iban a tener.

—Mira quién viene —anunció García.

Me volví en el instante en el que entraba Granizo. Miró al camarero y al vernos forzó una sonrisa.

—Hola —dijo—. Estoy haciendo unos recados y he visto vuestro coche, y luego a García. ¿Necesitáis algo?

—Nada —dije—. Estamos bien atendidos.

—Venga, os invito a lo que queráis. —Puso en la barra un billete de quinientas—. Pero no os acompañe, que tengo prisa. *Agur!*

Granizo se fue. El billete quedó sobre la barra.

—Oléis a *txakurras* —dijo el del mandil.

En euskera, «febrero» se dice *otsaila*, «mes de los lobos». «Luna» es *ilargi*, «luz de los muertos». El euskera, como tantos otros, puede ser tenido por un idioma poético, con el encanto de lo primigenio. Por desgracia, los nacionalistas habían hecho famosos otros vocablos, como *zulo*, que significa «agujero», o *txakurra*, que significa «perro», o *maketo*, término despectivo para referirse a los inmigrantes de otros lugares de España.

Por otra parte, sería como decir que en castellano «ducha» significa «caño de agua» y «envidia» significa «mirar con malos ojos».

Todos los idiomas son hermosos.

—Sí, de la secreta. Como tú, pero del otro bando. Y ya ves, el olfato de perro lo tienes tú.

—¿Por qué no os vais? ¿O es que buscáis bronca?

—Vamos a quedarnos un rato —dije—. Me gustan los sitios con clase.

—Me he quedado con tu cara.

—También la tuya es difícil de olvidar —me burlé.

—Esos con los que venís, mejor que no vuelvan —dijo uno de los que se acodaban en la barra.

—Precisamente yo estoy aquí para que vengan cuando quieran.

El del mandil continuó mirándome. Le aguanté el pulso.

Él no tenía mucho que hacer. Yo, simplemente esperar.

A veces los minutos pasan muy despacio.

Pero pasan.

—Y treinta y seis —dijo García, levantándose—. Pues sale barato venir a este bar.

Fue hacia la puerta y la abrió, esperando a que me reuniera con él. Me guardé el billete de Granizo en la cartera.

—*Gero arte* —se despidió.

—*Ipurdi hartzera, putakume*. Qué huevos tienes, venir con traje.

—¿Qué ha dicho ese? —me preguntó García, con un pie en la acera.

—Te ha mandado a tomar por culo y de propina te ha llamado hijo de puta.

Su rostro se congestionó. Fue a darse la vuelta, pero le sujeté del brazo y le forcé a salir a la calle. García era uno de esos que se tomaban literalmente el insulto de hijo de puta.

Subió al piso mientras yo vigilaba la calle.

Visitar aquellos pueblos de Guipúzcoa o la parte vieja de San Sebastián era como entrar en el salón en el que estaba Liberty Valance con su látigo y su banda.

Y a mí me gustaba esa sensación.

19

Durante un tiempo busqué en los periódicos alguna noticia relacionada con la muerte del Jari y de Marlboro. Dos días después del suceso había aparecido una información, repetida en varios diarios, donde se hablaba del hallazgo de dos cadáveres con heridas de bala en un descampado cerca de la salida de Extremadura. Al parecer, habían sufrido un accidente, quizá motivado por una discusión por un asunto de drogas que había desembocado en un tiroteo y en la muerte de los dos delincuentes. Se añadía su edad, sus nombres completos y el hecho de que habían participado en algunos robos. No volvió a publicarse nada. Confié en que la Policía se diese por satisfecha con esa explicación y hubiese cerrado el caso. Nadie podría relacionarme con aquel suceso, salvo el Almendro, si es que había estado al tanto de los planes de sus dos compinches.

Y mientras yo me iba tranquilizando, se acercaban las Navidades y me acercaba yo al bar al que Elsa prestaba su belleza y donaire.

Al entrar, me asaltó una vaharada de humo, calor y olor a sudor, tabaco y cuero. Repuesto del golpe, sufrí otro: García estaba en la barra, emborrachándose.

—¡Hola, ahijado! —Me saludó. Calculé que me llevaba tres copas de ventaja—. ¡Ya estabas tardando!

Me abrazó demasiado efusivamente, teniendo en cuenta que nos habíamos visto apenas diez horas antes en San Sebastián.

—¿La has visto? Esos vaqueros le sientan a tu novia como un guante. Y no me malinterpretes, ¿eh? No seas celosillo, que yo he venido a verte a ti antes que a ella.

Elsa recorrió la barra para saludarme.

—¡Hola! —Contenta, se puso de puntillas para inclinarse sobre la encimera y besarme.

Me pregunté qué había hecho para merecer aquello.

—¿Qué te pongo?

—Un ron con Coca-Cola.

Me guiñó un ojo.

—¡Eh, rubia! Te tengo mucho afezto, que lo sepas. ¡Ponme otro!

Alzó el vaso.

—¡La juventud! —suspiró García—. Si sigo así acabo de viejo muerto de hambre, sin dinero para mis jobis, ¿tú crees que tengo síndrome del Norte, o eso solo pueden tenerlo los policías? Voy por la calle con cuatro ojos, bueno, con la pipa montada por si viene uno de los malos por la espalda, camino mirando los espejos retrovisores de los coches aparcados, ¿es normal, a ti te pasa también aquí?

Se acercó Elsa con nuestras consumiciones. Mientras vertía el whisky, García puso sobre la barra un billete de cinco mil.

—Nos vas a dejar sin cambio —dijo Elsa.

—A ti sí que te cambiaba yo, por la gorda de mi hermana.

Se volvió hacia mí.

—Son bromas, ¿eh? No me seas celosillo como el moro Mojamé.

Con García al lado, pasando las horas y las canciones sin apenas poder hablar con Elsa, me planteaba si no era una tontería acudir tan pronto al bar y no hacerlo al final, para recogerla a la hora del cierre. Al menos me gustaba mirarla, ver cómo llevaba una bandeja o cómo retiraba los vasos abandonados. Se movía casi bailando, con la delicadeza de un ciprés mecido por la brisa o la de una columna de humo elevándose hacia el cielo.

Sonaba una sevillana, *Cántame*, de María del Monte, cuando García, como un chiquillo revoltoso, se coló tras la barra y se abalanzó sobre Elsa.

—¡Vamos a bailar esa sevillana lo que se dice ya! —gritó, desaforado—. ¡Isofazto, cañón de Navarone! ¡Me siento como un chaval! ¡Me va a rebrotar el acné! ¡Ya me veo echándome potingues en la cara y poniéndome colorao si me habla una pavita!

García la cogió de la mano y tiró de ella hasta sacarla de la barra, y riendo, Elsa se dejó llevar.

—*Cántame, me dijiste, cántame* —cantaba García—, *cántame por el camino y agarrado a tu cintura te canté a la sombra de los pinos*.

Elsa taconeaba y giraba las muñecas mientras una mano iba al encuentro de la otra, que la esperaba arriba.

Ahora palmeaba y García, rojo de excitación, taconeaba.

Por fin, aunque todavía riendo, Elsa se escabulló. Me pregunté si realmente había disfrutado o si lo había hecho para darme un toque de atención.

Espabila, Max. No te duermas en los laureles, no seas soso, no te pases de serio. El amor no es una guerra que se gana y se firma un armisticio. Es una batalla que se libra todos los días, que no tiene fin.

García volvió a mi lado. El encargado le miraba con gesto adusto.

—Sigue así y la echan, García.

—¡No seas agonías, no te tientes tanto la ropa! ¡Hay que beber y vivir y vivir y beber, por ese orden!

Había perdido los papeles. Si al llegar me llevaba tres copas de ventaja, ahora me llevaba cuatro.

Cinco, con la que acababa de pedir.

Elsa se acercó a atenderle.

—¡Eh, rubia, menudo baile! ¿Eh? ¡Escucharse! La primera tía a la que intenté tocar las tetas me dijo piano piano se va lontano. Je, no era espabilada ni nada. ¿Sabes dónde aprendió italiano? ¡En Irlanda! Ya sabes cómo son los italianos, dando la plasta a las tías, son como chicles que se pegan a las suelas de sus zapatos.

—Pues *piano piano*, Alfredo.

—¡No te ofendas, Max, cómo marcas territorio! ¡No aguantas una broma! ¡Sobándola, interponiéndote en cuanto alguien se acerca, morreándola delante de todos sin venir a cuento!

¡Pareces un gato, solo te falta mearla encima! ¡Lo que daría por un tetatet contigo, sin tu novio entrometido!

Le puse una mano en el hombro.

—Alfredo, hasta aquí. Vamos a la calle, a entrar en calor.

—¿Vas a fostiarme? ¡Uy, qué miedo! ¡No me llega la camisa al cuerpo! —se burló—. ¡El moro Mojamé al ataque!

Salimos.

20

El frío era cortante, y la noche, oscura. La farola más cercana a la puerta del bar se había fundido. Yo había bebido, pero García estaba como una cuba.

—Eres como un hijo, un pupilo, como mi hermano pequeño, ¿entiendes lo que te quiero decir? ¡Calmarse, coño!

—Te has pasado, García. Que se calme tu puta madre.

—Chis, chis, esa lengua, que te la lavo con jabón. Eso te pasa por tener una novia tan requetebuena, ¡seguro que toma leche desnatada Pascual! ¡Destorníllate de risa, hombre! ¡Hay que reírse, si nos reímos no nos peleamos!

—¿Estás listo? —pregunté.

El que no lo estaba era yo.

Me tumbó de un puñetazo en la cara.

Por un instante lo vi todo negro, pero me levanté como impulsado por un resorte. García me había contado que era un fajador, pero acababa de demostrarme que también sabía repartir. Se me tiró encima. Era más bajo que yo, pero más pesado. Le esquivé y le puse la zancadilla. Ahora fue él quien cayó. No quise aprovechar la ventaja y esperé a que se levantara. Es lo malo de haber leído los tebeos del Capitán Trueno. En cuanto lo hizo, le pegué en la cara y en un costado, izquierda-derecha. Aguantó casi sin inmutarse el directo en el rostro, y la chaqueta le ayudó a encajar el puñetazo en el costado.

Respiraba afanosamente, llenando de vaho el aire próximo a su cara.

Le di de lleno y comenzó a sangrar por el labio. Con una especie de sollozo de rabia se abalanzó sobre mí, lanzando puñetazos. Me alcanzó uno en la oreja, que empezó a quemarme. Le golpeé en el estómago, se abrazó a mí. Intentó darme un cabezazo en la nariz, lo esquivé a medias y me dio entre la mandíbula y el cuello. Me mordí la lengua, y la boca empezó a saberme a sangre. Conseguí zafarme, le propiné un rodillazo en los testículos y se dobló con un gemido de dolor. Dudé si darle un codazo en la cara.

—Ya basta —dije.

Yo también jadeaba, esparciendo una modesta niebla.

Permaneció unos segundos en esa posición, con el torso inclinado, en ángulo casi recto con las piernas, apretándose las costillas. Luego se enderezó y se echó a reír.

—Ya no quieres más caramelitos de Navidad, ¿eh? Eres duro —dijo—. Me lo imaginaba, pero no sabía que tanto. ¡Deberíamos ir juntos a Angola, a matar negritos de esos con dientes blancos como la leche! ¡Ven que te abrace!

Se acercó. No me fiaba, pero esta vez no hubo ni trampa ni cartón. Me estrechó entre sus brazos con fuerza.

—Combate nulo, pupilo, desde ahora tú y yo, uña y carne, ¡eres el número uno, te lo digo en serio! Nadie me había aguantado como tú, salvo el Mulato Loco de Aluche. Según la cursi de Marifé tenía un nabo como un pepino, se cambiaba las bragas y decía: «¡Menudo pepino en vinagre tiene el Mulato Loco de Aluche!». Pero una cosa, ¡escucharse!, una cosa, si no hubiera bebido tanto, esta película habría tenido otro final.

Quizá tuviese razón.

—No podemos seguir así —dijo, pasándome un brazo por el hombro, del que me desembaracé inmediatamente—. Tú y yo merecemos algo más, no como el subnormal de Fede, el borrico de Federico, o el cenizo de Granizo, toma rimas. ¡Estoy de ver vascos y caretos de mala hostia hasta los cataplancios! ¡Y de ver cochazos que no son míos, lo mismo de lo mismo! ¡En esta vida hay que crecer, que el pez grande se come al chico! ¡Tenemos que montárnoslo por nuestra cuenta! ¡Más vale tarde que nunca! Amigos, ¿eh, Max? Amigos forever. Navarone desde hoy sagrada, ¿eh?, como la pipa de Toro Sentado, y como alguien la toque te ayudo a inflarlo a hostias, no hace falta ni que la toque, ¡con que alguien le falte al respeto! Tú lo agarras y yo lo inflo a hostias.

Se fue, y justo antes de doblar la esquina agitó la mano en el aire a modo de despedida.

21

Recuperado el resuello, regresé al bar.

En La Paloma, después de hacer el amor, Elsa me preguntó por qué no la había besado.

—Tengo una herida en la lengua —dije.

Estábamos sudados. Me habría gustado ver la luna, oír el viento o el piar de algún pájaro. Pero solo se oía, de vez en cuando, el crujir de los peldaños de madera, una tos, una puerta que se abría y cerraba. Me pregunté cómo reaccionaría Elsa si supiera que había matado a un hombre. Aunque ese hombre fuese Marlboro y aunque hubiera sido en defensa propia. ¿Me respetaría más? ¿Me tendría miedo? ¿Se apartaría de mí, me abandonaría? Había continuado buscando en las páginas de sucesos, pero no había vuelto a publicarse nada sobre aquellas dos muertes.

—¿Me vas a contar algún día qué tal es el señor al que escoltas?

—Una buena persona. Educado, culto, tranquilo. Es un catedrático que dice que los hombres inteligentes quieren aprender y los demás, enseñar. Y muy valiente.

—¿Te cae bien?

—Sí. Me lo presentaron en una comisaría. Me dijo: «Es usted muy joven, no cambie su vida por la mía». Es homosexual, de los que no tienen pluma. Serio y con sentido del humor. Se me queda mirando con aire socarrón y dice: «¿Quién guarda a los guardianes?». Recurre mucho a la cultura, a las citas. Otra vez, mirándome, dijo: «Los ríos más profundos son siempre los más silenciosos», Quinto Curcio Rufo.

—¿No se estará enamorando de ti?

—Qué va. Me aprecia, pero hay una distancia. Mi obligación es vigilar, no dejarle ni a sol ni a sombra, seguir los protocolos. Antes de salir a la calle, mirar por la ventana. Subir unas veces por la escalera y otras en el ascensor. No compartir el ascensor con extraños. No reservar en un restaurante con su verdadero nombre. Todas esas cosas.

Se quedó callada, pensativa. Puse mi oreja en su pecho. ¡Cómo me gustaba oír el latido de su corazón!

—¿Tienes amigos allí?

—Compañeros. Ni siquiera les he dicho dónde vivo. Y en el piso no digo nada a los vecinos. Si me preguntan, miento. Mejor que no sepan que soy escolta privado.

—¿Y qué haces cuando tienes tiempo libre?

—Leo. O recorro la ciudad, a pie o en coche. Eso hice la semana que llegué, antes de que me asignaran un amenazado. Dieciséis horas diarias pateando las calles, aprendiéndome las direcciones, los recorridos.

—¿Y por qué haces eso?

—¿El qué?

—Ser guardaespaldas. Tu familia es rica.

—Me enseñaban unas cosas y hacían otras. Y resulta que decidí hacer las que me enseñaban. Después, mi padre se opuso a que fuese pintor, y luego quiso ayudarme de la forma más torpe. Viajé a Sudáfrica, hice el Blue Train, comí en Wendies Place y aproveché para ver las cataratas Victoria. Al volver de una cena en casa de unas amigas en las afueras, con un BMW blanco que llamaba demasiado la atención, me equivoqué al tomar la salida y me perdí por el centro de Johannesburgo. Me cerraron entre dos coches, lo llaman *carjacking*: te matan, con el coche cometen otros delitos y luego lo abandonan. Por suerte el coche era automático y no se caló. Logré escapar marcha atrás, sacando chispas de la carrocería al rozar con las fachadas de las casas, y descubrí que me había gustado. No sé. A lo mejor es también una forma de enfrentarme a mi padre. Se lo preguntaré al próximo argentino que conozca.

—Hacía tiempo que no hablábamos tanto, sobre todo tú. —Se rio—. ¿Te gusta hablar conmigo?

—Sí.

Contenta, me besó en la mejilla y se apartó muy rápido, casi como si hubiera sido un atrevimiento.

Estuvimos un rato sin hablar. Apoyaba su cabeza en mi hombro y yo me sentía afortunado y feliz.

—El profesor dice que lo único que vale la pena es el amor y la juventud.

—Justo lo que tenemos tú y yo —dijo Elsa.

—Así es.

Y yo pensaba que siempre iba a ser así.

¿Lo pensabas también tú, Elsa?

22

Habían detenido a Josu Ternera en Francia, en Bayona, y el profesor hizo una petición inusual: que le lleváramos al monte Igueldo.

Me pregunté si existía alguna relación entre un hecho y otro. ¿Era una forma de celebrarlo?

Nos habían proporcionado un nuevo coche, más pequeño y sin blindar. Un premio por que nos hubieran identificado en Fuenterrabía, *mordido*, en nuestra jerga. Aunque juró en arameo, antes de recoger al profesor, en uno de sus repentinos e infantiles cambios de humor, García se lanzó a cantar: «Vamos de paseo, pi pi pi, en un auto feo, pi pi pi...».

Bordeamos La Concha, pasamos bajo el palacio de Miramar, donde la reina María Cristina veraneaba, subimos por la carreterita que seseaba como un mexicano, aparcamos el coche y nos montamos en el funicular.

Fue como subir a la infancia, pues arriba aguardaban la alfombra mágica, las escopetas y los muñecos, pistolas y balones de premio, el laberinto, un tiiovivo, el martillo para medir la propia fuerza, unos ponis para dar un corto paseo, la montaña suiza, un laberinto, los coches de choque, la bruja que te atiza un escobazo en el túnel del terror. Apenas había cambiado desde su inauguración, en 1912. Ascendimos al torreón, emplazado donde antes hubo un faro. Era un día claro y las vistas de San Sebastián, de la bahía con forma de concha y flanqueada por el monte Urgull y el Igueldo, los barquitos, la isla de Santa Clara, los árboles, eran preciosas.

—Para algunos este parque es una especie de atraso —dijo el profesor—. Pero para mí es encantador. Aparte de a mi niñez, me recuerda a *Extraños en un tren*.

Paseamos entre las casetas y las viejas atracciones. Entregado a sus recuerdos de niño y quizá también de adolescente, el profesor respiraba a pleno pulmón, como si sintiera que el aire puro de la montaña y el mar le devolviese retazos de su infancia. Le horrorizaba envejecer, empezar a oler a ácido y a moho. Se consolaba con el bueno de Montaigne, como él le llamaba: «La vejez pone más arrugas en el espíritu que en la cara». Probablemente aquella excursión fuera un sustituto de las cremas, un tratamiento rejuvenecedor.

Cedió al capricho de subirse en un barquito, que hacía un corto recorrido impulsado por una corriente originada por una noria, para disfrutar del sonido del agua y de las vistas. También García y yo nos subimos, cumpliendo con nuestra obligación.

Y toda aquella paz, aquella calma impregnada de nostalgia, aquel tratamiento rejuvenecedor, se rompió de forma abrupta en el coche, de vuelta a la ciudad. En la radio informaban de un nuevo atentado. Nada más oír las primeras frases de un suceso todavía confuso, el profesor, sentado atrás, en el lado derecho, como mandaban los cánones, tuvo un palpito. Noté su agitación y vi en el espejo su rostro demudado.

—¡Súbelo, súbelo! ¿Quién es, quién ha sido?

Aunque la información era aún incompleta y poco clara, lo seguro era que habían puesto una bomba en un coche. El hombre iba con su hijo pequeño.

—¡Al hospital, al hospital! —gritó fuera de sí cuando dijeron en la radio adónde habían llevado a las víctimas.

García condujo a toda prisa, impelido por el profesor, el cual, cuando llegamos a urgencias, bajó del coche prescindiendo de toda medida de seguridad y corrió, preguntando por el herido y seguido por García y por mí. Cuando sus temores se confirmaron —los muertos eran el abogado amigo suyo y su hijo menor—, se sentó en una sala de espera, cabizbajo, ensimismado. Como un autómatas al que hubieran dejado sin cuerda.

—Sabían que era el coche que usaba con la familia.

Eso fue todo lo que dijo.

Horas después le dejamos en su domicilio. Casi no podía andar, como si le faltase la voluntad para ello.

Fueron trascendiendo algunos detalles. La madre había tenido que recoger a pedazos al niño. La semana anterior le habían retirado la escolta y Granizo había quedado a la espera de que le asignaran un nuevo amenazado. Los etarras también habían celebrado a su modo la detención de su jefe.

Por la noche nos reunimos en la discoteca con terraza sobre La Concha algunos de los que habíamos acabado el servicio, sin citarnos, guiados por la misma desazón.

—A Josu Ternera no habría que haberlo detenido, habría que haberlo matado —dijo García.

Llegó Granizo. Conejero y García le abrazaron. Cuando se separó de ellos, dijo:

—Hijos de puta.

Y empezó a dar puñetazos a una columna. Le sujetamos para que se calmara y no se rompiera las manos. Se había desollado los nudillos.

En San Sebastián yo no probaba el alcohol. Cuando estaba de servicio, porque estaba de servicio. Y cuando no, porque no me apetecía. Hacía deporte o me encerraba en mi cuarto a leer. Pero aquel día hice una excepción.

En la barra dijo García, soñador:

—Llegará la muerte y tendrá tus ojos, como decía el pavo ese.

Se le había contagiado la afición del profesor por las citas. Seguramente se la había oído a él. Tomaba a Pavese por «el pavo ese».

En el funeral había una corona con una cinta con la divisa: *Virtute duce, comite fortuna*.

El profesor estuvo una semana entera sin pisar la calle. García y yo nos presentábamos en su domicilio diariamente, pero se negaba a salir. Mi compañero se daba entonces una vuelta y yo me quedaba en una cafetería cercana, leyendo. A las dos horas volvía a llamar al telefonillo, por si acaso, con el mismo resultado, y cambiaba de cafetería.

Dios descansó el séptimo día. A la semana, el profesor hizo lo contrario: retornó a su rutina, a su trabajo, aparentando jovialidad. Oficialmente había finalizado el luto, aunque por dentro seguía vistiendo de negro.

Unos días después, fruto de las conversaciones en Argel, ETA anunciaba su segunda tregua.

23

En la barra había un par de periódicos de la víspera. Aquel día no se habían publicado, por la huelga general. Y la cadena sintonizada en una radio que descansaba en un estante repleto de vasos emitía una canción tras otra, sin cortes.

Nos pusieron unas bravas y las tomamos viendo caer las gotas tras los cristales del bar.

—Si quieres vamos al cine.

—¿Estarán abiertos?

Me encogí de hombros.

—Me gusta la lluvia —dijo Elsa—. No porque llora por nosotros, ni porque viene del cielo, ni esas cursiladas.

Aguardó en vano algún comentario por mi parte.

—Me gusta por cómo huele, huele bien. Como tú.

Me acarició el muslo.

Nos habíamos citado con Rosa. Elsa me había hablado mucho de ella. Quería que estudiara fuera de España, que aprendiese idiomas. Deseaba para su hermana lo que ella no había podido tener.

El rostro de Elsa se iluminó con una sonrisa. Había llegado una chica morena, con el pelo largo y liso, acompañada por un chico alto con barba rala y melenas, con un tres cuartos verde oliva, militar, y unos pantalones de pana. Vinieron hacia nosotros y Elsa nos presentó: Rosa, Nacho, Max.

—Hola, Max, tenía muchas ganas de conocerte.

Me besó en la mejilla, rozando la comisura de los labios. Era guapa, con buen tipo, y aparentaba tener más de catorce años.

Pero el caso es que no los tenía.

El chico saludó con un «hola» y se sentó antes de que lo hiciésemos los demás. El típico culo de buen asiento. Rosa fue a la barra, pidió dos cañas y se las sirvieron sin ponerle trabas.

—Al salir de casa, he visto tres gatitos monísimos, recién nacidos, abandonados —dijo Rosa.

—¿Y los has cogido? —preguntó su hermana.

—¿Para qué? Nadie estaba mirando.

No supe si era una bromista o una cínica.

—Prefiero los gatos a los perros porque no hay gatos policías —dijo Nacho.

Le calculé veinte años. Demasiados para una chica de catorce.

No se cortaba. Lo de los gatos y los perros lo había dicho para picarme.

—Eso es de Jean Cocteau.

—¿Y quién es Jean Cocteau?

—Uno al que robas las frases.

No solo amor: también hay antipatía a primera vista. Ya nos habíamos catalogado el uno al otro. Él me había metido en el saco de los fachas y yo a él, en el de los imbéciles. Había conocido a unos cuantos de su cuerda cuando estudiaba Bellas Artes. En 1981, un día de huelga estudiantil, acabé a tortas por una discusión sobre un atentado. Aunque me resulte difícil de comprender, una parte de la izquierda siempre ha entendido demasiado bien el terrorismo etarra y ha pasado por encima de su reguero de niños que ya no serán adolescentes, adolescentes que ya no serán adultos, adultos que ya no volverán a ver el sol.

—Daban mucha pena —intervino Rosa, para rebajar la tensión—. Pero no nos los podemos quedar, ¿verdad, Elsa?

Nacho estaba en primero de Periodismo. Rosa, en un colegio de monjas. Estuvimos un rato picando, bebiendo cervezas y conversando.

—¿Cómo es San Sebastián?

—Es una ciudad muy bonita —dije—. Pero tiene dentro una serpiente.

—¿A qué serpiente te refieres? ¿A la fascista? Allí hay gente que lucha por la libertad, contra un Estado heredero de Franco.

Sus frases salían de un manual que yo ya conocía.

—Un cabo de la Guardia Civil estuvo desangrándose diez minutos, tirado, sin que nadie le socorriera. Era padre de siete hijos, el menor de un año. Eso es la serpiente.

—¿Damos un paseo, Max? Seguro que Rosa y Nacho prefieren estar a su aire.

Pagué y salí con Elsa a la calle.

—Es un tonto —dijo Elsa—. Rosa no tiene suerte con los chicos. Pero no le hablo mal de él porque sería peor. Ya se dará cuenta.

Sin decirlo, fuimos paseando hacia la pensión. Había cesado de llover, pero el cielo estaba oscuro y en cualquier momento podría ponerse a chispear. Algunas de las hojas de los árboles ya estaban amarilleando, aunque la mayoría continuaba verde.

—¿A que es muy guapa?

—Sí.

Y me mordí la lengua para no añadir: Pero eso no basta.

Pasamos la tarde entre las sábanas. No había televisor, así que todo el entretenimiento debíamos ponerlo nosotros.

Y lo pusimos.

—¿Sabes, Max? Somos muy afortunados. De los miles y miles de días de nuestra vida, solo nos moriremos en uno. Piénsalo.

Rodeados de libros, novelas principalmente, aunque también poesía y algo de ensayo, de ropa colgada en perchas, con un cartel de *La habitación de Arlés* clavado a la pared con chinchetas, aquello era un poco lo que yo había deseado con dieciocho años, cuando soñaba con ser pintor y bohemio. Había un periódico atrasado. En algún momento, sonó *Yesterday's papers*, de los Rolling, en la que se afirmaba que nadie quiere los periódicos ni las chicas del pasado.

—¿Estuviste en el concierto del Calderón, el de los globos y la tormenta?

Asentí.

—¡Estuvimos juntos, Max! Qué pena que no nos conociéramos. Qué desperdicio. Me desespera saber que igual pasamos al lado, igual nos rozamos y nada, ni hablamos, como dos zombis. ¡El destino! —suspiró, melodramática. Sacó un cigarrillo y lo sostuvo entre los dedos. Hube de levantarme y buscar unas cerillas en la chaqueta. Se lo prendí y dejé las cerillas al alcance de la mano—. Fue mi primer concierto. Me llevó un profesor de inglés, que me traducía las letras. Era muy guapo. —Me miró por el rabillo del ojo.

Esa era su táctica para darme celos.

No era muy eficaz, salvo para gustarme todavía más. Me hacía gracia. Y me gustaba oírle hablar así, un poco sin ton ni son, soltando lo que se le pasaba por la cabeza. A veces la silenciaba con un beso y volvíamos a las andadas.

—¿Has leído todos esos libros, supersabio?

Habían sido mi refugio. Ahora eran mi lugar preferido para pasar las vacaciones.

—Casi todos. Tengo más en casa de mis padres. Los voy cambiando. Voy cuando sé que no está mi padre. Si mi madre no está en París o en Roma o en Venecia o en Ginebra, la saludo, pregunto por mi hermana y me vuelvo con el botín. Y también voy comprando.

—Tus padres son ricos, me contaste.

—*Muy* ricos.

—¿Entonces? —dijo, lanzando una mirada por encima de su hombro.

—Para mí, esto es muy romántico. La pobreza tiene un toque romántico.

—Por favor —resopló—. La pobreza solo es cutre, no te engañes, Max, sé de lo que hablo, que tú vienes de la pata del Cid y yo de mi apellido. Lo de pan y cebolla es muy bonito, pero yo aspiro a champán y caviar. ¿No podríamos alquilar un piso?

—Lo pensaré.

—Me gusta que seas austero, pero no tacaño. Hay que vivir bien, porque no sabemos cuándo vamos a morir. Pero te aprovechas de mí porque sabes que estoy coladita por ti.

Esta vez fue ella quien se lanzó a besarme.

Y cuando cerró los ojos para dormir, me dijo:

—Besitos.

Y por la mañana, cuando ya se había ido, encontré bajo la almohada un pañuelo de papel con la huella de sus labios.

Tenía razón. Me tenía entre besos y merecía vivir entre algodones.

Empecé a fijarme en los carteles de «Se alquila».

24

El profesor había retomado sus actividades cotidianas, pero había perdido brillo en los ojos y ahora aparentaba su verdadera edad. Los años, al fin, habían encontrado el modo de poner arrugas en su espíritu. Le habíamos llevado a Bilbao, a una mesa redonda organizada por una caja de ahorros.

Acudía como oyente, porque participaba un escritor amigo suyo. A él nunca le invitaban en el País Vasco. Le invitaban en otros lugares, de España y del extranjero, pero nunca del País Vasco.

—Es de AP.

—Del PP, querrás decir.

Hablaban de una de las secretarias de nuestra empresa.

—Da igual —siguió Granizo—, los mismos perros con distintos collares, van a ir a por ellos igual, por mucho nombre que cambien.

En la misma sala, tras el acto, servían un cóctel. Cervezas, vinos, canapés. García, envolviéndolos en una servilleta, se guardó varios en el bolsillo de la chaqueta.

—Para vosotros es más fácil, sin mujer, sin hijos —decía Conejero—. Pero yo, nadie me podía ver con ella. Trabajaba en un bar y yo tenía que verla como cliente, disimulando. Si nos íbamos a pasar el día fuera del pueblo, ella cogía el autobús hasta otra zona y yo la recogía lejos de casa y a la vuelta, lo mismo. Como cada dos por tres tenía que cambiar de coche, a mi hijo le dijimos que trabajaba en una empresa de alquiler de coches. Lo mejor que he hecho, irme a Miranda de Ebro.

Hablábamos, pero nos manteníamos vigilantes. Y siempre uno cerca de la puerta, por si entraba alguien sospechoso. Y para taponar la salida.

Lo único que jugaba a nuestro favor era que los etarras no eran suicidas.

Querían matar, pero no pagar por ello.

Se acercó García, masticando a dos carrillos y con los bolsillos llenos.

—Lo que os iba contando, se sumergen setenta u ochenta metros para buscar la droga, a esa profundidad no se ve una leche en vinagre, atan una cuerda y hacen un círculo de unos diez metros, si la cuerda toca algo, lo detecta.

Yo estaba resfriado y muy incómodo, porque moqueaba constantemente. Se me estaban acabando los pañuelos de papel, y eso que había salido con tres paquetes. Tenía las ventanas de la nariz irritadas, enrojecidas.

—A mi amigo le llaman y le dicen, si encontráis algo sois hombres muertos, se acojonó. Les ponen flotadores que se hinchan por control remoto para que la droga salga a la superficie, la

primera vez, mi amigo se creyó que era una bomba. A lo mejor me hago buzo, ¡escucharse! Allí abajo ni ponen bombas ni hace este tiempo de mierda. Y si vas a un bar, te ponen lo que pides y no te miran con mala hostia ni te llaman *putacame*.

Se acercó el profesor con el escritor, el nuevo amenazado que habían asignado a Granizo y a Conejero.

—Los cántaros, cuanto más vacíos, más ruido hacen —dijo el escritor.

Se refería a uno de los participantes de la mesa.

—Eh —dijo el profesor—. Una foto todos juntos, los ángeles custodios y los pecadores, antes de irnos.

—¿Entonces no nos quedamos a dormir?

—No, para casa.

Un periodista, a petición del profesor, nos hizo la fotografía de grupo.

Salimos a la calle. Estornudé ruidosamente, me lloraban los ojos. Continuaba lloviendo. El escritor, el profesor, Granizo y yo nos quedamos aguardando a que García y Conejero acercaran los coches. Se nos aproximó una latinoamericana con un paraguas de colores chillones.

—¿Os venís un ratito conmigo? Uno o más de uno.

—No.

La prostituta se puso a mi lado y se escupió en la mano.

—Vamos a esa esquinita, verás qué rapidito y qué dulcecito te lo hago.

—Nunca pago por sexo.

—A ti gratis, me has gustado.

Le di la espalda. Y entonces recordé que debía quinientas pesetas a Granizo.

—José —le dije, sacando de mi cartera un billete azul—. Cuando nos invitaste en Fuenterrabía no nos quisieron poner nada.

Y según cogía el billete Granizo, fui consciente de lo que había visto aquel día, aunque hasta ese momento lo había pasado por alto.

Lo conocían en aquel bar. Por eso había entrado y por eso se había puesto nervioso al vernos, y por eso, nervioso, nos había querido invitar. Él, que jamás invitaba a nada.

Tenía una cita, y no con esa novia a la que nadie había visto.

Llegaron los coches. Siguiendo el protocolo, no nos abrochamos el cinturón de seguridad hasta salir del casco urbano.

Como un lobo, a la carrera, el automóvil devoraba los kilómetros en la autopista oscura, y los limpiaparabrisas barrían el cristal con su baile monótono, repetitivo.

Cansados, sin ganas de hablar, solo de llegar a la cama, cada uno pensaba en sus asuntos.

El profesor, en su viaje a Milán, a un congreso al que le habían invitado y que me permitiría a mí disfrutar de unos días libres. García, en cambiar este trabajo por otro que le reportara más dinero, buzo, por ejemplo, aunque fuese al otro lado de la ley.

Pero eso eran imaginaciones mías.

A ciencia cierta únicamente sé en lo que iba pensando yo.

En el Lobo, Mikel Lejarza Eguía, Gorka para los etarras. Infiltrado en la banda, en 1975, gracias a sus informaciones, se había descabezado a ETA-pm. Cayeron la cúpula y ciento cincuenta terroristas. Desde entonces se hallaba en paradero desconocido. ETA le buscaba para

matarle. Se rumoreaba que se había operado la cara, que le habían procurado una falsa identidad.

A ETA le pasaban información, aparte de civiles, abogados de presos y acusados y concejales de partidos de la izquierda radical vasca, policías municipales y funcionarios de los ayuntamientos. Infiltrados, por decirlo así.

¿Por qué descartar que también entre nosotros tuvieran algún topo?

¿Por qué descartar que hubiese un escolta *abertzale*?

—Profesor —dije—, ¿podría conseguirme una copia de la foto de grupo que nos hemos hecho?

—Yo quiero otra —dijo García.

El profesor alzó la mano para indicar que tomaba nota.

Empapé un pañuelo más. Mi nariz seguía pareciendo un grifo mal cerrado.

25

Aprovechando mis días libres por el viaje del profesor a Milán, propuse a Elsa pasar una noche en el parador de Jarandilla de la Vera. Lo disfracé de excursión cultural.

—Ya que tú eres alemana y yo español, podemos visitar el monasterio de Yuste, al que se retiró Carlos I para mí y V para ti, cuando abdicó. Y Cuacos de Yuste, donde vivió don Juan de Austria.

—Yo soy española.

—Pero nacida en Alemania.

Tendría que inventarme un motivo para ir por Cuacos con una foto preguntando por un joven de veintisiete años que había nacido allí y emigrado al País Vasco cuando era un niño. Pensé que con Elsa colaría una historia romántica.

—Y también vamos a indagar sobre este chico.

Le enseñé la foto, ampliada y recortada de la del grupo.

—¿Quién es?

—Un antiguo novio de mi hermana. Me ha encargado que le busque. Fueron compañeros en la universidad. Inés piensa que igual ha vuelto a su pueblo o que allí pueden saber algo.

—¿Y por qué no va ella?

—No puede, mi hermana vive ahora en Londres. Y no hay rastro de él, pregunta y nadie sabe nada. Ya sabes, a veces el amor parece extinguido y rebrota en el momento menos sospechado.

—Sí —dijo Elsa, convencida—. Es como una ramita.

Reservamos en el parador y fuimos en coche.

Me fijé en el mojón que indicaba el kilómetro 23. Cerca de allí había cometido mi primer homicidio.

En defensa propia.

Podía seguir afirmando que era un hombre recto, de sólida moral.

—Hace tiempo que no sé nada del Jari —dijo Elsa justo en ese momento, como si el espíritu del quinqui hubiera intentado contactar con ella.

—¿Te preocupa?

—No, pero es raro.

—Mejor así, ¿no?

—Sí. Pero creí que le gustaba de verdad, que no iba a ser tan fácil quitármelo de encima. Era uno de mis hijos. ¿Estaré perdiendo mi *sex appeal*? Jari tenía un amigo tan sinvergüenza que le llamaban Rogolfo en vez de Rodolfo. Se creía que estaba buenísimo y para nada. Bueno —

rectificó, mirándome de reojo—, tenía su aquel.

Permanecimos un rato callados, escuchando la música.

—Mi primer novio era profesor —comentó Elsa, a la altura del castillo de Maqueda—. Le conocí en un bar.

—¿Y qué te enseñó?

—Fuimos amigos, nada más.

—¿No te acostaste con él?

—Sí, pero en plan amigos. No sé si me entiendes.

—Creo que no. Y creo que ni siquiera sor Concepción lo entendería.

—Esa era la mala.

—Bueno, pues la buena.

—Sor Patricia. ¿Tú me escuchas cuando te hablo?

Me distraía mirar el paisaje, cuando me lo permitía la conducción. Me gustaban las dehesas.

Subiendo ya hacia Jarandilla, tras cruzar el Tiétar, el paisaje se volvía más verde. Abundaban los tabacales y los secaderos, unas naves de celosía de ladrillo para que circulara el aire y se secaran las hojas de tabaco colgadas en el interior.

Dejamos el equipaje en el parador y almorzamos. A continuación fuimos a Cuacos. A Elsa le gustaba lo romántico de nuestra aventura: buscar el paradero de un viejo amor...

Estacioné el coche en la plaza de Don Juan de Austria, bonita y modesta, con forma de anfiteatro, y en la que brotaban una fuente y una higuera sobre una gran peña. A ella daba la casa, con un porche con techo de madera y columnas de granito, en la que vivió de niño el héroe de Lepanto.

—Mejor nos separamos —le dije a Elsa—. Y dentro de una hora nos vemos aquí. Toma.

Le di una copia de la foto.

—Recuerda, se llama José Granizo, emigró cuando era niño. Pregunta a cualquiera que te encuentres, en tiendas, en bares, al cura, lo que surja.

Lo de que emigró cuando era niño era una suposición. Granizo nunca contaba nada.

Elsa se quedó un poco desconcertada. Antes de que pudiera protestar, me acerqué a una anciana vestida de negro que nos observaba desde la ventana del piso bajo de su casa.

—Buenos tardes, señora. Estoy buscando a un amigo que es de aquí, José Granizo, ¿le conoce usted?

Elsa ya se había decidido y se internaba por las calles del pueblo. Algunas casas de adobe, con entramado de vigas y entejadas, eran típicas de la zona. Pero predominaban las de nueva construcción, mucho más feas.

Tampoco la única persona que encontré en el ayuntamiento sabía nada de José Granizo Santos ni de su familia. Continué con mis pesquisas, sin ningún resultado. Entré en un bar. Pedí una caña. Los bares pueden ser una buena oficina de información. El camarero, un retaco con la cara roja, de ese color que proporciona el campo, me miró de malos modos cuando le mostré la fotografía.

—¿Es poli o algo parecido?

—¿Cómo lo sabe?

—Me da que lleva pistola. Y los polis se parecen como un higo a otro.

Escupió al suelo.

—Y los camareros como un imbécil a otro. Trátame con más respeto o le voy a meter una que le va a parecer que han sido cuatro. —Coloqué la foto sobre el mostrador, dando un golpe—. ¿Le conoce, viene por aquí?

—No.

Debía perfeccionar mis técnicas de interrogatorio.

Abordé a una anciana junto a la iglesia de la Asunción. Nada. Vi en otra calle, de espaldas a mí, a Elsa seguida por tres varones. Más que lobos tras Caperucita parecían ovejas pastoreadas por una zagala. Entré en una tienda de ropa, en una ferretería. Por fin, en una carnicería, la que atendía dijo:

—Es Pepe, Pepín le llamábamos. Lleva lo menos diez años sin venir por aquí.

—¿Y eso?

—Se fueron al País Vasco, cambió. El último verano que estuvo aquí se peleó con un muchacho en un bar, a cuenta de un atentado de ETA. Le dejó tuerto, por eso aquí nadie quiere saber nada de él, le han borrado, como si no existiera. A mí me da lástima esa familia, tener que emigrar y que tu hijo mayor se haga medio terrorista. Encima, con el que riñó era su primo.

Continué con mis pesquisas sin sacar nada más en limpio, y cumplida la hora acudí al lugar convenido. Elsa llegó sonriente quince minutos después. Imaginé que era el tiempo que había necesitado para dar esquinazo a su nueva cohorte de admiradores.

—Nada, Max. Pero mira, me han invitado a una copa en una discoteca que se llama Jeromín. —Me enseñó un tique—. Está aquí al lado. ¿Vamos? Anda, me apetece bailar... Que nunca voy a discotecas, que siempre que salgo es para trabajar...

Jeromín, una discoteca. A don Juan de Austria de niño le llamaban así. Era como un torpedo en la línea de flotación de la leyenda que había alimentado desde mi infancia.

Desde que una frase de Pío V, leída en no recuerdo qué libro, se me había grabado: «Hubo un hombre elegido por Dios cuyo nombre fue Juan».

Pero no podía negarme a nada de lo que me pedía.

Y tampoco pedía demasiado, pues daba mucho más.

Entramos en la discoteca, más bien un bar. Era muy temprano, así que no había nadie aparte de una joven camarera.

Mejor. Elsa bailando sola rodeada de lugareños al quite no era una buena combinación.

Yo soy un tipo duro, pero en los pueblos hay verdaderos animales.

No me apetecía enseñar mi Astra.

No me saques sin razón ni me guardes sin honor.

Pedí un ron y ella, un gin-tonic, por solidaridad alcohólica.

—Hasta que abría la boca, se creían que era sueca. No sabes qué cosas dicen estos de Cuacos a las suecas, Max. Uno me ha dicho...

—Prefiero no saberlo.

—Alfredo es más fino, me dice que si se ha abierto un agujero en el cielo y se están cayendo los ángeles, y cosas así. Pero aquí... Uno me ha dicho que me comería y rebañaría.

—¿Y no le diste un tortazo?

—¡Si ese fue el más fino! Hice como que no entendía. A las rubias se nos da muy bien hacernos las tontas, cariño. Además, les he perdonado a todos, son bastante guapos en esta zona.

Lo cierto es que, aunque parezca increíble, conseguía darme un poco de celos.

—Y simpáticos, me han contado muchas cosas. Por aquí cerca unos niños apedrearon a Jeromín. Les llevaron a Yuste y Carlos I los perdonó. Desde entonces, a los de Cuacos se les llama «los perdonaos». Y por eso les he «perdonao» a todos. —Me guiñó el ojo—. No voy a ser menos que un emperador. Esta tengo que bailarla.

Sonaba un éxito discotequero.

Era un placer beber y verla bailar sin buitres alrededor. Quizá todos tengamos algo de mirones.

Pero al poco, como si hubieran estado al acecho, entraron cuatro. Uno se acercó a ella y comenzó a contonearse.

Creí que iba a tener que levantarme, pero Elsa supo sacudírselo de encima sin pasar a mayores.

Después fue otro.

Y luego otro.

Recordé cómo en *Las aventuras de Jeremiah Johnson* Del Gue le decía a Jeremiah que tenía suerte de que los crows mandaran de uno en uno a sus guerreros para matarle, pues los apaches lo harían de cincuenta en cincuenta.

Elsa continuó bailando, una canción tras otra. Apuré mi copa y pedí la segunda.

Por fin se decidió el cuarto. Tenía pinta de ser el más peligroso.

Y lo era.

Se acercó a la bailarina y, tras cruzar dos frases, en lugar de retirarse con el rabo entre las piernas la agarró del cuello y la obligó a acercar su boca a la suya.

Todavía no sé cómo lo hizo Elsa. El caso es que se las arregló para, mientras se resistía, quitarse un zapato y darle con él en la cabeza. El tacón en la coronilla. Comenzó a manar sangre.

Joder, Elsa.

Salté y me interpose entre los dos. Para ahorrarnos problemas, hice un gesto a Elsa para que saliera, cosa que hizo mientras se calzaba. Yo fui caminando hacia atrás, sin ofrecerles la espalda.

Una vez en la calle, echamos a correr.

Elsa reía.

Nos montamos en el coche y huimos a toda velocidad.

Acabamos cenando en Jarandilla, en un bar que se llamaba La Puta Parió, unas migas con pimentón y huevos fritos. Nos reímos recordando el incidente.

—¿Nos habrán «perdonao»?

Mientras cenábamos, llegó un tipo que tiró sobre la barra un precioso búho.

—Ya lo pillé, al hijoputa —se ufanó ante el camarero.

El cuerpo del búho, desmadejado, me hizo pensar en las víctimas de ETA. Algo así dirían los asesinos: pillamos al hijoputa.

—Me daba pena por tu hermana, Max, y por eso no te lo he dicho antes, pero tengo que decírtelo: resulta que su antiguo novio se ha hecho etarra. Eso me contó el imbécil al que le aticé con el zapato. En la discoteca me dijo que tenía que cobrarse la información, ¿te puedes creer?

—Bueno —dije—. Mejor, que se le quite la tontería a Inés.

Ya en el parador, Elsa abrió su bolso y me dio una cajita. Contenía un reloj.

—Es para que me perdones lo del zapatazo —dijo—. Y para que no llegues tarde.

—Pero si soy siempre puntual.

—Pero demasiado justo. Los hombres deben llegar cinco minutos antes y las mujeres deben salir cuando el espejo espejito ya les haya susurrado que son las más guapas del mundo, así que si una mujer se retrasa, échale la culpa al maldito espejito, Max —dijo con sorna.

—¿A ti te lo susurra a menudo?

—No. Solo a veces. Y entonces salgo a matar.

Pensé que bromeaba, aunque fingiera hablar en serio.

A veces la seriedad es parte de la broma.

A la mañana siguiente fuimos a Yuste. En el patio renacentista, con setos de mirto, cipreses centenarios y una fuente octogonal, Elsa suspiró.

—Lo siento por tu hermana, Max. Qué decepción.

En el dormitorio del emperador, con cortinajes negros en las paredes y la cama con dosel desde la que atendía la misa, Elsa suspiró de nuevo.

—No te aflijas tanto —dije—. Mi hermana es dura, lo superará.

Regresamos a Madrid. Nada más cruzar el Tiétar me desvié por un camino de tierra y detuve el coche en un bosque solitario. Abrí el maletero y saqué unas latas.

—¿Qué haces?

—Nunca me lo has pedido, pero sé que te gustaría aprender a disparar.

Coloqué las latas y le di la pistola. Un brillo de excitación se había posado en sus ojos. Antes de que le diera ningún consejo, comenzó a disparar. Me sorprendió su buena puntería. Tras vaciar tres cargadores, retomamos la carretera.

Nos esperaba el cartel de la pensión, con una paloma blanca pintada y, cerca, la estatua del Soldado Desesperado. La estatua no se llamaba oficialmente así, claro: los ayuntamientos no suelen ser tan poéticos. El nombre se lo había puesto Elsa y era de justicia admitir que no estaba mal elegido. Se trataba de la estatua en bronce de Eloy Gonzalo, el héroe de Cascorro, de la guerra de Cuba, sobre un pedestal. Hijo de madre soltera, había sido abandonado en la inclusa de Mesón de Paredes, dato que, suponía, tocaba el tierno corazón de Elsa y la identificaba con él. Avanzaba resuelto hacia la muerte o la gloria, con una lata de petróleo con una mecha y una antorcha, el Mauser colgado y una cuerda enrollada en el pecho para que, en caso de ser abatido, sus camaradas pudieran recuperar su cadáver. Nos echamos un rato y nos adormilamos. Elsa quiso salir por la noche.

Le gustaba ir en taxi por Madrid dando vueltas, como si fuera una turista.

Pasamos ante el Palacio Real. Eso la excitaba. Imagino que pensaba en grandes salones, en vales, en camas con dosel. Recordé la escena de *Madame Bovary*, pero no fui tan desvergonzado como León, en parte porque no ocupábamos un compartimento cerrado.

Prolongamos la noche, porque la noche pertenece a los amantes, como cantaba Patti Smith. Fuimos a una tasca, el Búho Tuerto, que a Elsa le gustaba por el nombre. El búho tuerto, el búho muerto, desmadejado, tirado de mala manera sobre la barra de aquel bar, sus plumas manchadas, sus ojos sin vida como si fueran de cristal.

Cenamos unas raciones, entramos en un bar de copas, bebí, bailó. Prolongábamos la noche, porque la noche nos pertenecía más que nosotros a ella.

Ya en la habitación 204, mientras Elsa pasaba al baño, antes de desnudarme miré el reloj que me había regalado.

Eran las cinco de la madrugada del segundo día completo con Elsa.
Me fijé en cómo corría el segundero.
¡Qué rápido pasaba el tiempo con ella!

26

El profesor asistía a un congreso en Miami. Desde el asesinato de su amigo decía que sí a cuanto viaje le propusieran. Para no tenernos parados, la compañía nos adjudicó a García y a mí a un empresario que era un jeta.

Nos volvía locos. Fuimos a una empresa conservera a ochenta kilómetros para comprar directamente las latas y ahorrarse cuatro pavos, y de compras a Bilbao, y a comer en Pamplona. Incluso una noche le acompañamos a recoger a un chaval para hacer un favor a un amigo.

Y todo eso en una semana.

Ahora estábamos en un pasillo de un hotel en Vitoria.

Otra escapada, para burlar a su esposa.

Por suerte era el último día. Regresaba nuestro profesor.

Llevaba tiempo rumiándolo. Por fin lo solté.

—¿Recuerdas, en el entierro del exmilitar, en Polloe? Joseba comentó que estaba tomando unos vinos y vio al hijo y a la víctima, y que le dijo al anciano que cambiara el paseo y le propuso un itinerario distinto para el día siguiente. Y al día siguiente lo estaban esperando.

—¿Y?

—Pues que pregunté a Joseba con quién estaba tomando los chacolís, y estaba con Luis y con Granizo.

—No sé dónde quieres coser el botón, pupilo.

—Pues que cuando estuvimos en Fuenterrabía, en la *herriko taberna*, apareció Granizo. No esperaba vernos y se alarmó. Me da la sensación de que allí iba a algo, que le conocían. Y he estado en Cuacos, su pueblo. Su familia se fue cuando era un crío. En el último verano que estuvo, de adolescente, tuvo una bronca por justificar un atentado.

García guardó silencio unos segundos.

—Mira que vas a tener razón, ahijado, eres un genio, como Aladino. Propongo meterlo en el maletero, sacarlo en un bosque al borde de un acantilado y darle de hostias hasta que cante más que la Caballé antes de ducharse.

—Así no se hacen las cosas.

—¡Una leche merengada! —me interrumpió—. ¿Pero qué más quieres? ¡Son pruebas! Jamás me he fiado de ese hijoputa. Siempre callado como una piedra, siempre serio, sin ganas de disfrutar ni de vivir.

Nunca había comentado nada. A toro pasado se hacía el listo.

—Eres débil, Max, el namber uan, pero débil, ¿y sabes por qué? Porque juzgas, piensas

demasiado, hay cosas que te parecen bien y cosas que te parecen mal, y el mundo no es eso. ¡Aprenderse de mí! A mí me joden los coletillas y las del flequillo recto porque son unos chulos y unas mierdas, pero a ti lo que te molesta es la coacción, la libertad, la democracia, todas esas milongas, tienes tus ideales, pero para mí esto es solo un trabajo, lo hago, lo cobro y adiós, ni derechos humanos ni presunción de inocencia ni mejillones a la vinagreta, nos la ha jugado, no a la Constitución ni a la democracia ni a todas esas mayúsculas que a ti te gustan tanto, nos la ha jugado a nosotros, a mí, y eso se paga al contado.

La mujer empezó a chillar y a gemir.

—Menuda gata. —García señaló con el pulgar hacia la puerta.

Los gritos subieron de volumen. Sin duda exageraba, pero el empresario estaría feliz, creyéndose un superhombre.

—Hay que cargárselo. Como los GAL.

—Mira qué bien salió eso.

—Y dale, hay que tener más paciencia contigo que una aguja con un sastre tuerto, ahijado. No te mojas ni cuando llueve, como el moro Mojamé, que ya tiene gracia que se llamen así en el desierto, serán ganas de fastidiar. ¡Hay que mojarse! Sí, a nadie le gusta, por eso tienen tanto érsito los paraguas, pero hay momentos en la vida en que hay que calarse hasta los huevos. ¡Espabila, que con tanta moralina en esta jungla eres como un canario en una mina de carbón! Granizo es un puto traidor, te lo digo yo, hazme caso, a ese bar iba a dar información, o a recibir instrucciones, y por eso puso cara de tener una estaca en el ojete cuando nos vio.

—Estás quemado de todo esto, por eso mismo tienes que tener la cabeza más fría. Nos aseguramos y lo denunciamos.

—Sí, claro, ¿qué pruebas va a haber? En cuanto se quedó sin escolta, mataron al abogado de Granizo. Casualidad también. Se escabulló para no tener responsabilidades, para que no le culparan, dio la información y se quitó de en medio. ¿Y los puñetazos que dio contra la pared? ¡Teatro! Recoño, ¿es que no lo ves? Podemos hacerlo tú y yo, si no esta guerra la perdemos, con Conejero no cuento, los que tienen hijos están capados, pupilo, pero tú no tienes, y yo tampoco, qué pan ni qué chorizo, vienen con tijeras los churumbeles.

Se abrió la puerta de la habitación. Salió la mujer, de mediana edad, con tacones, blusa blanca desabotonada, ajustados pantalones de cuero blanco y un cinturón y un bolso de Moschino que hacían daño a los ojos, y detrás, nuestro protegido, muy satisfecho de sí mismo.

—Vamos —ordenó sin mirarnos.

Revisé el rellano de los pisos inferior y superior, mientras García llamaba al ascensor. Cuando llegó, entraron los tres y yo bajé por las escaleras.

Llegué a la recepción a la vez que ellos.

Fuera, flanqueando la entrada, se elevaban dos grandes cipreses. Se parecían a nosotros: quietos, oscuros, haciendo guardia.

—¿Has podado alguna vez cipreses?

—¿Y por qué lentejas iba yo a haber podado cipreses? Soy hijo de sastre, no de jardinero.

—Huelen mejor que los pinos, igual de fuerte, pero mejor.

—¿Y a qué viene eso? ¿Eres filósofo o te estás volviendo gilipollas? Se te va la pelota, pupilo, y te lo digo con todo el cariño. A lo mejor por eso me gustas, tienes clase, tienes suinguin, como los sultanes y los marajás.

El amenazado esperó a que le abriéramos la puerta.

Lo hice. Subimos al automóvil, nosotros delante, ellos detrás, la mujer a la izquierda y su amante a la derecha. Se pusieron los cinturones antes de salir a la carretera, pero ni García ni yo dijimos nada.

Un síntoma más de que estábamos ya cansados.

Pasamos ante unos carteles con las fotografías de dos jóvenes. *Txibatoak etorriko zaizue bueltan*. Chivatos, ya os tocará. Y otro: *Jo ta ke irabazi arte!* Dale que te pego hasta la victoria. Y eso que Vitoria y Álava, dentro del País Vasco, eran lo más tranquilo. Casi territorio amigo, comparadas con San Sebastián y Guipúzcoa.

A cuarenta kilómetros de Donostia, García abrió el pico por primera vez en el trayecto.

—El Chino y yo tenemos que mudarnos, Max. Le han pintado un anagrama de ETA en el buzón, y eso que estaba sin nombre ni nada. El Chino está buscando ya. ¿Te vendrías conmigo? El Chino no es mal tipo, pero no te llega ni a la suela de los zapatos, ni de limpiabotas te serviría.

—La carretera, Fredo.

Volvió a poner su atención donde debía.

Cuando dejamos a nuestros pasajeros, García volvió a la carga.

—Ya puedo hablar, ¿no? A lo que iba, el Chino se está viciando, putas, farlopa, copas, va a todo, dice que controla, pero está desbarrando y se pone imposible cuando bebe, y el bebercio no es disculpa, que el alcohol no te mete dentro al diablo, lo que hace es sacártelo, ¿qué me dices?

Se me quedó mirando fijamente un par de segundos.

—No te mosquees, pero prefiero estar solo.

Frunció el ceño, molesto.

—Y no me llames Fredo, es nombre de mafioso, como el hermano enano y calvo en *El padrino*, el alfeñique.

—El vividor.

—Sí, vividor y putero y organizaba las fiestas y todo lo que tú quieras, pero enano y calvo.

Se tocó la coronilla, inconscientemente.

—Si hay algo que no soporto son los traidores, el que me traiciona está muerto, ¿lo entiendes o te hago un dibujo?

Me dejó en mi portal.

Durante años, en invierno podaba el seto de arizónicas de nuestra parcela. Teníamos jardinero, pero me gustaba hacerlo. Me gustaba el olor de la resina y me gustaba hacer algo por mí mismo, no tener todo hecho. Arrancaba con una azadilla y las manos las hierbas malas que infestaban el césped, la grama y otras cuyo nombre desconocía. Con una pala y una carretilla esparcía montoncitos de estiércol por la pradera y luego, con un rastrillo, lo distribuía.

Sentirme como un trabajador y no como lo que era, un chico al que cuando cumplió dieciocho años su padre le regaló un Audi y al que su madre, cuando se matriculó en Bellas Artes, le pagó un viaje para conocer Venecia, Florencia, Roma, Nápoles y Pompeya.

Pero no en todo era un niño mimado. A mi hermana y a mí nos faltaban otras cosas.

27

Habíamos sacado entradas para *La coleccionista*, de Rohmer, en los Alphaville, y hacíamos tiempo paseando por Princesa. Cogí en un estanco unas quinielas.

—No me gusta el juego —dijo—. Sí, a veces se gana, pero quien gana siempre es la casa.

Se detuvo ante el escaparate de una joyería. Le gustaban las cosas caras.

Más que a mí, quizá porque nunca las había tenido. Miraba unas sortijas con brillantes cuando, al observar sus delicadas orejas, me fijé en sus pendientes. Eran caros, pero poco finos.

—¿Y esos pendientes?

—¿No te lo dije? Me los dio Alfredo.

No, claro que no me lo había dicho.

—Se pasó un momento por el bar, la semana pasada, tú estabas en San Sebastián. Me dijo que se los había comprado a una amiga suya, pero que le había dado plantón y que me los regalaba a mí. ¡No iba a decirle que no, sería una grosería!

—¿Se quedó mucho?

—Qué va, se fue enseguida. Me dijo que no te dijera nada, que eras más celoso que el moro Mortadelo, yo creo que quería decir Otelo. Pero yo no tengo secretos para ti. Y los estreno hoy, por ti. Ni siquiera me los probé cuando me lo pidió.

Me sonrió con esa dentadura perfecta, de estrella de cine.

Después se paró ante otro escaparate, en el que se exhibía un bolso de Hermès de color claro, de piel de cocodrilo.

—Ese bolso vale más que todos los hombres que he conocido. Sin contarte a ti, corazón, no te enfades.

De pronto se volvió, suspicaz.

—No irás con otras, ¿verdad? Aquí ya sé que no, ¿pero allí? Lo digo porque hay mucho sida.

—La duda ofende, Luciérnaga.

Todavía nos sobraba tiempo. Al lado de los cines había un mexicano, enfrente de la librería Ocho y Medio, con una Coronita de plástico gigante sobre la puerta como reclamo que le hacía mucha gracia a Elsa.

Pedimos un guacamole y unas cervezas.

—Hoy he cogido el metro. No me gusta nada, es sucio, si pudiera ir en taxi...

—¿Hacemos juntos las quinielas? ¿Pago yo y vamos a medias?

—Es un buen trato.

Saqué un bolígrafo que llevaba siempre en la chaqueta.

—¿Celta-Madrid?

—Uno.

—Bueno, uno-dos. ¿Atlético-Osasuna?

—Uno.

—Málaga-Elche, ¿uno o equis?

—Pon un dos.

Vimos la película cogidos de la mano.

Y cogidos de la mano fuimos hacia La Paloma.

—¿Qué te ha parecido?

—Los tíos eran unos auténticos imbéciles, unos fatuos que iban de profundos.

Estuve de acuerdo con ella. Las películas de Rohmer me divertían o no según la época. A veces les encontraba su punto y a veces me parecían eso: películas con personajes pretenciosos y vanos con pose de intelectuales.

—Yo he sido coleccionista.

—¿En serio?

—Un poco sí. Porque ninguno me gustaba de verdad. Hasta que te conocí a ti. No pongas esa cara.

No había puesto ninguna cara.

—No he sido una puta, Max, pero tampoco una santa. Dicen que en el punto medio está la virtud. Los hombres os creéis que todas las mujeres somos una cosa u otra y no es así, cariño.

—Yo no lo creo.

—Es que tú eres especial, Max.

Y ladeó la cabeza y me sonrió con sorna, de ese modo que la hacía irresistiblemente atractiva.

En la pensión, ante el espejo, yo la miraba mientras se quitaba los pendientes.

—Se creían superiores y eran patéticos. Y ella era tonta por aguantarles. ¡Y ese viejo, el del final! ¡Era todavía más asqueroso!

Dejó los pendientes sobre la mesita.

Me pregunté cuánto le habrían costado a García.

Y entonces Elsa, que se había fijado en mi mirada, los cogió y los arrojó por la ventana.

—¿Por qué lo has hecho?

—Para que tengas claro quién me importa y quién no.

Se quitó las medias y las bragas.

—Y ahora, fóllame vestida. Para follar bien lo que hay que desnudar es el alma, no el cuerpo.

Supongo que eso no lo había aprendido de sor Patricia ni de sor Concepción.

Tras unos inicios más tímidos, nos entregábamos ahora al amor sin pudor, sin vergüenza, hundiéndonos el uno en el otro sin reservarnos nada. Elsa se abandonaba, se arrojaba al vacío, y yo la seguía. Su mirada era a veces serena, confiada, a veces ardiente o extraviada.

Y después, cuando le dije que había visto un piso en Malasaña que no estaba mal, me besó impetuosa, contenta.

28

Conejero nos había invitado a comer a su casa, en Miranda de Ebro. Se chupaba casi dos horas de ida y lo mismo de vuelta diariamente, pero le compensaba. García quería ir, por si veía algo que le interesara para mudarse con el Chino.

—Esto es otra cosa —decía Conejero, ufano—. La mitad son nacionales o beneméritos. ¡Si hasta le voy a decir a mi hijo en qué trabajo de verdad!

—Espera a que sea menos crío, no se vaya a asustar.

—Al revés, hombre, ahora le parecerá emocionante. Igual hasta voy a ser su héroe.

Su esposa tenía mejor cara, se la veía más contenta.

—Al final, el trabajo que le habían apalabrado a Raquel no se lo han dado, pero es igual. ¡Ya te saldrá otro! ¿Verdad, Raquel?

Regresamos. Al salir de San Sebastián el día estaba claro, pero ahora el cielo se había encapotado y caía una lluvia fina que empapaba de tristeza el alma.

—Ese coche nos sigue —dijo García.

—¿Cuál?

—El que va detrás, coño, no nos va a seguir el que va delante. Estaba aparcado enfrente del piso de Conejero.

Miré por el retrovisor.

—Sí, yo también lo vi. Mismo modelo y mismo color, pero matrícula diferente, García.

—Es la misma.

—Es otra, no seas paranoico, ¿quién nos va a seguir? No somos nadie. Estará yendo hacia San Sebastián, como nosotros. Igual hasta es uno de los nuestros.

—Voy a desviarme, a ver qué hace.

García tomó la primera desviación.

El coche que iba detrás hizo lo mismo.

Arreciaba la lluvia y la visibilidad era muy mala. Había bancos de niebla.

—¿Ves? Hijos de puta. A ver ahora.

Tomó otro desvío. La carretera se había estrechado y ascendía de manera constante, cada vez de forma más empinada, al tiempo que la niebla se iba espesando.

—Si nos siguen se van a enterar.

La carretera zigzagueaba, y a la izquierda había un precipicio. No se podía dar la vuelta ni ir a más de quince por hora. Ahora jarreaba y no se distinguía nada a partir de los seis o siete metros. Aunque nadie nos siguiera, la situación se había tornado peligrosa. De pronto, ante nosotros

surgieron dos grandes bultos. Resultaron ser unas vacas. Tuvimos que detenernos.

—¿Dónde estamos?

—Ni idea.

—Sal y cúbreme la espalda. Voy a ver si las espanto.

Bajamos. Pensé que García exageraba, pero, por si acaso, empuñé la pistola.

—¡Vacas! ¡Vacas, vamos, vacas, largo, hostias! ¡Largo, putas!

Las bestias no se movieron.

—Atrás había un ensanchamiento, ahí se puede dar la vuelta.

—Tú ve guiándome.

Muy lentamente, a la velocidad de un hombre andando, y frenando cada poco, comenzó a conducir marcha atrás. Si se desviaba un poco hacia el precipicio, yo golpeaba en el techo. Iba también pendiente de si aparecía algún coche. No lo había. ¿Quién iba a subir por allí, en esas condiciones? Y además estaba seguro: eran coches distintos.

Llegamos a la zona más amplia. García maniobró siguiendo mis indicaciones.

Cuando terminó de dar la vuelta me introduje en el coche, empapado. Comenzamos a descender. Aliviados, comprobamos que la niebla se iba deshilachando.

No nos encontramos con nadie de frente.

—Se habrán dado la vuelta, te digo que nos seguían.

Nos reincorporamos a la carretera principal.

—No has comentado a nadie nuestras sospechas sobre Granizo, ¿verdad?

—No.

—Mejor así —dijo—. Que no sepa nadie que sospechamos. Que luego pasa algo y nos señalan.

Entramos en San Sebastián.

—Estás mosqueado.

—No.

—Estás mosqueado. Venga, te invito a un chacolí para que me perdones. Hasta lo reconozco si quieres: no era el mismo Peugeot.

Transmitía una furia sorda. Era como un carbón encendido, como una brasa cubierta por ceniza.

Pensé que sería mejor aplacarle.

—Está bien.

Sobre todo, pensé que sería mejor no dejarle solo. Aunque era un patán, le había cogido algún tipo de cariño. Quizá fuera solo compañerismo.

Atravesamos Gros, cruzamos el río por el puente de Zurriola y dejamos el coche en el bulevar. Los escasos transeúntes que había llevaban impermeables, gorros, paraguas. Las luces de las farolas arrancaban hirientes brillos a los adoquines mojados.

—¿Adónde vamos?

—Tú sígueme.

Como me temía, se dirigía hacia el casco antiguo. Callejamos un poco, entre ikurriñas, carteles con el mapa de Euskal Herria y retratos de asesinos.

En la plaza de la Constitución pasamos ante la librería Lagun, uno de cuyos cristales estaba

roto por una pedrada, reciente, pues hacía apenas unos días, cuando acompañamos al profesor a comprar libros, estaba intacto.

—Aquí mismo.

Entró en un bar. Le seguí.

29

Había unos quince varones, casi todos vestidos con colores oscuros, a los que se sumaban una mujer madura y una joven con *piercing* y camiseta de un grupo de rock vasco.

Todos se nos quedaron mirando.

García fue a un rincón, la pared a la espalda y la puerta enfrente. Desafiante, se volvió hacia la parroquia.

—Sin pistolas no sois nada.

Las cartas boca arriba. Dentro de lo que cabe, no me pareció mal. Al fin y al cabo, habría sido inútil disimular.

Era una de las frases que se coreaban en las manifestaciones contra ETA. Yo había estado en alguna de esas concentraciones, protegiendo al profesor. Cincuenta manifestantes, casi todos mayores, excepcionalmente algún joven, un cordón policial y doscientos contramanifestantes llenos de odio y espumarajos en la boca, gente haciendo fotos, ventanas cerradas, insultos, amenazas y burlas.

—¡Mirarse quién tiene aquí pistola!

Se abrió la chaqueta y mostró la riñonera con su Beretta 92 FS.

—Dos chacolís.

El camarero, un tipo con la piel pálida y rojiza, la nariz algo ganchuda, rollizo, con pliegues de grasa en el cuello, de mediana edad y ojos claros de expresión bonachona, no se inmutó.

—Tú, sordo. Dos jo-di-dos cha-co-lís de mier-da.

Sacó la pistola y con un golpe la dejó sobre el mostrador de cinc, junto a un ejemplar del *Egin*.

—¡Veinticinco balas! Con eso y con dos cojones aquí me tenéis, valientes.

Esa era toda la munición que nos estaba permitido llevar: veinticinco cartuchos.

Tenso, yo vigilaba a todos. Podía suceder cualquier cosa. García transmitía la sensación de que estaba completamente fuera de control. De que era capaz de liarse a tiros.

Y no fingía. Precisamente lo que nos ponía en peligro era lo que podía salvarnos.

El camarero puso los dos vasitos y los llenó.

—Os los bebéis y os largáis.

—Y nos invitas, ¿verdad, salao?

—Os invito, *ahohandi*.

García alzó el vaso. Yo le imité.

—A la salud de los viejos, mujeres y niños que matáis y mutiláis, cabrones. Porque también

matáis niños, hijos de puta. Los despedazáis. Que una madre tuvo que recoger los pedacitos de su niño, hijos de puta.

Lo bebimos de un trago. Yo dejé el vaso en el mostrador. García lo estrelló contra el suelo, haciéndolo añicos.

—¡Recogerse esto, que no se hiera nadie! —se mofó—. ¿Está preparada vuestra sangre para darla por este mojón de tierra de palurdos y levantadores de piedras? ¡Me dais menos miedo que los pitufos! ¡Venga! ¡Bailarse un chachurriscu en mi honor!

Le habría matado.

Ahora tocaba salir.

García empuñó la pistola y la metió en el bolsillo de la chaqueta, de tal manera que se notaba el cañón levantado, horizontal.

—Que no se mueva nadie, que voy empalmado y tengo el dedo nervioso y con escalofríos, ¡que se me encoge el dedo, pelotaris! ¡Mirarse unos a otros los caretos, que sois más aguafiestas que el Jomeini ese!

Iniciamos el camino hacia la puerta, ni rápido ni despacio. Algunos comenzaron a moverse lentamente, estrechando el espacio, como un lazo que se cerraba.

Pero no se atreverían a lanzarse sobre nosotros. Era todo una representación.

Salimos a la calle y, sin correr, empezamos a andar a zancadas, mirando cada poco por encima del hombro. Empezamos a carcajearnos, como forma de soltar la tensión. Varios se agolparon en la puerta, gritando e insultándonos en español y en vasco. Un mechero me adelantó surfeando en los adoquines. Oí el estrépito de una botella al estallar contra el suelo. Nos metimos por un par de calles, comprobando que no nos seguía nadie.

—¿Y el coche?

—Mejor lo recogemos mañana, ¿no crees, pupilo?

A toda prisa, seguimos alejándonos del casco antiguo. Dejamos atrás el hotel María Cristina y cruzamos el Urumea, hacia Gros. Cuando alcanzamos la otra orilla, García se detuvo y me dio una palmada amistosa en el hombro.

—¡Qué descarga de adrenalina! —Soltó una risotada de alivio y de victoria—. Les hemos acojonado, tú y yo juntos seríamos el acabose.

—La costa Este y la costa Oeste —dije.

Pero esa frase la habría entendido el profesor, no él. Seguramente no había visto *La conversación*.

Quiso darme un abrazo. Le aparté sin muchos miramientos.

—Si no te despiden, voy a pedir cambio de binomio.

—¡No exageres, ahijado! —Por un momento pareció dolido, aunque se rehízo rápidamente—. ¡Pero si hasta has llorado de la risa! Estaba todo calculado. Esos chupapollas no tenían autoridad para romper la tregua. Yo jamás te pondría en peligro, Max. ¿Qué quiere decir aouandi, o esa mierda que ha dicho?

—Creo que es algo así como bocazas.

Sobre el agua del río, la luz de las farolas centelleaba. Arriba, desde lo alto del Urgull, coronándolo, la estatua del Sagrado Corazón de Jesús parecía vigilar la ciudad. No era un gran vigilante. ¡Cuántos crímenes se habían cometido a sus pies sin que nada pudiera hacer por evitarlos! Como el de Benjamín Fernández, guardia civil retirado, en 1982, o el policía nacional

Eduardo Navarro, en 1983. Incluso se diría que los bendecía con la mano derecha alzada y el índice y el corazón estirados y juntos.

—No ha tenido huevos de decirlo a las claras.

Los dos sabíamos que aquello iba a traer cola, que García había quemado sus naves. Iban a despedirle, y sería por su propio bien. En cuanto a mí, ya se vería.

Quería seguir ahorrando. No quería ceder, recurrir a mi madre, que me llamaba todos los meses ofreciéndome dinero, angustiada por mi trabajo.

—Necesitaba hacerlo, ahijado. Necesitaba hacerlo.

Yo era más frío. García era demasiado sanguíneo y la gente temperamental se consume antes.

No tenía claro para qué quería ahorrar.

Quizá para comprarme una casita en un lugar perdido, retirarme del mundanal ruido. Cultivar un pequeño huerto con Elsa, escuchar el piar de los pájaros, el ladrido de un perro en la lejanía, los cencerros de las cabras y las ovejas.

El bordoneo de los abejorros, mi vida está llena de las cosas que ella vació.

30

Lo mío con Elsa ya se había asentado lo suficiente como para que lo de la pensión dejase de tener gracia. Ella tenía razón, de romántica había pasado a cutre. Alquilé el piso de Malasaña y el cambio le ilusionó. Nuestra relación se volvía más digna y oficial.

—A veces rezo para que no te pase nada.

Rotas las conversaciones de Argel, ETA había asesinado a balazos a un guardia civil, dando por terminado el alto el fuego. Había dejado pasar unos días antes de contarle el incidente con García.

Agradecí el «te», que excluyera a García de sus miedos y preocupaciones.

—¿Crees en Dios, Elsa?

—Es una forma de hablar. Ya te dije que no estoy nada segura de que exista. A veces pienso que voy a la iglesia solo por costumbre o por agradecimiento a sor Patricia. Me da miedo volverme más atea que una serpiente y pensar que no hay más leyes que las que nosotros mismos nos pongamos.

—¿Y qué leyes te has puesto tú?

No contestó. Se quedó mirando hacia el infinito, soñadora.

—Bueno, ¿en marcha? García ya está abajo.

—En marcha —respondió, lánguida.

Pero nada más ver a García recuperó su energía habitual. Estar débil no se lo permitía delante de otros, lo que implicaba, en cierto modo, un halago para mí.

García nos había pedido como un favor que le acompañáramos a una fiesta en un chalé de La Moraleja. En realidad no le habían invitado y pensaba que con nosotros se colaría más fácilmente.

Había sabido de la fiesta por el encargo de unos trajes a su padre, que con setenta años seguía sin jubilarse. Era la típica casa burguesa, con lo bueno y lo malo que tal término puede encerrar, con un pórtico en la entrada, un jardín muy extenso y una gran piscina en forma de riñón. Y eso era lo que costaba allí todo, un riñón, lo que no implicaba que fuese bonito. Mis padres tenían mejor gusto. Todo lo que había allí era gente con trajes caros, con coches caros, con joyas caras, con bolsos lujosos, con proyectos de viajes lujosos, con tetas de mentira lujosas. Entre tanto lujo, igual incluso cabía algo de lujuria.

—Voy a dar una vuelta, tengo que hacer mis contactos, en España una de dos, o tienes contactos o la suerte del gato del pescadero, y si no, no te comes ni media rosca. ¡Tengo que reinventarme, como se dice ahora! ¡Reinventarse o espicharla! Navarone, a lo mejor te presento a alguien como mi esposa. De mentirijillas, Mojamé, no te mosquees. ¡Bisnes is bisnes! ¿Te contó lo

de la pelea?

—¿Qué pelea?

Por supuesto, tras lo del casco viejo de San Sebastián le habían despedido. Donostia era una ciudad pequeña y un incidente así acababa por saberse. Yo me había librado por los pelos, con una amonestación.

—Tu novio y yo, como en *Río Rojo*, el vejete y su hijo adoptivo, se lían a puñetazos y acaban tan amigos, pues nosotros igual, me he visto todas las de Yon Guaine, en el pueblo, mi padre le regalaba un traje por Navidad al acomodador y a cambio el acomodador me dejaba entrar gratis todo el año, ganábamos todos, ganaba el acomodador que parecía un general con su traje nuevo, ganaba yo, viendo cine a todas horas, y ganaban mis padres, que me quitaban de en medio, aquí no, en la ciudad das un traje y se lo quedan y adiós muy buenas, la pantalla era una sábana y teníamos que llevar las sillas...

Camareros uniformados pasaban bandejas con bebidas y canapés en el inmenso salón, con piano de cola, techo muy alto, columnas de escayola algo horteras y diversos ambientes.

—Es casi un palacio —dijo Elsa, admirada.

—Tiene una pequeña sala de cine, una discoteca en el sótano y una piscina interior climatizada.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya he estado aquí.

Como temía, apareció mi padre. Me vio y alzó la mano para saludarme. Me vi obligado a acercarme. Elsa se disponía a seguirme, pero le hice un gesto para que me aguardara.

Mi padre estaba con dos señoras y un hombre. No conocía a ninguno. Comentaban algo sobre la pirámide de Pei, recién inaugurada en el Louvre.

—Hola, papá.

—Hola, hijo. ¡Cuánto tiempo! Deberías dar noticias de vez en cuando, tienes a tu madre preocupada.

—Pues ya puedes decirle que estoy bien. ¿No ha venido?

—Está en Zúrich, visitando a Camelia. Cambia de profesión, aunque de profesor de literatura tampoco te veo... ¿Por qué no me llamas? Por lo menos podrías ver a tu madre. No tienes corazón.

—He tenido a quién salir.

—¿No vas a presentarme a esa chica que te has traído? ¿Es tu novia?

Sola, Elsa miraba un cuadro, ensimismada. Con su vestido rojo, su melena rubia, sus zapatos de tacón, destacaba como una amapola en un patatal.

—Vaya, veo que también han venido Solomon y Carmina.

Al lado de otro gran cuadro abstracto, de Saura, copa en mano, se hallaba Solomon Kirschenbaum con su mujer. Eran vecinos nuestros. Bueno, de mis padres. Solomon era un judío de origen polaco, compañero de juergas de mi padre y socio en muchos negocios. Inmensamente rico y tan feo como inteligente y amoral. Me fijé en su corbata: había al menos quince banderas. Cada vez eran más pequeñas. A mi hermana y a mí nos divertía buscar a qué país pertenecían las banderas que iba añadiendo Solomon. Luego supimos que tenían un significado.

—Voy a saludarles.

Pero en lugar de saludarles me refugié en una esquina. Ver a mi padre me había puesto de mal

humor. No era únicamente por el concepto que tenía de él. Era, sobre todo, porque me hacía plantearme quién y qué era yo realmente. A un padre se le debe más que la vida. Todavía más. Ahora García arrastraba a Elsa hacia un grupo, y fui a la cocina. Se me ocurrió que quizá allí me dijeran cómo habían acabado los partidos. No iba desencaminado. Un camarero que preparaba cócteles tenía a su lado la radio puesta. Iban a dar los resultados de la jornada. Saqué el boleto y fui marcando los aciertos con un círculo.

Cuando volví al salón mi humor había cambiado. Elsa me sonrió y vino a mi encuentro.

—¿Dónde estabas?

—En la cocina. ¿Y tú?

—Con Alfredo. Me presentaba como su mujer. Quería conocer a esos dos, para hacer negocios o «contazos».

Me sorprendió que Elsa se burlara de García. Señaló discretamente, con la barbilla, a dos tipos de mediana edad, algo apartados, con trajes oscuros y acompañados por dos mujeres llamativas y ordinarias. García hablaba con ellos. Aquella fiesta la surcaban varios tiburones, y mi excompañero maniobraba para ser al menos una piraña.

Pero las leyes de los hombres no son iguales que las de la naturaleza: entre nosotros, si una piraña come mucho puede convertirse en un pequeño tiburón.

—Los trajes se los ha hecho el padre de Alfredo, por eso se enteró de la fiesta. Han sido la excusa para hablar con ellos.

—¿Y de qué hablaba?

—No sé. Me dijo que después de presentarme y un par de frases tontas les dejara a solas. ¿Quién era ese señor alto con el que hablabas?

—Mi padre.

—Es un señor muy guapo. ¿No vas a presentármelo?

—Preferiría no hacerlo —dije, a lo Bartleby.

—¿No soy suficientemente buena para tu familia?

—Es al revés, Luciérnaga. ¿Nos vamos?

—¿Y Alfredo?

—Le esperamos cinco minutos. Tengo una noticia que darte y un plan que proponerte.

Pasó un camarero, cogí una cerveza y ella un refresco.

—Me gusta ese cuadro.

Se refería a un retrato clásico, realista, de una mujer con un gato en el regazo.

—A mí no. Elsa, creo que tenemos gustos completamente distintos.

Me arrepentí nada más pronunciar mis palabras, gratuitamente ofensivas. Me miró como miraría una boa a un pollito al que se va a tragar. Me sentí insignificante y ridículo y, a la vez, importante, casi poderoso. Una sensación extraña. Nunca nadie me había mirado así antes y nadie lo ha vuelto a hacer, descontando a la propia Elsa. Estaba empezando a pensar alguna frase para congraciarme, cuando me evitó el bochorno, adelantándose.

—Sí, tenemos gustos completamente distintos. A mí me gustas tú y a ti te gusto yo, y ya ves en qué nos parecemos.

Acercó un milímetro su boca. Los treinta centímetros que faltaban tendría que recorrerlos yo.

Los recorrí.

—¡Viva el amor!

La cara de García había aparecido a un palmo de las nuestras.

—Max, discreción, que esta noche Elsa es mi esposa, me ha ayudado mucho para mis contazos, ¡no me los estropees, que con un cornudo nadie quiere hacer negocios!

—Nos vamos ya, Alfredo.

—Pues me voy con mi señora y con mi amigo, faltaría más.

—Hasta la puerta puedes tomar de la cintura a Elsa. Pero cuando la crucemos, tú por tu camino y nosotros por el nuestro.

García aceptó. Lo de salir de allí rodeando la cintura del cañón de Navarone era una propuesta irresistible.

31

Pedimos un taxi y cuando dejamos a García en Doctor Fleming, una calle que sin duda frecuentaba, Elsa me preguntó:

—¿Y esa noticia? Me tienes sobre ascuas.

Le mostré el resguardo del boleto.

—Hemos acertado trece. Calculo unas doscientas mil.

Me abrazó, entusiasmada.

—¿Quieres ser hormiguita o cigarra esta noche?

—Esta noche, ¡demonios!, esta noche soy cigarra.

Nos bajamos en una zona de bares y discotecas. Saqué en un cajero el máximo permitido.

Enseñé los billetes a Elsa.

—Esto para propinas. Las consumiciones las pagamos con mi tarjeta.

—Las propinas las administro yo, que eres un manirroto.

Nos metimos en la noche. Fuimos a El Sol. En lugar de un concierto, nos encontramos con la presentación de un libro, *La vida puede ser una lata*. Compré un ejemplar, naranja, con la ilustración de un tipo solitario sentado a una mesa con una lata de sopa «Vida», y se lo regalé a Elsa. Bebimos, bailamos, invitamos a desconocidos, lo que los convirtió en grandes amigos durante el tiempo que empleaban en vaciar sus copas. Parte del dinero de las propinas se lo quedaba Elsa, creyendo que yo no me enteraba, pero no me parecía mal. Tenía que ahorrar para su hermana. Fue la única ocasión en que la vi verdaderamente borracha, tanto como yo. Y aunque era ella la gran atracción allá donde fuésemos, en algún lugar atizó un bolsazo a una chica a la que yo había gustado, porque me miraba insistente y provocativamente, con los labios entreabiertos. Se lio una buena, aunque pudimos salir sin que ocurriera nada grave. Haber invitado a unos cuantos a copas lo facilitó.

En el último bar, en el que no había ni un alfiler, creí entrever fugazmente a Rogolfo, observándonos. Fui hacia él apartando gente, pero se había desvanecido, si es que verdaderamente era él y no un producto de mi imaginación. Fuera real o no, aquella visión indicaba que era consciente de que el Almendro era un cabo suelto.

—Hemos tenido la suerte de los principiantes —dijo Elsa, ya en nuestro piso—. Nunca más vamos a jugar, ¿me lo prometes?

No recuerdo si se lo prometí.

La mayor parte de la noche, de sus detalles, de sus risas, de sus besos y caricias, la he olvidado. Daría... No sé qué daría por recordarla, cuánto por revivirla.

Con ella dormida, estuve un rato mirando su álbum de modelo. En algunas fotografías parecía una sofisticada dama, en otras tenía un punto vulgar y provocador. En algunas parecía una santa y en otras una puta, pero yo sabía que no era ninguna de las dos cosas. En todas estaba guapa y jovencísima, aunque me gustaba más ahora, con la cara menos llena, menos redonda. Me pregunté si se habría acostado con el fotógrafo.

32

Coincidió con Granizo en la galería de tiro.

Antes, una esquirla de una bala, que había impactado en el bastidor metálico de un blanco, le había herido a Robocop en la frente, encima de la ceja. Le quedarían una cicatriz y el alivio de no haberse quedado tuerto. Pobre Federico, le caían todas. Hacía solamente tres días que se había reincorporado al servicio. Una pedrada en la cabeza cuando acababa de comprar *El País* le había obligado a permanecer una semana de baja. Le habían identificado como escolta o le habían tomado por un policía. O, simplemente, le habían visto comprando un periódico *español*. Una provocación merecedora de una pedrada.

—Voy a pedirte un favor —le dije a Granizo.

No hacía falta recordarle que me debía el del día en Francia.

—Tú dirás.

—He visto que mañana por la tarde libras. El profesor va a estar en una cafetería, en San Martín con Hondarribia, ha quedado con un amigo. Justo llega mi novia, si no la recojo me mata.

—Le guiñé un ojo—. Ya conoces a las mujeres. ¿Puedes cubrirme una hora? Entre cuatro y cinco. Yo le llevo allí, le dejo, aparco a mi novia en el piso y vuelvo corriendo.

—De acuerdo. Así quedamos en paz.

A la tarde siguiente me cité con García a una manzana de la cafetería. Había venido para acabar de llevarse sus pertenencias del piso.

El día había amanecido gris y ventoso, y por fin rompió a llover. Se estremecían las hojas de los árboles, temblaban las señales de tráfico y las ráfagas de viento hacían que, pese a los paraguas, los peatones se empaparan.

Nos apostamos en una esquina, guarecidos por una cornisa.

—Entonces, ¿ha picado Granizo?

—Pronto lo sabremos.

—Me han dicho que otra vez has quedado el primero en tiro de precisión, y los dos últimos tiros a las pinzas, toma chulería, porque tú lo vales... Ya me estoy moviendo, Max, voy a hacer algo para ganar dinero del bueno, no este sueldo que me sacaba aquí jugándome la vida. Y cuento contigo, eres el único que me podría valer, estoy reclutando a algunos, pero tú serías la guinda. Será mi propia empresa de seguridad, nada de trabajar para otros.

—Son ya las cuatro.

Aguardamos, expectantes.

—Atención.

Habían parado enfrente de la cafetería dos motoristas. El pasajero, un tipo joven, se apeó. Iba vestido de negro, con zapatillas deportivas, y llevaba la mano derecha metida en el bolsillo del plumas. Por atrás le asomaba una melenilla negra. Sin quitarse el casco entró en el establecimiento, mientras el otro esperaba sin apagar el motor. A través del ventanal, vimos cómo se plantaba en el centro de la sala y echaba una mirada hacia todos lados. Lo perdimos de vista. Quizá había ido a comprobar los servicios. Al cabo de un minuto, salió. Con pasos rápidos llegó hasta la moto y el conductor y él se perdieron en el tráfico. Después salió Granizo, al que tras doblar la esquina perdimos de vista.

—Ya está —dijo García—. ¿Sigues dudando?

—Hay que hablar con la policía, que lo investiguen.

—Pero si acabamos de investigarlo. No sé tú, pero yo del País Asco me voy a ir por la puerta grande.

Nos despedimos.

—Cuando te hartes de esto, avísame.

Llamé al policía al que me había presentado en una comisaría al profesor para contarle el caso y ver qué hacer, pero no di con él. Mejor. Esa conversación que no tuvo lugar me habría convertido en sospechoso, pues al día siguiente, parado ante la barrera del garaje en el que dejaba su coche, Granizo murió de un disparo. Se habló de ETA y del GAL, pero lo cierto es que nadie reivindicó el asesinato.

Según un testigo, un hombre fornido con una gabardina y con una media que le desfiguraba el rostro había salido del interior del garaje, se había plantado ante el conductor, detenido al otro lado de la barrera esperando a que se levantara, y le había descerrajado un único tiro.

El proyectil dibujó una tela de araña en el parabrisas del automóvil. ¿Qué pasó por la cabeza de Granizo un instante antes de que el plomo alcanzara su frente? ¿Toda su vida en imágenes? ¿Un último recuerdo para su novia, si es que existía, para sus padres? ¿Nada? ¿Un desfile lleno de banderas de Euskadi? ¿La plaza de Cuacos en la que vivió de niño don Juan de Austria? Nunca se sabrá.

Lo que sí se sabe es qué pasó por su cabeza un instante después: una bala 9 mm Parabellum, el calibre usado por ETA y también el único permitido a los escoltas privados.

Aunque la pistola usada no pertenecía a ninguno de nosotros.

El asesino se alejó a pie, tranquilamente, sin que nadie hiciera nada por detenerle.

A eso García lo llamaba irse por la puerta grande.

33

Transcurrió casi un año. No hubo grandes cambios en mi vida y el mundo siguió girando. Murieron Sergio Leone y Simenon. Murió Jomeini y su cadáver acabó por los suelos, tirado del féretro por una multitud enfervorizada. Estados Unidos invadió Panamá, el comunismo se fue descomponiendo y lo que para varias generaciones de europeos parecía imposible sucedió: cayó el Muro de Berlín.

El mundo no conoce la rutina, reservada para sus minúsculos habitantes.

Mi amor no presentaba síntomas de descomponerse. Con Elsa vivía una rutina feliz y deseable. Música de violines, habría que ponerle.

También es cierto que solo nos veíamos los fines de semana, y no todos, dependiendo de mis turnos.

Y Elsa era como nuestra rutina: feliz y deseable, y en el piso de Malasaña, superada la etapa de La Paloma, continuamos añadiendo días al contador de nuestra felicidad.

Alguna vez salimos los tres, Elsa, Rosa y yo, para que Rosa, que había roto con su novio y cumplido quince años, no se quedara sola. Estaba desanimada y ojerosa, aunque no tardaría en reponerse.

—Cuando le dije que hasta los dieciséis no me iba a acostar con él, me dejó. Era una prueba, habría podido conseguirlo.

A veces me daba la impresión de gustar a Rosa, pero lo descartaba y achacaba su interés a simple coquetería. O, lo que sería peor, a una inclinación a competir con su hermana.

—¿Y tu libro de fotos? —le pregunté un día a Elsa.

—Lo he tirado.

—¿Y eso?

—No quería que dentro de unos años me doliera verme tan joven.

A García le había perdido de vista desde el engaño a Granizo. De vez en cuando me llegaba alguna noticia, más bien algún rumor. Al parecer, había fundado una pequeña empresa de seguridad. Oí también que trapicheaba con heroína y cocaína, y que había montado un prostíbulo. En armas no se metía, «Armas no, que no te las follas», me había dicho en cierta ocasión.

Un día, sentados en las butacas del cine estudio Fantasio, antes de que comenzara el programa doble, *La gata sobre el tejado de zinc* y *Baby Doll*, Elsa comentó que le había visto.

—¿Se pasó por la tienda?

Elsa había dejado el bar y trabajaba de dependienta en una tienda de moda del barrio de Salamanca. Le pagaban mucho mejor.

—Quería darle una beca a Rosa.

—¿Cómo que una beca?

—La beca Alfredo García. Dinero para que estudie.

—No me gusta.

—No tiene que gustarte a ti. A ti te pagaron los estudios tus padres ricos. Rosa no tiene padre que se los pague y los merece. Es lista. García se pasó dos días seguidos por la tienda, para que cogiera el dinero. Es muy insistente, por no decir pesado.

—¿Y lo cogiste?

—Por supuesto que no.

Con enorme dignidad, sacó un cigarrillo y lo sostuvo entre sus dedos.

—¿Quieres fuego?

—Eres vidente, cariño.

Se apagaron las luces. Encendí su cigarrillo. Estábamos sentados en la quinta fila, sin nadie cerca.

—¿Por qué no te importa que fume? Fumar es muy malo. ¿Por qué nunca me pides que lo deje?

—Es la única prueba que tengo de que no eres perfecta.

—¿Sabes por qué fumo, Max?

—Porque te relaja, porque te gusta. Porque te da la gana.

—Sí, un poco por todo eso, corazón. Pero, sobre todo, yo fumo para olvidar que tú bebes. Tienes el gen alcohólico, cariño, no sé si te lo habrán dicho ya.

Empezó la película.

34

Transcurrió, pues, casi un año. No hubo grandes cambios en mi vida y ETA siguió sembrando el dolor y el espanto. El número de escoltas privados había aumentado, aunque seguíamos siendo una minoría. A partir del secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco, en 1997, se contrató a muchos más para poder proteger a cualquier concejal no nacionalista en cualquier pueblo perdido, y para ello se cambió la ley que prohibía a un vigilante privado custodiar a un cargo público.

Pero ahora estamos en 1990.

Con García fuera de juego y tras algunos cambios, mi pareja de hecho acabó siendo Montero, un tipo delgado, rocoso, cetrino, de cara con huesos marcados y con mal aliento, lo que no era antirreglamentario, pero sí desagradable. No era un tipo con el que disfrutar de los placeres de la conversación, pero sabías que nunca te dejaría en la estacada.

Pequeños sobresaltos: una mochila abandonada en un banco junto al que vais a pasar, dar un rodeo, evitarla; un joven que va directo hacia vosotros, mirándoos, una mano en el bolsillo de la sudadera, la capucha puesta, dar media vuelta, entrar en un bar, el protegido a la esquina, tú delante de él, frente a la puerta, Montero en la entrada, ganas una pasta al mes, no te la regalan, la ganas, catorce horas de servicio, un día el profesor ha salido por su cuenta, lo encuentras tomando un helado con una nueva conquista, un joven de aspecto algo macarra y que parece tratarle con chulería, lo que te apena, no lo consideras digno de él, es la primera ocasión en la que te enfadas, no por su gusto erótico, sino por saltarse las medidas de seguridad. Pero cita a san Agustín:

—*Semel in anno licet insanire*, una vez al año es lícito hacer locuras. Aunque Max, con esa cara de enojo que traes igual vas a aplicarme lo de Baltasar Gracián, eso de que aunque muchos son sabios en latín, suelen ser grandes necios en romance.

Y a mí se me pasa el enfado.

En la calle, el profesor se detiene para saludar, eso acrecienta el riesgo, vamos, ya, que se despida; en la acera, el protegido camina a la derecha, por el interior, pegado a las fachadas, yo a su izquierda, soy jefe de escolta, en caso de peligro mi cometido es evacuarle, el de Montero es repeler la agresión, mi binomio camina detrás, a la derecha; en el coche, el protegido se sienta tras el copiloto, si alguien pretende adelantar por su lado hay que impedirlo, cuatro *borrokas* con pañuelos tapándoles las caras se alejan andando despreocupadamente, incluso ríen, unos *ertzainas* observan impasibles la escena, un autobús en llamas, media vuelta, cambio de itinerario para evitar el jaleo, el cielo como un lienzo liso, de un gris pálido que se va oscureciendo hacia el horizonte, en la Zurriola la arena está salpicada de algas, ramas y plásticos devueltos por el mar.

Las pruebas psicológicas, rellenar partes, firmarlos, horas de actividad, de protección personal y de contravigilancia, gastos —aunque casi ninguno te lo acepten—, revisar los bajos del

coche sin tocarlo, comprobar que las cinco cerraduras estén intactas, inspeccionar luego el interior, activar el inhibidor de frecuencias.

Mantener la concentración, fijarse en cada detalle, en cada anomalía. No perder de vista las entradas, tener prevista una vía de escape, mantener la concentración, mantener la concentración, mantener la concentración.

Esquizofrenia. La rutina del amor unos días, la del escolta otros.

El profesor bañándose en el mar, me invade la sensación de estar pudriéndome, las gaviotas chillando, el viento agitando las ramas de los tamarindos, un temporal, olas de diez metros chocando furiosas contra el espigón y los muros que domesticarían el Urumea.

Un día por la tarde me llamó el Chino. No había pasado el examen psicológico y le habían requisado el arma. Quería despedirse de mí antes de que le despidieran.

Robocop, que lo conocía más, pues al irse García había compartido piso un tiempo con él, me había contado lo que ya me había dicho García, pero agravado. Estaba desquiciado: bebía, esnifaba, apenas dormía, frecuentaba los burdeles.

Más arriba me ahorré la descripción del Chino, pero ahora me siento moderadamente derrochador: tenía la piel semejante a la de los chinos, los ojos rasgados, el pelo negro y lacio.

Pero no era chino. Uno de los muchos misterios que hay en la vida.

Nos citamos en la terraza de La Perla, en La Concha. Yo pedí un café y él un gin-tonic. Estaba más pálido que nunca y tan achinado como siempre. Empezó pronto a rastrillar el terreno.

—Me he jugado la vida y no tengo ni para comer —dijo. Su voz era más áspera que antes—. No me quieren dar ni pensión, inútil, sí, pero sin pensión. Me he jugado la vida y pasan de mí como de la mierda.

El cielo estaba nublado y apenas había algunos paseantes en la playa. En el mar, hacia el que yo miraba, un puñado de valientes bañistas y unos cuantos surfers con sus trajes de neopreno. Estos solían preferir la de Gros, de olas más grandes.

—Dos policías que yo conocía se han pegado un tiro en la cabeza en los últimos meses. Y el Ministerio del Interior sigue negando que exista el síndrome del Norte. Si no se lo reconocen a los picoletos, imagínate a nosotros.

Yo esperaba para beber el café a que se enfriara, él bebía el gin-tonic para que no se calentara.

—Vamos a picar algo.

Alzó la mano. Acudió el camarero y le encargó unos calamares fritos y unos pinchos. Visto eso, pedí una caña.

—Me dijo Robocop que te mudas a Madrid.

—La semana que viene. Todavía me falta material.

Recordé aquella idea que había expuesto, la de montar un puticlub en Madrid con putas vascas y catalanas, o en el País Vasco con madrileñas.

Se tocó, nervioso, la punta de la nariz. Llegaba el momento de enseñar las cartas.

—A lo mejor me asocio con García, se lo está montando bien en Madrid, tiene contactos. ¿Tú podrías prestarme algo? Estoy tieso.

Me compadecí. En aquella época, con veintisiete años, con Elsa sonriéndome, era más blando que ahora.

—Puedo prestarte cincuenta mil, no más.

—Puedo darte un pequeño porcentaje del negocio que estoy montando.

—Gracias, pero no me interesa. Y no hace falta que me lo devuelvas.

De todas maneras, nunca iba a recuperarlo. Mejor ser generoso a que me tomen el pelo.

—De la cuenta me encargo yo.

La pidió. El camarero no tardó mucho. El Chino se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta.

—Mierda —dijo—. Me han robado la cartera, un tipo se ha chocado antes conmigo, y...
¿Pagas tú, Max?

—Claro.

Apuntó en una servilleta el número de cuenta para hacerle una transferencia.

Me abrazó.

—Gracias. Yo sabía que tú estabas hecho de buena pasta.

Entré en el restaurante para ir al servicio. En el televisor vi, en las noticias, el momento en el que Mike Tyson era noqueado por James Buster Douglas. Un derechazo que lo dejó tocado, seguido de una sucesión de golpes que lo derribaron.

Tyson en la lona, intentando torpemente recolocarse el protector.

Cuando salí, el Chino se alejaba caminando por el paseo de La Concha hacia la avenida de la Libertad, dejando a su izquierda la arena de la playa y la espuma de las olas y a sus espaldas una sombra chinesca que le perseguía infatigable.

Era lo que se llama un hombre deshecho a sí mismo y temí acabar como él.

35

Me había citado dos horas más tarde con Elsa, para poder ducharme y descansar, pero cuando llegué al piso me aguardaba una sorpresa: García me esperaba en el portal.

—¡Hola, pupilo! ¡Cuánto tiempo! —Me palmeó efusivamente en la espalda—. ¿Un año?

—Por ahí.

—¿Qué tal por el norte?

—Normal.

Me agarró del brazo y, sin dejar de hablar, me arrastró hacia la cafetería que estaba un par de números más allá.

—Ya me contó Elsa que habías alquilado este piso, la pensión era más romántica, ¿no?, pero bueno, te entiendo, ahijado, hay que progresar, ella vendiendo ropa a las pitiminis de Salamanca y tú, adiós pensión, yo también tengo novedades. Deja esa mierda, que pudre la sangre al que la tiene, y vente conmigo, vente a trabajar a Madrid, que es de donde eres.

Me cedió el paso y sin preguntarme fue a la barra y pidió al camarero un whisky y un ron.

—Me ha estado rondando el Chino con esa idea de poner putas autonómicas, ya sabes, la idea no es mala, pero habría que darle un par de vueltas, y el Chino, ya te digo, es un aguafiestas, un como se llame, esos que les sale todo mal y lo estropean y se compran un loro y resulta que es un periquito y encima rojo y azul con los colores del Barça, ¡un periquito con los colores del Barça!, ¿lo pillas?

—Un gafe —dije.

—Eso, tú siempre tan listo. —Me miró mosqueado por un momento—. Bueno, verás, he montado mi propia empresita, ahora soy mi jefe, y me gustaría contar contigo, eres el número uno, lo tengo claro, eres Rh negativo, como los vascos, pero en lo demás eres positivo, no como esos pelotaris, podrías empezar la semana que viene, en Marbella, unos rusos que se reúnen con unos irlandeses, ¿qué te parece? Ganarías en un fin de semana lo que en un mes allá arriba. *Estás perdiendo el tiempo, pensando, pensando. / Por lo que más tú quieras, hasta cuándo, hasta cuándo* —cantó—. *Y así pasan los días, / y yo desesperado, / y tú, tú contestando: / Quizás, quizás, quizás...*

Había sido bochornoso, los de la mesa contigua le habían mirado sin terminar de creérselo, pero entre sus virtudes —o defectos— se hallaba la de que carecía de vergüenza, y continuó tan pancho, con su verborrea agotadora.

—Así no te harás rico ni viviendo más que Matusalén, estoy en muchas cosas, a lo mejor invierto en una casa de edificios en el barrio del Pilar, mi padre es sastre y yo no me quedo en

hijo de sastre, sería un hijo de-sastre, ¿lo pillas?

Estaba acelerado, era una cascada de palabras y no dejaba meter baza. Así que me limitaba a escucharle mientras bebía el ron.

—Tengo ya hasta secretaria, sabe idiomas, español por nacimiento y francés por vocación, bocación con be. —Me guiñó el ojo—. ¿Sabes lo que te quiero decir?

—No, Fredo —dije para vengarme de su chabacanería.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames como al hermano pringado de *El padrino*? Llámame Alfredo o García, si no fueras el número uno te ponía las pilas, o cambias de actitud o duras menos que una mariposa con cáncer de páncreas, que el mundo es una selva, asfaltada si quieres, pero una selva, y a los que no son de mi cuerda con esa misma cuerda los ahorco. ¡Eh, salao, un ron y un whisky más! Entre que nos los pone el Fittipaldi este, nos los acabamos.

Empezaba a hartarme.

Una casa de edificios. Sus hallazgos verbales rivalizaban con los de Umbral.

—¿En qué andas, exactamente, aparte de pensar si invertir o no en una casa de edificios?

—Exactamente no sé, pero mira, te cuento. Me entero de cosas, me muevo en ambientes seleztos. Por ejemplo, conozco a un gilipollas de diecinueve años, su padre está forrado, el niño tiene pendiente un juicio por tráfico, se irá de rositas, me apostaría un riñón y medio huevo.

—¿Quién no se ha saltado alguna vez un semáforo a los diecinueve, García?

—Por tráfico de drogas, Max, siempre tan inocente como una mariposa, bueno, pues conozco a un niño rico y a una belleza de esas que esnifa cocaína y se folla todo lo que se mueve, ninfococainómana, no sé si entiendes lo que te quiero decir. Bueno, les presento en una discoteca y el rico se la liga. Ojo al parche, se cree que se la liga, porque todo es un plan que se ha cocinado aquí, en esta azotea con vistas. —Se tocó la cabeza—. Alcohol, coca, venga de vicio y venga de soltar billetes y tirar de la visorero, se la quiere llevar a un apartamento, un picadero de esos que tienen los forratis, ella, siguiendo mi plan, se lo lleva a un apartamento que le he alquilado yo y lo tiene allí veinticuatro horas. Llamo al padre, con voz torsionada por si las moscas, un millón en efectivo, le doy media hora, que no avise a la Policía, sabemos que lo tiene en efectivo en su casa porque el pichaoro lo ha cantado. El padre llama a los amigos del subnormal follatore, va al picadero, no lo encuentra, nadie sabe nada, así que se acojona y apoquina, para cobrar mando al Botijo y al Manco, uno da asco y el otro mete miedo, así que forman una pareja acojonante, el dúo pelotudo, no les hace falta frac. Diez horas después, el niño borderlain llega a su casa, tan contento y con más ojeras que un mapache haciendo la ruta del bakalao, y se descubre el pastel. ¿Y qué van a hacer? ¿Denunciar al zorrón, que lo único que ha hecho es follar como una pantera y meterse coca hasta por el ojetete? Y además, ha dado un nombre falso y no saben dónde buscarla ni quién es ni cómo se llama, lo más que pueden decir es que es como Naomi Campel, pero de Móstoles. ¿A mí, que ni me han visto la cara? ¿Con qué pruebas? ¿Y qué hemos hecho mal? Repartir un poco el dinero, a lo Robinjuz, que está muy mal repartido, a él le sobra y a mí me falta, ¡soy de izquierdas de toda la vida, pupilo!

San Agustín lo expresaba mejor: «Lo que sobra a los ricos es patrimonio de los pobres».

—Y fue un sabio el que dijo que la limosna bien entendida empieza por uno mismo. ¿Qué te crees, que he nacido para chuparme el dedo, para ser escolta los mejores años de mi vida y luego que me dejen tirado con síndrome del Norte? ¡Que les den a todos por donde cargan las camionetas!

—García, catorce horas juntos durante más de un año y no me conoces. No soy un delincuente.

—¡Eh, eh, cortarse un pelo! —Alzó las manos, mostrándome las palmas—. Que esto era solo un ejemplo fícticio, si no es hacer mal a nadie, les sale la pasta por las orejas, como a los italianinis con su mamma todo el día cocinando, es como robar, no sé, como robar un granito de arroz de una paella, no sabes qué equipo tengo, no los he traído para que no salgas corriendo pidiendo auxilio, necesito a alguien cabal, alguien como tú, te presento a mi trupe, tachán-tachán, el Mudo, je, no abre la boca ni para cantar bingo y no se come una rosca ni en sus fantasías sexuales, si es que tiene fantasías, es de los que da un susto al miedo, el otro día pasa delante de nosotros una macisex, la silbo, porque se lo merece, si una mujer así no te pone tienes que ir corriendo a hacer testamento, y el Mudo abre la boca por primera vez en tres meses y suelta: «Para ser mujer, tenía un buen coño», si un día una araña me cuenta un chiste no me quedo más pasmado, «¡Atención, atención todo el mundo, habló el Mudo!», suelta el Botijo, «¡Hemos asistido en praimtain a un acontecimiento mundial», y tachán-tachán, ha entrado en escena el Botijo, menudo cuidado hay que tener con él, que hacen más daño los tontos que los malos, y el Botijo es las dos cosas, feo como un garbanzo pocho y malo como una patata podrida de esas que sueltan liquiducho, tiene miedo al agua, mejor para él, que si un día se sube a un barco el marinero lo lanza por la borda creyendo que es un flotador, y por último, las bat no lis, el Manco, tiene solo un brazo, pero con el otro reparte hostias de dos en dos hasta que salen impares, como el de *Conspiración de silencio*, y además usa la frente, pero no para pensar, ¿cómo se llama ese actor?, lo tengo en la puta de la lengua, ese que se casó con una flacucha más lisa que una mesa de pimpón, que tuvieron un amor prohibido en Joliwuz, que él estaba casado y no iban juntos nunca a los fiestorros ni a los estrenos ni a la madre que los parió, ¡recoño!, ¿cómo se llama ese actorazo?

—Spencer Tracy.

—Eso, Espencer Treisi, ¿pero ese no era un detective? —Me miró, fugazmente mosqueado, y luego pareció desinflarse—. En fin, esa es mi trupe, ahijado, estoy pensando organizar un viaje de empresa, de esos de hacer equipo, y llevármelos a todos a Lourdes a ver si hay milagro, no te digo más, necesito a tachofclás, el otro día me presento con el Botijo y con el Manco y casi me rescinden el contrato, porque ya no les daba tiempo, que si no, casi prefiero llevar al Mudo, es medio borderlain también, pero al menos no abre el pico, eso sí, si lo abre puede pasar cualquier cosa... Si les vieras cómo babean y se marcan el uno al otro cuando está cerca Elsa, son dos calvos peleándose por un peine, un día se rajan el uno al otro, que si hay un hueso, no son amigos dos perros.

—¿Elsa les conoce?

—¿Cómo les va a conocer? —se revolvió—. ¿Deliras? Es una forma de hablar, ahijado, qué suspicaz eres, pareces Serloc Jolmes, el sabueso de Basquervil... En resumiendo cuentas, si lo de los irlandeses y los rusos te parece empezar demasiado fuerte, vente a una fiesta el sábado, como refuerzo, te pago de mi bolsillo, fijate si te aprecio, es un trabajo importante, tiene que salir fetén, es un curro de disimulo, me contratan pero tengo que pasar por invitado, es la flor y nata, vamos, que hasta podrían aparecer tus padres, me pagan una barbaridad, yo te pago media barbaridad, es un güin-güin, pupilo, ¿qué me dices?

—Lo siento, pero no puedo este fin de semana.

—Pero si es legal, Max. Venga, ¿qué me dices?

—Que no.

—Por cierto, ¿conoces a un quinqui gordito, de esos de buen año, que le llaman el Almendro?

—Lo vi una vez, era amigo de un pretendiente de Elsa. ¿Por?

—Circula por ahí preguntando por ti y no me ha gustado. ¿Algún problema con él?

—Ninguno.

Elsa nos miraba desde la calle, y cuando crucé mi mirada con la suya alzó la mano para saludar y entró.

—Bueno, piénsate mi propuesta, Max. ¡Hola, cañón de Navarone! —exclamó cuando Elsa estuvo a nuestro lado—. ¿Se ha hecho un agujero en el cielo? ¡Es que te veo y se me sube la bilirrubina y no sé ni lo que digo! —La besó en ambas mejillas—. Me voy antes de que tu novio Mojamé me dé de hostias. ¡Adiós, Max! ¡A pensar! —Me guiñó un ojo—. Invito yo.

Dejó un billete en la barra y se fue.

Elsa y yo nos besamos.

—¿Qué tienes que pensar?

—Nada. ¿Tú conoces al Manco, al Mudo o al Botijo?

—¿Los tarados con los que se junta García? Una vez vino con ellos a la tienda. Por suerte se quedaron fuera. Dan miedo.

—¿Recuerdas que te dije que tenía una sorpresa?

—Sí.

Le enseñé los billetes de avión. Dio un saltito y me abrazó.

—¡París! Y en mi cumpleaños...

Se apretaba contra mí y yo pensaba que abrazarse a ella era estar en casa al calor de la lumbre.

36

El 21 de marzo empieza la primavera. Era el día elegido por Elsa para su cumpleaños. Siempre sospeché que se lo había inventado. La veía desnuda, con su larga cabellera rubia, en el hotel de la plaza Vendôme, y pensaba en Botticelli, en *El nacimiento de Venus*, pinturas que había visto en los Uffizi en mi época de estudiante.

«Cuando nos conocimos me pareciste un mamarracho, pero luego me hiciste gracia», me había confesado meses atrás.

Y ahora allí estábamos, Elsa y yo, en París, paseando por los Campos Elíseos, subiendo a la Torre Eiffel, tomando un café en el Café de Flore, una cerveza en Les Deux Magots y un vino en La Maison Rose, cenando en La Closerie des Lilas, yo encendiéndole un cigarrillo a la salida de Notre-Dame, contemplando juntos en el Louvre la *Mona Lisa* y los arqueros persas de ladrillos esmaltados, los Inmortales, creyéndonos inmortales nosotros mismos, creyendo inmortal nuestro amor.

Un día Elsa cortó un clavel en la calle y se lo puso en el pelo, y me cantó en broma:

—*Si algún día clavelitos...*

Cualquier cosa que se pusiera realzaba su belleza, quizá porque te distraía de ella, para volver luego a tropezártela. No quiero extenderme demasiado sobre aquellos seis días. El tono fue el del regalo que le hice por su cumpleaños, un mechero con una inscripción: «Para Luciérnaga, que enciende mis noches y mis días».

Casi lloró al verlo. Llevaba un vestido floreado, una chaqueta de lana negra, unas sandalias negras. Le dije la verdad:

—Elsa Arroyo, estás arrolladora.

—Max Lomas, eres lo más.

En un barco por el Sena hablamos de nuestras primeras citas.

—¿Te acuerdas de Blanca? Hablaba mal de ti, pero no la escuché. Para mí que le gustabas, que era envidia. Preferí escucharte a ti.

—Hiciste bien. Me alegro.

—No te alegres. A veces hablas muy mal de ti mismo. ¿Sabes que oí que murió el Jari? Un accidente de coche.

—No, no lo sabía.

—No era malo.

Algo malo sí era.

—Me dio mucha pena.

A mí, más bien poca.

Y en la habitación, después de hacer el amor, me pidió que dejase el trabajo, que volviera a Madrid. Como mi madre.

—Uno que conozco salió del coma hace un mes, de un accidente de tráfico, tuvo más suerte que el Jari, pero ahora tienen que enseñarle como a un bebé, a gatear, a andar, a comer, a hablar... ¡No quiero que te pase nada, Max! Una bomba, un tiro... Cada vez que me entero de que ha habido un atentado...

Y me abrazó, miedosa, desvalida. Después fue a arreglarse para salir.

—¿Te falta mucho?

—¡Las medias! ¡Sin ellas no estoy entera!

Cómo no perdonar sus retrasos.

Nos emborrachamos un día, con eso que los franceses llaman copas: vasos de plástico, nada de hielo, un poco de alcohol malo y refresco de botella de dos litros.

—Te adoro —le dije—. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Por fin me lo dices!

—Te lo he dicho más veces.

—Pero nunca tan borracho como para tomármelo en serio.

—Eh, ¿qué tienes en la oreja?

Acaricié su lóbulo y retiré la mano con el puño cerrado. Lo abrí ante sus ojos, mostrando unos pendientes que le había comprado.

—¡Max! ¿Son para mí?

—Claro.

—Son los pendientes más bonitos que nunca me han regalado.

Me abrazó. Hubiera apostado un brazo a que estaba enamorada hasta los huesos.

Un día, en el muro de una casa, cerca del Sagrado Corazón, vi una pintada con una mujer fumando con una camiseta y una cinta en el pelo y una leyenda: «Je fume pour oublier que tu bois». La firmaba Miss.Tic.

—Vaya —dije—. ¿Habías estado antes en París?

—No. ¿Por?

—Esa frase: «Yo fumo para olvidar que tú bebes».

—Qué casualidad. A veces se te ocurren frases que ya se les han ocurrido a otros. ¿Nunca te ha pasado eso?

A ella le gustó la pirámide del Louvre. A mí me pareció que era como un reloj de pulsera en una película de romanos. Allí, en el patio, insistió en conocer a mis padres.

—A tu padre no quisiste presentármelo, ¿te doy vergüenza?

—No. Dan una fiesta en su casa, si quieres vamos.

—¡Sí!

Y me abrazó, exultante.

Me abrazabas mucho en París, Elsa. ¿Improvisabas o calculabas?

—Nuestro próximo viaje podría ser Praga —me dijo el último día—. Fue el viaje que hice con las monjas. Me encanta el checo, esos acentos que son como uñitas.

—Iremos cuando hayas leído un libro que se llama *Praga mágica*.

En realidad, la magia siempre la ponía ella, por muchos pendientes que yo sacara de su oreja.

37

Diez días después del regreso, estábamos en un jardín de una hectárea de una gran casa, en una de las urbanizaciones más caras de Madrid: Puerta de Hierro, La Florida, La Moraleja.

Elijan una y a lo mejor aciertan.

Era mi casa. O mejor, la de mis padres. Césped muy cuidado, grandes áreas de flores y arbustos, otra zona con rocas, una piscina de veinticinco metros por quince iluminada, una cancha de pádel. Un montón de camareros y camareras uniformados. Dos barras para las bebidas, toldos por si llovía. Muchos invitados, algunos muy secos, otros simpáticos, otros pesados y aburridos.

Una fiesta como cualquier otra, aunque más cara.

Estaba muy solicitado. Pasé un buen rato saludando a gente, pues conocía a la mayor parte. Se me echaron encima varias amigas de mi madre y en medio minuto mi cara pareció un Pollock. Siempre les había caído bien.

Por motivos distintos, Elsa también estaba muy solicitada.

Para mi pasmo, se presentó García con una chica de unos veinticinco años, guapa, con un vestido verde claro escotado y ajustado en exceso.

—Qué ordinaria. Y la conozco —cuchicheó Elsa antes de que llegara a nuestro lado—. En sus manos su bolso parece un Vulgari. Con uve, cariño.

—¡Hola, Max! ¡Menudo casoplón! Se ve que tenemos conocidos comunes, ¿eh? ¿Tú cómo has entrado? Yo con unos contactos, sin ellos no me dejan pasar, hice muchos contactos en el fiestorro de La Moraleja, ahora me muevo en ambientes de dinero y nivel Maribel, mi vida empieza a ser como un crucero en primera clase, vacaciones en el mar.

—Los anfitriones son mis padres.

—¿Cómo? —Por un instante quedó paralizado, pero reaccionó pronto—: ¿Y qué haces buscándote la vida de guardaespaldas? ¿Te dieron con un palo en la neurona que te quedaba? Mira, te presento a Nerea, mi secretaria, la que sabe idiomas. —Me guiñó un ojo—. Ya habrás notado que es lo contrario que la chimpancé esa tan famosa, la mona Chita no, la otra, la mona Lisa, eso.

Nos besamos.

Elsa y Nerea se miraron, reconociéndose, pero sin saludarse. Cosas de mujeres.

Pasó un camarero con una bandeja con salmón. García le agarró del brazo.

—Eh, Fittipaldi, echa el freno. —Metió su manaza y cogió tres canapés a la vez—. ¿Alguien quiere? ¡Antes de que se escape este descastado!

Nerea cogió uno.

—Venga, marcharse, que allí hay unas viejas con cara de estar caninas —dijo García al camarero, soltándole—. He visto a un banquero famoso, ahora no me sale el nombre, tiene algo que ver con zapatos, no que tenga una zapatería, el apellido, me refiero, ¡Botín, coño!, Emilio Botín, de cerca es enano, le doy capones con la barbilla, menuda fauna hay aquí, ¿eh, Navarone? Todos ricos, Dios los cría y ellos se juntan. Me gusta este país, es una tierra de oportunidades, como el Far Gúes. Y ahora, Max, preséntame a tus padres.

—Luego. Cuando estés menos acelerado.

—¿Te he contado que me he comprado un chalé tipo este? Me van bien los negocios, ahijado.

—Me alegro mucho. Tengo que presentar a Elsa a mis padres.

—¡Eh, a mí también! ¡Diles que soy tu mejor amigo y que te he salvado la vida!

Le dejé con la palabra en la boca y le di la espalda.

—¡Pero no les digas que soy como un padre para ti, no vaya a ser tu padre otro Mojamé!

Fui con Elsa a saludar a mis progenitores.

—Has tratado mal a Alfredo, Max. Ha sido tu compañero.

—A veces me saca de quicio. Se mete en todo, para sacudírtelo de encima solo vale la grosería.

En el camino me crucé con Solomon. Incliné la cabeza sin detenerme.

No quería que se me pegara nada de él. Tenía una hija bastante más pequeña que yo, Helena, por la que sentía cierta simpatía y a la que había perdido la pista hacía años. Y una mujer, Carmina, depresiva, solitaria y con más cuernos que un banquete vikingo.

Mi padre contaba en aquel entonces cincuenta y cuatro años. Se conservaba muy bien, pues se mantenía delgado y no se le había caído el pelo, que, además, aún no había comenzado a encanecer. Todos los días se levantaba a las siete, corría media hora y se duchaba con agua fría en verano, templada en invierno. Mi madre tenía seis años menos. Era muy elegante, no tan guapa como él y chapada a la antigua, si por chapada a la antigua se entiende una mujer que acepta las infidelidades de su marido sin alzar la voz. Un matrimonio triste de alegre fachada. O a lo mejor yo lo ignoraba casi todo.

Al verme, se disculparon con el grupo de amigos con los que charlaban y vinieron a nuestro encuentro. Besé a mi madre e hice las presentaciones.

—Has tenido novias guapas, Max, pero Elsa supera a todas —dijo mi padre, galante como siempre.

Por no decir otra cosa.

Se las arregló para ponerse a hablar con Elsa, circunstancia que aprovechó mi madre.

—Al menos tu hermana me llama todas las semanas y cuando viene, me visita. Tú solo vienes a llevarte libros y ropa, y el tocadiscos. ¿Es que acaso no me vas a invitar a ver tu piso? ¿Por qué eres tan rencoroso? De acuerdo, no he sido una buena madre, pero *soy* tu madre. Tampoco he sido mala, he sido... original.

—Mamá, no seas pesada, déjame vivir mi vida.

Mi nivel de argumentación no había mejorado mucho desde mi adolescencia.

—Cuando quieras, vamos al banco y al notario y te hago una transfusión sanguínea.

Era una broma. Mi padre y Solomon decían que el dinero era la sangre de la sociedad.

—Te lo suplico, deja ese trabajo. No duermo, hijo...

Después nos intercambiaron. Mi madre se puso a entrevistar a Elsa y me tocó lidiar con mi

padre.

—Eso de ser escolta en el País Vasco... ¿Qué quieres? ¿Matarnos a disgustos?

No sé si existe en el mundo un hijo tan modélico que jamás haya escuchado esa frase.

—Somos distintos. Ya está.

—En serio, Max. Podrías tener lo que quisieras y estás en Euskadi, jugándote la vida por tres cuartos... ¿Es para hacernos daño? ¿No tienes ambiciones? Eres nuestro único hijo...

Inés y yo sospechábamos que era muy probable que tuviésemos algún otro hermano, de madre diferente. Quién sabe.

En ese momento, García se interpuso entre nosotros.

—Hola, señor Lomas. Soy un amigo y excompañero de su hijo. Alfredo García. Qué un amigo... ¡Su mejor amigo! ¡En el País Vasco éramos inseparables!

Lo último era cierto.

Le tendió la mano. Tras un instante no de indecisión, sino para dejar clara su desconfianza, mi padre se la estrechó.

—¡Así me gusta, de los que aprietan fuerte! —dijo García—. No me fio de los que te dejan la mano blanda como un cacho de tocino, suelen ser unos traidores, los blandiblu les llamo yo, je, me gusta la gente previsora, ¿entiende lo que quiero decir?, por ejemplo, esos toldos por si llueve, a mí la lluvia no me molesta, siempre y cuando moje a los demás. Bonita casa, señor Lomas, quizá el tejado quedaría más sicodélico si fuera de tejas, pero bueno, eso va en gustos, yo acabo de comprarme una, también con jardín y piscina, sería un placer invitarles a usted y a su señora. Ando como sastre en vísperas de Pascua, deprisa y corriendo, con negocios entre manos, decorando mi choza, en fin, que no paro, señor Lomas, a lo mejor usted podría presentarme a... a como se llame el pitufin ese, Zapatones, no, que ese es Luis Aragonés, el Sabio de Hortaleza, Botín, eso, don Botín, qué nombre más apropiado para un banquero, ¿verdad, señor Lomas?, que ni de encargo, podría servir hasta para un pirata, el capitán Botín, porque si está aquí será uno de sus contazos, ¿no? He montado una pequeña empresa de seguridad y le podrían interesar mis servicios, ¿qué, vamos a por Zapatones Botín? ¿Andiamo?

Dicho eso, agarró del brazo a mi padre e intentó arrastrarle, cosa que mi progenitor impidió clavando los tacones de sus zapatos en la hierba. Sorprendido por tanta audacia y tosca campechanería, tardó medio segundo en reaccionar. Se desprendió de García y dijo:

—Buscaré la oportunidad, cuando vea que Emilio tiene unos minutos para usted le aviso.

Mi madre se unió a nosotros. Elsa, quizá porque había oído a García, prefirió mantenerse al margen.

—Señora, un placer, Alfredo García, negociante y dueño de una empresa de seguridad, amigo íntimo de su hijo, le estaba diciendo a su señor marido que cuándo podrían aceptar una invitación para conocer mi nueva casa, tiene mucho encanto, ya verán, es tipo esta, tipo la suya, moderna pero con a tachofclás, he tenido una idea para la entrada que si quiere me la puede copiar, se lo digo porque me ha caído bien al primer vistazo, he puesto cuatro cabezas de ciervo con su cornamenta para colgar los abrigos, ¿qué, cómo lo ve? ¿El sábado que viene?

—Estaremos en Ginebra.

—¿Con Lanceló Dulá? —me dio un codazo, para ver si celebraba su parto destornillante—. ¿El próximo?

—En Londres —replicó mi madre, con los labios más apretados todavía.

—¿La otra?

—Esa semana la tenemos comprometida entera.

García se desinfló, dándome pena.

—Bueno, pues cuando ustedes tengan un hueco...

—Por supuesto. Ha sido un placer.

Mi padre y mi madre le dieron primero la mano (mi madre rehusó con un aspaviento el beso en la mejilla), después la espalda, y se escaparon.

—Bueno —concluyó García—. Ha sido una primera toma de contacto. Y la verdad es que han estado encantadores, sé lo que es ser anfitrión, tienes que atender a todos y todos se mosquean, pero han estado un buen rato, enhorabuena, pupilo, tienes unos padres encantadores como las serpientes, no te molestes, Max, pero me los esperaba más fríos, más estirados, y tu padre, le he calado, es como yo, de los que hacen de su capa un sayo, de los que no le para una manada de hienas, y tu madre, típica señora de la jaisosaiti, más fina que un folio. —Y luego, acariciándose la barbilla, agregó, como para sí—: Encantadores, realmente encantadores.

—Vámonos —le dije a Elsa—. Necesito que me dé el aire.

—Pero ¡ahijado! Si estamos al aire libre.

Nos despedimos. Ahora Elsa sabía a qué mundo pertenecía, a qué renunciaba.

El piso que había alquilado estaba entre el Pentagrama y la Vía Láctea. Tenía una habitación, un salón, una cocina, un baño completo y un pequeño despacho.

Mucho mejor que el cuarto de La Paloma.

E igual de romántico, lo que demostraba que el romanticismo lo poníamos Elsa y yo.

Tras la fiesta, tomamos un par de copas en el Penta, de paredes oscuras, azules, casi negras. Cuando entramos sonaba *Qué hace una chica como tú en un sitio como este*. Por allí andaba Gonzalo Garrido con algunos amigos músicos, su chupa de cuero y un cigarrillo en la mano. A través de su programa de radio, *Dominó*, «pop por la cara», que escuché innumerables tardes, conocí a grupos y cantantes como Graham Parker, Elvis Costello, Squeeze, Nervous Eaters o Nacha Pop.

Vino el camarero, que nos conocía y que trataba a Elsa como a una reina. Siempre hacía algún chiste, acompañado por un silbido. Por ejemplo, si alguien pedía agua, contestaba: «De eso no hay», y silbaba. Al hacerlo mostraba una dentadura en la que faltaba un diente y brillaba otro de oro. Inclinandose, con discreción, me dijo:

—El otro día se dejó olvidado esto.

Y me dio la petaca plateada.

—Gracias —dije, contento por recuperarla.

Al servirnos la copa, el tapón irrellenable de la botella de ron cayó sobre los hielos de mi vaso. Elsa rompió a reír.

—¡Estáis en paz!

Cuando pincharon *Hasta luego, cocodrilo (See You Later, Alligator)*, hora de cerrar, *Hasta luego, cocodrilo, no pasaste de caimán*, nos fuimos, *ya tu amor no me interesa / ya no me molestes más*, sentía ya que el ron corría por mis venas como un caballo joven y libre, y por eso mismo dejé la copa a medias, *Al oír lo que dijiste, por poquito me morí. / Por eso, como hoy volviste, hoy yo te lo digo a ti...*

El alcohol me atraía lo suficiente como para respetarlo.

No éramos los únicos borrachos. Las calles estaban llenas de sus pasos, de sus gritos, de sus desvaríos, de sus cristales rotos y sus latas de cerveza vacías. Desvelados, pusimos la radio.

Nunca le pregunté a Elsa cuándo había perdido la virginidad. Sabía que cualquier respuesta iba a dolerme. Lo que no sabía era si eso significaba que era un celoso absurdo o alguien imaginativo. Furia infernal, serpiente mal nacida.

Bueno, no hay celos sin imaginación.

Elsa me susurró en los oídos.

—Bésame como si acabara de nacer.

Busqué en su cuello, con los labios, la yugular. Ahí palpitaba la vida, y la besé dulce y largamente. Ahora pienso que ese fue como un beso de despedida.

De la primera Elsa y por lo tanto de toda una etapa de mi vida.

Los Inmortales se llamaban así porque cuando caían en combate eran rápidamente reemplazados por otros, por lo que su número se mantenía constante.

No eran inmortales.

Simonetta Vespucci, la modelo de la Venus de Botticelli, *La Sans Pareille*, murió, probablemente de tisis, un año después de ser reina en un torneo cuyo premio era un estandarte con su retrato, realizado, cómo no, por Botticelli. Cuando la pintó en sus cuadros más famosos, ella llevaba ya años muerta.

También Botticelli está muerto, claro. Obtuvo la gracia de ser enterrado a los pies de Simonetta, en Ognissanti.

Seguramente eso habría querido Joe DiMaggio con Marilyn Monroe.

Pero sus restos están en cementerios distintos.

Los del beisbolista, en el cementerio católico de Colma, un pueblo de la bahía de San Francisco. Los de la actriz, en el Westwood Village Memorial Park, en Los Ángeles. Ambos en California, pero a casi cuatrocientas millas de distancia.

Todo muere. Las personas, los sentimientos, las plantas. Incluso las cosas.

Es una lección que cuesta mucho aprender, porque nos resistimos a hacerlo.

Yo todavía estoy en ello.

Soy un alumno avejentado.

38

Montero estaba de baja y le había sustituido Robocop. Fuimos a recoger al profesor. Era una bonita mañana. En el cielo, nubes y claros ofrecían una variada tonalidad de grises, blancos y azules, y la arenisca de las fachadas y la pizarra de los tejados no invitaban a la melancolía, al revés que en los días de lluvia. Llegamos con veinte minutos de antelación, para inspeccionar la zona, las calles, papeleras y contenedores. Después el portal, el buzón, el descansillo, subiendo y bajando a pie, el ascensor.

—Vía libre —dijo Robo—, puede bajar.

Toqué el timbre. No hubo contestación. Volví a tocar. Esperé un minuto.

Insistí.

Se abrió la puerta de al lado y se asomó una mujer regordeta, con el pelo corto teñido de un color imposible.

—¿Busca a don Ramón?

—Sí.

—Ha salido hace una media hora.

Bajé las escaleras a saltos. Robocop me esperaba en el portal.

—Rápido, a la facultad. Ha salido solo.

Tenía una reunión de cátedra, pero más tarde. Ignoraba por qué se había marchado antes. Conduje a toda prisa, mientras Federico, alias Robocop, miraba por la ventanilla hacia todos lados con la esperanza de localizarle.

—Tengo un mal presentimiento —dijo.

Animando era único.

Aparcamos junto a la entrada y corrimos hacia su despacho, dejando atrás estudiantes sorprendidos. Un joven con vaqueros y jersey de lana venía de frente. Desafiante, no desvió su camino. Intenté evitarle, pero le rocé con el hombro y le derribé. Continué la carrera, sintiendo el peso de mi Astra en la sobaquera, novecientos cincuenta gramos, su diseño compacto y robusto hace de ella un arma ideal para ocultarla bajo la ropa.

—¡Fascista! —oí a mis espaldas.

Teníamos aspecto de policías, no podíamos remediarlo, no me preocupaba, otros tienen aspecto de idiotas, seguí corriendo, saqué la A-80, equipada con un seguro PIN que bloquea el percutor hasta que se aprieta el gatillo, lo que permite llevar un cartucho en la recámara sin riesgo de que se dispare fortuitamente, Robocop se iba rezagando. Atravesé el vestíbulo, subí las escaleras, torcí por el pasillo. Dos chicas, asustadas, se pegaron contra la pared, las carpetas

contra sus pechos, como en la canción de Mamá.

Giré de nuevo. A treinta metros estaba el despacho del profesor.

Y también estaban ellos.

Eran dos y venían de frente, con la mano derecha en un bolsillo. Llegó Robocop. Nos quedamos los cuatro parados, mirándonos. Sin pronunciar palabra, Robocop sacó su Astra, idéntica a la mía, procurada por nuestra empresa de seguridad.

Por suerte, el pasillo tenía salida por ambos extremos. A enemigo que huye, puente de plata.

El profesor abrió la puerta de su despacho.

—¡Adentro! —grité sin mirarle.

Los etarras comenzaron a retroceder, sin dejar de darnos la cara. De pronto, uno se volvió y echó a correr. El otro le imitó.

Nuestra misión era salvaguardar la vida del profesor, no detener terroristas. Pero Robocop cometió el error de perseguirles.

Dudé un instante y salí tras él.

—¡Cierre con llave! —grité al pasar ante la puerta del despacho.

Al doblar la esquina, vi a Robocop apuntando a uno de los terroristas, que apuntaba a su vez a mi compañero con una Browning GP-35, acción simple, mal asunto. El otro había desaparecido.

Saqué mi Astra A-80, longitud del cañón 95 mm, el Gobierno ha preferido la Llama M-82, pero es un arma muy respetable hasta los cincuenta metros.

Estábamos a diez.

Federico apretó el gatillo, pero no se oyó ninguna detonación. El arma se le había encasquillado. Le maldije. Tenía que decidir en un instante.

El terrorista iba a disparar.

Fui más rápido.

Mi bala le destrozó el hombro. No apreté más veces el gatillo.

Es posible que hoy hubiese tomado otra decisión.

La Browning voló por el aire y tras rebotar en el suelo dos o tres veces quedó quieta, manchada de sangre.

Robocop, de piedra, no reaccionó. Dudé si perseguir al terrorista herido, pero volví apresuradamente sobre mis pasos. La puerta del despacho del profesor estaba cerrada con llave. Golpeé con los nudillos.

—¿Está bien? Soy yo. Abra.

Abrió. El ruido del disparo había pintado el miedo en su cara como escasos pintores sabrían hacer.

Apareció Robocop. Reprimí el impulso de pegarle un puñetazo. Debería estar prohibido ser escolta con veinticinco años y un cerebro de mosquito.

—Vigila el pasillo —le dije.

Entré en el despacho y eché el cerrojo. Me asomé a la ventana. Vi a los dos terroristas subir a un coche y huir sin que nadie hiciera nada por evitarlo. No pude ver la matrícula.

Me volví airado hacia el profesor.

—¿Por qué?

Pálido, aterrado, no contestó. Luego supe que un colega, Jon Iríbar, que adujo haberse

confundido, le había avisado de que la reunión se adelantaba.

Creo que fue así como sucedió.

Esa fue la versión que firmé. Me interrogó un policía rechoncho pero fuerte, bajito, con los ojos muy vivos y la barbilla adelantada.

Quedó claro que había sido en legítima defensa, y que no había indicio de delito.

—El juez lo archivará —dijo el policía, cuando le entregué la pistola.

Apareció un momento el comisario, un tipo alto, calvo y con barba.

—Enhorabuena —me felicitó, tendiéndome la mano—. Le propondremos para una medalla.

Por la tarde, hechas las diligencias, salí a pasear para serenarme.

Pasé delante del hotel María Cristina y del teatro Victoria Eugenia. Me topé con una triste manifestación en el Boulevard. La nutrían, aparte de unos pocos familiares y allegados, seis víctimas de ETA, tres de ellas en silla de ruedas, como jarrones rotos, una de las cuales era un hombre abrasado al que solo se le veían los ojos. La nariz, la boca, todo lo demás se hallaba tapado por una malla de color carne. Podría ser el conductor de la familia Garrido, en cuyo coche, en el techo, pusieron una bomba. Murieron el gobernador militar de Guipúzcoa, Rafael Garrido, su mujer y un hijo, y el conductor sufrió graves quemaduras. Aunque podría ser cualquier otro. En el Aula Magna de la Facultad de Filosofía de la universidad en San Sebastián, para su infamia eterna, campeó durante meses esta pintada: «La familia Garrido se fue como el humo de las velas». Primero, el asesinato. Después, la calumnia o el escarnio. Cuánto ingenio...

Los manifestantes sostenían unos folios, escritos con un bolígrafo, en los que se pedía justicia. Detrás iban unos chicos choteándose de ellos, corriendo, poniéndose delante, señalándoles y riendo a mandíbula batiente, uno se quitó la sudadera e hizo como que les toreaba. Lo soporté a duras penas.

Sentí una pena profunda y un asco infinito. Una indignación que me arrastraba hacia el odio.

Y en ese instante decidí dejarlo. Porque comprendí que si seguía más tiempo, acabaría volando algo más que un hombro. Y no necesariamente en defensa propia. Soy como soy por lo que he vivido. O por tener los padres que tengo. Algo bueno me ha quedado de todo eso.

Era una tierra agusanada. San Sebastián era como la manzana que la bruja ofrece a Blancanieves. Roja, apetitosa, reluciente, bella y casi perfecta. Pero envenenada, con el corazón putrefacto.

Mejor abandonarla antes de que me emponzoñara a mí.

Esa misma tarde fui a despedirme del profesor. Me dijo que iba a aceptar un puesto que le ofrecían, durante un curso al menos, en una universidad de Illinois.

—Mi puesto lo ocupará Jon Iríbar. Hace quince años se llamaba Juan Fernández Iríbar.

Tras dudar un segundo, nos abrazamos.

Dos días después me llamó García.

—Para dentro de unos días tengo algo mucho mejor que lo de Marbella, cuidar un chalé de un colombiano. Lo haría yo con lo que se hacen los hijos, Max, con la polla, pero estoy más liado que el fontanero del Titanic, yo no puedo ir más que unas horas y el Botijo, bueno, si mando al Botijo me lo devuelven con el letrero de defectuoso. Ve tú, y como regalo de bienvenida te lo pago íntegro, mi comisión para ti también, y me haces un favor, si digo que no, se corre la voz y no de gusto y me perdería otros encargos, y a la colección de muñones que he juntado no me atrevo a confiárselo.

—¿Es legal?

—Claro que es legal, si quieres pedimos recibo con IVA y todo, como a ti te gusta, ahijado.

Por la noche paseé por la ciudad. La avenida de la Libertad, el paseo de La Concha. La elegancia del Club Náutico. Los sólidos edificios, los comercios, los tamarindos, las aceras anchas y cuidadas, los cines, las sidrerías, los bares de pinchos, los restaurantes, los festivales, los montes que la rodeaban. Me asomé al pretil del puente de María Cristina, frente a la estación. El Urumea se movía apacible, tranquilo. Como si lanzaran llamas los dragones de fauces abiertas que las remataban, las farolas modernistas arrancaban con sus luces destellos a sus aguas, delatando sus movimientos ondulados, mansos.

Era hermosa por fuera.

39

Las peores pesadillas son las que se tienen despierto.

Elsa estaba rara. Como si cada movimiento le doliera. Como si portara la máscara de una heroína trágica, así que me sorprendí cuando mis caricias, sin albergar muchas ilusiones de que llevaran a más, surtieron efecto.

Comenzamos a hacer el amor.

Cogió un cigarrillo de la mesilla pegada a la cama y lo encendió. Fue el primer y último pitillo que la vi encender.

Y mientras yo me esforzaba, sintiéndome cada vez más ridículo, como un muñeco sin alma, empezó a hablarme, entre bocanada y bocanada, del bolso de Hermès de color claro, de piel de cocodrilo, que un día habíamos visto en un escaparate.

—Cuesta unos siete millones. No ponen el precio para no asustar a los compradores ni animar a los ladrones. Jane Birkin viajaba en avión, sentada junto al presidente de la compañía Hermès, cuando se le salieron las cosas del bolso. Él le ofreció diseñarle un bolso a su medida y ella hizo un bosquejo de lo que sería su bolso ideal, «el Birkin». Los bolsos Hermès Birkin se fabrican completamente a mano y se tarda unas cinco semanas en hacer uno. ¿Qué tal vas, cariño? ¿Vamos acabando? El interior suele ser de piel de cabra, entonando con el color exterior, y las partes metálicas de paladio, aunque pueden pedirse de oro, rutenio o platino, y añadir diamantes.

Me aparté y la miré sin comprender, pero ella, impertérrita, continuó hablando.

—El cerrojo está cubierto normalmente por el cuero de la cartera, aunque se puede pedir que sea solo metálico. Me encantaría tener uno de piel de cocodrilo negro con diamantes *pavè*, otro día te cuento qué es en joyería el *pavè*, seguro que en esto estás pez, corazón. Cuanto más pequeñas son las escamas, más caro es el bolso. Un Birkin con oro y diamantes puede ser más barato que uno de cocodrilo de escamas pequeñas. El que vimos, cariño, era en aligátor beis.

Confuso, despechado, fui al baño y me miré en el espejo. Me sentía como un boxeador noqueado. Las orejas y las mejillas me quemaban.

Tyson en la lona, buscando torpemente el protector bucal, desorientado tras la lluvia de golpes de James Buster Douglas.

Era como si la mujer que yo conocía hubiera sido sustituida por un extraterrestre.

Regresé al dormitorio sin saber qué decir o qué hacer, sin comprender qué sucedía. Me detuve al llegar a la puerta entreabierta y atisbé.

Sentada en la cama, desnuda, con los pechos al aire, en una postura que le restaba esbeltez, presentaba una imagen frágil y triste, demasiado cotidiana. Una foto robada de una actriz sin

maquillar, sin retocar.

Entré en el dormitorio.

Levantó la vista. Su rostro se había encendido levemente, de pudor o de furia. Quién sabe. Las mujeres son como Rusia: un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma.

Prefiero ni imaginar cómo serán las rusas.

—¿Qué te pasa? —pregunté—. ¿Qué pasa?

Pronto se despejó la duda de si la causa era el pudor o la furia.

Ninguna de las dos.

El misterio desvelado.

Hiriente crueldad.

—¿Y tú me lo preguntas, cariño? Pues que follas de puta pena.

Tiré de mi sarcasmo:

—Apuesto a que eso se lo dices a todos.

Ahora respiraba agitadamente y sus pechos subían y bajaban. Se irguió. Los ojos como un lanzallamas, el rostro tan pálido como el del general Custer, los dientes asomando tras sus labios entreabiertos, la melena rubia revuelta. Se levantó fuera de sí y tuve que apartarme para que no me embistiera. Convengo con John Wayne en que hay mujeres que están realmente guapas cuando se enfadan.

Cogió sus pertenencias y empezó a echarlas a toda prisa en su pequeña y coqueta maleta amarillo limón, la primera con ruedas que yo había visto, Elsa estaba a la última.

Incluso enfadada, enfurecida, rabiosa, estaba bella.

Qué cosas.

—¿Adónde vas? ¿No crees que deberíamos hablar?

Ella callada, ocultándome su rostro, y yo diciendo que deberíamos hablar.

Qué cosas.

—¿Se puede saber qué te pasa? —grité, fuera de mí.

Fue una despedida a la que no estaba acostumbrado. Ni beso ni nota firmada con la huella de sus labios. Justo antes de que saliera dando un portazo, entreví su rostro. Estaba arrasado por las lágrimas.

Adiós, Elsa. Adiós, coqueta maleta amarilla con ruedas.

Nuestra primera crisis. Cerré los ojos y pedí que fuera la última.

Por desgracia, en cierto modo mis oraciones fueron atendidas.

Primero durante minutos, luego durante horas, por fin durante un día entero, esperé una llamada, una disculpa, una explicación.

Elsa llorando, pidiéndome perdón.

Pero no era mucho de llorar ni de pedir perdón. Aunque había visto su cara regada por lágrimas y eso me daba esperanzas. ¿O las había imaginado yo?

No entendía nada. ¿Acaso se podía entender su transfiguración? Como si la hubiera poseído la antigua serpiente.

40

Los días siguientes me tragué mi orgullo y fui a menudo al apartamento de Elsa y Rosa, sufriendo de amor como yo no sabía que se podía sufrir. No había ni rastro de las hermanas y nadie contestaba el telefonillo ni el timbre. Una tarde, por fin, la voz de Rosa me comunicó por el telefonillo que Elsa no estaba. No me permitió subir, y bajó ella.

—No está, Max. Y me ha dicho que no quiere verte. Déjala que se tome un tiempo.

—No entiendo nada.

—En el amor no hay nada que entender, Max.

Y suspiró de forma condenadamente romántica.

Rosa era tan guapa que, pese a ser una adolescente, se permitía dar lecciones.

—Ya te llamará. Está muy enamorada de ti, hasta los huesos. Y no me extraña, lo tienes todo. Formáis una pareja perfecta.

—¿Seguro que no está arriba?

—Seguro. Intercederé por ti, ya verás como todo se arregla.

—Voy a entrar —dije.

—Como quieras.

Subí con ella. Abrió la puerta y entré. Era un apartamento diminuto, como me había dicho Elsa: una cocina americana, incorporada a algo tan pequeño que no podría llamarse salón. Abrí la puerta del dormitorio y la del baño. Todo estaba limpio y ordenado. Allí había pasado ella horas y horas. Estaba en todas las cosas que me rodeaban. Se apoderó de mí un dolor inmenso.

—¿Ves? Y ahora vete.

Rosa se puso de puntillas, me abrazó y me besó en la comisura de los labios.

Salí derrotado, cabizbajo.

Sin noticias de ella, dos días después reapareció el Chino.

Que salga Elsa de tu vida y entre el Chino significa que algo va rematadamente mal.

Por la mañana, al ganar la calle, tras dos deprimentes jornadas en las que no la había pisado, salió a mi encuentro.

El mundo está lleno de exguardaespaldas: García, Robocop, yo.

Y el Chino.

—Max, tengo que hablar contigo.

Fuimos a un bar cercano. Pidió un whisky y yo un café.

No parecía tener prisa. Yo tampoco tenía nada que hacer, pero no me apetecía malgastar el tiempo a su lado.

Prefería malgastarlo leyendo en mi piso.

Así que rompí el hielo, o el fuego.

Como si el fuego se pudiera romper.

Bueno, es una expresión militar. Como meterse en camisa de once varas.

—¿Qué quieres?

La respuesta me parecía obvia: más dinero. Pero todos nos pasamos alguna vez de listos.

—Avisarte. He oído que vas a trabajar con García. Ándate con ojo.

—¿Y eso?

—Lo de las putas, no hemos llegado a ningún acuerdo, pero no es eso. Es otra cosa. Me diste dinero y siempre me has caído bien. Por eso me he molestado en venir a avisarte. Verás, uno de nuestros fichajes era una toxicómana de diecisiete años, aún no echada a perder. Pues bien: García la mató con un bate de béisbol. Un golpe en la cabeza y adiós pajarillo.

No supe si creérmelo o no. Si, como suponía, Fredo había matado a Granizo, ya había cruzado una línea roja. Pero esto, de ser cierto, no era una línea: era un foso.

—Denúncialo.

—No tengo pruebas. Prefiero desaparecer y no volver a relacionarme con García nunca más. Es peligroso. Nunca me gustó, pero esto...

—Si no tienes pruebas, no tienes nada. ¿Viste cómo la mataba?

—Le vi con ella en un callejón. Cuando volví, quince minutos después, ella era un cadáver tapado por unos cartones. No dije nada por no meterme en líos.

—Pudo ser cualquiera. Otro drogadicto, o su camello.

—¿Quién crees que mató a Granizo? ¿Los GAL, ETA? ¡Venga ya, Max! ¿Y quién se para en el primer crimen una vez que empieza?

Se fundió un segundo whisky como si fuera un camello que acabara de atravesar el desierto de Gobi.

O el del Rubicón.

No le hice mucho caso. Le temblaba el pulso, tenía un aspecto deplorable, incluso se le había caído un diente y no lo había reemplazado, se movía con los espasmos propios de los cocainómanos.

Un hombre deshecho a sí mismo resulta poco creíble aun diciendo la verdad.

Lo de Granizo sí. Lo de matar a una adolescente con un bate me parecía excesivo, inverosímil.

—¿Necesitas algo de dinero?

Negó con la cabeza.

Seguí sin noticias de Elsa. Fui un par de veces a su apartamento y solo vi a Rosa.

Y una semana después de mi conversación con el hombre deshecho a sí mismo y todavía sin noticias de Elsa...

41

... me reuní con García en un bar lleno de humo, con camareras uniformadas, muchos espejos y precios gastronómicos.

—Ese botón —dijo, señalando mi manga—. No puedes ir así de desastrado, no das buena imagen, ¿qué te pasa?

Sin que me lo esperara, con un movimiento rápido y experto, como un picotazo, me lo arrancó.

—No te asustes, que ahora te lo coso.

Sacó de un bolsillo un cartoncito con una aguja e hilos de distintos colores, seleccionó el negro y comenzó a coser el botón. Le dejé hacer, aunque me incomodaba que me tocara y deseara que acabara cuanto antes.

—Cobrarás doscientos billetes, no siempre vas a cobrar tanto, no te voy a engañar, es una excepción, va incluida una prima de bienvenida a mi empresa, porque espero que acabes siendo mi socio fiftififti. El señor Montaner no se llama Montaner y a lo mejor hasta tampoco es un señor, le llaman el Cafetero, pero a lo mejor eso también es mentira y su alias verdadero es el Mingadominga o el Chupaojetes, qué más da, el caso es que va a estar en Madrid una semana de incógnito, por eso no va a un hotel, haremos turnos, las siguientes guardias las cobrarás a cincuenta billetes, que tampoco está mal por dormir en un piso, bueno, dormir no, pasar la noche, ¿entiendes lo que te quiero decir? —Terminó de coser el botón y apuntó en una servilleta la dirección—. Van a cambiarle la cara, es feo y le van a dejar requetefeo, ya verás, pero a salvo, uno de esos cirujanos que saben hacer tetas pero que las caras les quedan como culos, estás allí mañana a las ocho de la tarde, serás mi relevo, sales a las tres de la tarde del día siguiente y te pasas por mi oficina, allí te doy el recibo y la pasta y vemos nuevas guardias, y de paso conoces a mis muñones, esos de los que te hablé, el Botijo, alias Sancho Panza, el Mudo, alias el Discursitos, y el Manco, alias el Vampiro gurmé, no sé cómo lo hace, pero prueba una gotita de sangre y te dice de qué grupo es, acierta siempre, yo le pondría en las urgencias de La Paz. A la secretaria leche desnatada Pascual, Nerea, ya la conoces del fiestorro en casa de tus padres, fue Miss Simpatía en el concurso en el que a Elsa la eligieron Miss Villaverde, es el único título que tiene, ni le preguntes por la egebé, pero con ese título y con cómo lo consiguió me basta y me sobra, un día te lo contaré, a mí me lo contó una amiga de Elsa, me las arreglé para dar con ella y no me arrepiento, a veces me siento como si entre las piernas tuviera un chupachús de fresa.

Después de esa perorata, dejó un billete sobre la mesa y se despidió. Tenía prisa. Empezaba su turno.

Intenté por enésima vez localizar a Elsa, sin éxito.

Llegué a las ocho menos diez al chalé, en Boadilla, una construcción vieja y rústica, de

ladrillo y teja, aislada. Nada que llamara la atención en las inmediaciones. Llamé al telefonillo. García me abrió y entré. Recorrí el pequeño jardín hasta la entrada de la casa, junto a la que había una bicicleta herrumbrosa y leña de encina apilada. Salió García, desconfiado, mirando a derecha e izquierda. Entré tras él. Echó el cerrojo.

—Cuando me vaya, lo echas.

De una habitación salió un hombre de unos cincuenta años, bajo, de pelo negro y rizado y tez cetrina, cargado de espaldas, grueso, con papada, descalzo. Me miró con unos ojillos vivos y escrutadores. Tras examinarme, se dio la vuelta sin despegar los labios y entró en la habitación.

—El señor Montaner habla más que el Mudo, pero no mucho más —explicó García—. Ahí está el teléfono. Si llama alguien, contesta por si soy yo. Pero si preguntan por el señor Montaner, dices que se han equivocado, que esto es el domicilio de los señores Botín Zapatonos y colgando, que es gerundio.

García se despidió y me quedé en el salón, con la luz apagada, en una esquina.

El señor Montaner fue a la cocina y regresó a su cuarto con un bocadillo y un plátano.

Se cuidaba.

No lo volví a ver.

Pasaron los minutos, las horas.

El silencio era aplastante, roto a veces por el uhuhuh de un búho o por el sonido de algún paso en la habitación del colombiano. Mi cabeza no me concedía tregua. ¿Se había enamorado Elsa de otro? ¿Había hablado con el Almendro, le habría contado que yo había matado al Jari y a Marlboro y eso había hecho que me temiera o despreciara, que quisiera no volver a verme jamás? Era como tener un roedor en mis entrañas. Todo ese sufrimiento era nuevo para mí.

No había ni un solo libro, ni una sola revista. Unas tazas con un corazón y el nombre de una ciudad, un torero y una bailaora flamenca de esparto, una figura de porcelana de una mujer bailando desnuda. No se parecía a Elsa, pero me hizo pensar en su blanca desnudez.

Pasada la medianoche sonó el teléfono. Contesté. Una voz me devolvió el saludo.

—Hola.

El corazón me latió con violencia.

Hay situaciones en las que debemos dejar que nos gobierne la cabeza.

Esa era una de esas situaciones, pero fue oír su condenada y hermosa voz y tomar las riendas el corazón.

—Tengo que verte. Perdóname. Lo hice por ti, por Rosa. Estoy dentro de tres minutos, cariño. Puedo explicártelo todo.

Colgó.

Era tan hermosa su voz.

—¿Quién era? —gritó el señor Montaner.

—Mi jefe —respondí. No me gustó nada llamarle así—. Para comprobar que todo esté en orden.

Tuve tres minutos para discurrir. ¿Había ocurrido algo entre Elsa y García? ¿Por qué esa urgencia en verme? ¿La había amenazado con matarla a ella con un bate de béisbol, como a la toxicómana, o con matar a Rosa, o con que me mataría a mí si no me abandonaba? ¿De verdad había matado a una adolescente o eran inventos del Chino? ¿Había matado a la toxicómana en presencia de Elsa para aterrorizarla, para demostrar de lo que era capaz? ¿Por qué pensaba que la

actitud de Elsa se relacionaba con García y no respondía a algo entre ella y yo? ¿Y si se había enamorado de otro?

Mandaba mi corazón, como un general en el fragor de la batalla, y era incapaz de discernir lo disparatado de lo razonable.

Con el visillo ligeramente corrido, vigilaba el jardín y la entrada.

A los tres minutos apareció Elsa. Puntual por primera vez. Había conseguido la llave de la puerta del jardín. Ni me pregunté cómo lo habría hecho.

Tocó flojo en la puerta con los nudillos.

—Max, soy yo —dijo quedamente—. Tienes que creerme: te amo.

Entreabrí. No llegué a verla. Un empujón me hizo retroceder dos pasos y apareció el Almendro. Me apuntó con una Llama Max I, solo se fabricó entre 1933 y 1936, ¿de dónde la has sacado, Almendro?, sin haberme dado opción a sacar la mía.

El amor te vuelve imbécil y descuidado.

—¿Creíste que ibas a cargarte a mi primo y santas pascuas?

No sonreía, cosa rara en él y claro indicio de que la situación era verdaderamente grave.

No me molesté en contestar. Calculé qué posibilidades tenía. Prácticamente ninguna. Que fallara el tiro, muy improbable a esa distancia. Que se le encasquillara el arma, algo igualmente improbable, por muy viejo que sea el hierro, una copia del Colt 1911, calibre 45 ACP, simple acción, capacidad para ocho tiros.

¿Dónde estás, Elsa? ¿Qué has hecho?

Esos podrían haber sido mis últimos pensamientos.

Pero no lo fueron.

—¿Quién es el que necesita ahora pañales, chulo de mierda?

Esas no deberían ser las últimas palabras de nadie.

Pero lo fueron de Rogolfo.

Al fin sonrió. Va a apretar el gatillo, va a matarme la bala de una pistola modelo Max y fabricada en el País Vasco, qué ironías se gasta la vida...

Y entonces, cuando yo ya rodaba por el suelo para esquivar el disparo, quien acogió una bala en su cabeza fue él, un disparo efectuado con silenciador, pero más escandaloso que los susurros de las películas. Y a la vez que el quinquí cae como un saco relleno, mientras me levanto, me llega el efluvio de colonia barata con la que se ducha García, y se presenta un hombre con guantes que me encañona con una Beretta 92 FS pavonada y con cachas de madera, qué casualidad, el arma de la que García está tan orgulloso, una media que le cubre cabeza y rostro le vuelve irreconocible, suponiendo que sea él, igual es alguien que usa la misma colonia, es muy popular, la anuncian en la tele, miles de personas la compran, se acicalan con ella, enmascaran su olor natural, pero es él, sé que es él, que esa media desfigura el semblante del insensato, el histrión, el traidor García, en la otra mano sostiene un Smith & Wesson modelo 657, cachas de combate tipo Uncle Mike, no, tipo Hogue, calibre 41 Magnum, una bestialidad, el revólver de seis tiros con el que ha destrozado el cráneo del Almendro, que yace en el suelo, inerte, como una víctima de ETA, con un charquito de sangre junto al boquete de su cabeza, charquito que se va extendiendo perezosamente, y me dice, con una voz cascada, deformada aposta, ridícula, el muy idiota, como si no le hubiera reconocido ya, «torsionada», como él mismo la llamaría:

—Si quieres salir del lío, di que el quinquí finiquitó a Montaner, te hirió en la rodilla y tú le

abatiste.

Mientras oigo ruido en la habitación de Montaner, la agitación de un ratón acorralado, un cajón que se abre, un armario, una lámpara que choca contra el suelo, supongo que el colombiano busca su pistola y que García se la ha quitado, entra un manco, también enfundada la cabeza con una media, y en su caso con un único guante, es un mazacote, bajo pero compacto como los sillares de un acueducto romano, empuña una Llama VIII-C, dieciocho cartuchos, qué generoso eres, mazacote, ¿vas a dejar propina?, diseño seco, austero, de líneas sobrias y rectas, no sé si me gusta, y qué importa eso, ha dejado de fabricarse hace unos pocos años.

—Su recibo, dáselo.

El manco, vamos a llamarle el Manco, me dispara, con silenciador, todo sucede muy rápido, siento el estallido en mi rodilla, atravesada por una bala .38 Super, me derrumbo, el de la colonia me pone la Beretta en la sien, Elsa, ¿qué has hecho, dónde estás?, el Manco se dirige a la habitación del señor Montaner, oigo cómo carga con el hombro contra la puerta, que se abre violentamente, y acto seguido una imprecación y tres disparos, mucho más fuertes que simples susurros, no es una película, el Manco sale y hace un gesto afirmativo con la cabeza y coloca la Llama VIII en la mano del Almendro. García, el de la colonia, me golpea en la sien con el revólver y me deja inconsciente, vuelvo en mí con el aullido de unas sirenas, entra la policía, antes de introducirme en una ambulancia me interrogan, no digo nada, no me importa nada, me da igual que me dejen libre o que me condenen, me dicen que tenía en la mano un revólver Smith & Wesson, vaya con el *cowboy*, de mi Astra no hay ni rastro, tampoco de la Llama Max I del Almendro, oigo a uno decir que el colombiano está muerto, tres balazos, uno en los testículos, otro en la barriga y el tercero entre los ojos, ¿por qué me ha traicionado Elsa?, ¿por qué?, ya en el hospital vuelven a interrogarme, diferentes personas, diferentes días, acaban concluyendo que soy un tonto, y tienen razón, no me acusan de nada, me han engañado, el quinqui, Rodolfo Sánchez Herminio, con diversos antecedentes, es el asesino a sueldo, me disparó con su Llama VIII-C y le maté en defensa propia, seguramente me golpeé en la cabeza al caer, perdiendo la consciencia, alguno no queda del todo convencido, pero realmente no tienen nada contra mí, la bala en la rodilla no es un invento, el golpe en la cabeza no es un invento, las pruebas de balística concuerdan con esa hipótesis, el proyectil que acabó con el Almendro salió del revólver que yo empuñaba, el de la rodilla de la misma Llama con la que ultimaron al colombiano y que agarraba el quinqui, mantengo que me contrató un hombre apellidado Cabrera, que me había contactado él, que solo habíamos hablado por teléfono, que ese tal Cabrera, si es que se llama así, sabía que yo había sido escolta privado en el País Vasco y que me habían despedido y que estaba desesperado por encontrar algo, ¿y quién pudo brindarle esa información?, mucha gente, mentí, había hablado con unos y con otros mendigando trabajo, y acepté la oferta, ignoraba que era un colombiano, me preguntan y yo no doy ninguna pista, no, no abrí la puerta, la abrieron desde fuera, García se conoce el paño, me ha calado, sabe que no voy a delatarle, que prefiero arreglar esto a mi manera, como arregló él lo de Granizo, odio a Elsa, quiero vengarme, los médicos dicen que el destrozo en la rodilla es serio, me operan, odio a García, me caló, tantas horas juntos, me caló, sabe que no voy a delatarle, que prefiero solucionarlo a mi manera, sin juicios, sin policía, ¿por qué no me han matado a mí?, ¿es un insulto, decirme que no valgo nada?, me ha perdonado la vida y encima creará que debo estarle agradecido por haber retirado de la circulación al que quería vengar a su primo y estaba más bueno que el turrón, ¿por qué me has traicionado, Elsa? ¿Por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué?

¿Por qué,
por qué,
por qué,
por qué,
por qué?

42

A finales de abril salgo del hospital, cojo, paticojo, rengo, lisiado, tullido, y por supuesto no hay ni rastro de García ni de Elsa ni del Manco, se han esfumado, la dirección de su oficina resultó ser la de una casquería, otro detalle chusco en el debe de García, imagino que se habrá embolsado una millonada y de paso me ha quitado de en medio, hace siglos me advirtió Quevedo, «nadie ofrece tanto como el que no piensa cumplir», y hacía muy poco el Chino, «¿quién se para en el primer crimen una vez que empieza?», pero no hice caso de sus palabras por juzgarle un desecho, un deshecho, en cuanto a Rosa, también ha desaparecido del colegio de monjas, entro en el piso, solo están mis pertenencias, Elsa se ha llevado todo lo suyo, además de mi corazón, sí, porque mi corazón también era suyo, me invade una tristeza infinita, el señor Montaner se llamaba Pablo Mesa Rodríguez, un narco arrepentido, supongo que en el último suspiro se arrepintió de arrepentirse, doy más vueltas que una peonza y nada, nadie sabe nada, posiblemente hayan salido de España, el Botijo, el Manco, el Mudo, únicamente son apodos, ¿por qué me has traicionado, Elsa? ¿Por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué?

¿Por qué,
por qué,
por qué,
por qué,
por qué,
por qué,
por qué,
por qué,
por qué,
por qué,
por qué,
por qué?

Puedo construir una columna con mi dolor.

¿Fue falso todo ese amor?

Me refugio en la lectura y en la bebida, hago rehabilitación en un gimnasio, me machaco físicamente y, llevado por una tonta corazonada romántica dictada por mi desesperación, voy a Cuacos de Yuste, y ahora la foto que llevo no es de Granizo, sino de Elsa, maldita y bendita seas, tú que me enseñaste la felicidad y luego me la arrebataste. Entro en el bar del camarero retaco con

la cara curtida, roja, de ese rojo que proporciona el campo, la exposición al viento, al sol.

Creo que le doy lástima.

Antes me la daba él a mí.

—Cuando vino por primera vez pensé que era un policía quien me hacía las preguntas.

—¿Y ahora?

—Ahora es un hombre enamorado.

Enseño una fotografía de Elsa en la recepción del parador de Jarandilla de la Vera, donde fui feliz.

—¿Ha visto a esta mujer?

—Estuvo con usted —dice el recepcionista.

—¿La recuerda, entonces?

Qué pregunta más tonta. Lo difícil es olvidarla.

El recepcionista abre un cajón, saca un sobre y me lo entrega.

—Volvió hace dos meses. Me dijo que se lo diera si usted venía.

Lo cojo con trémula emoción y no lo abro hasta estar en el coche.

Contiene una servilleta con la huella de sus labios. Casi lloro de felicidad, casi aúllo de dolor. La amo sin dejar de odiarla y la odio sin dejar de amarla.

No sé cuáles son las fases del duelo, ni si son iguales para todo el mundo, primero estoy rabioso conmigo mismo por haber sido tan condenadamente estúpido, después atravieso una fase en la que el odio me llena como llena la cerveza un tonel, y luego estoy deprimido, siento como si me quemaran el corazón con un hierro al rojo vivo. Y en todas esas fases me espanta descubrir que continúo enamorado.

Eso no es amor, me digo. Es una enfermedad.

Es como si la cojera reflejara el estado de mi alma.

Pero no, mi alma está mucho peor que mi rodilla.

Pienso que tengo que ser fuerte.

Sonreír y ocultar mis lágrimas, llevar un antifaz, una máscara, una careta, aunque pensáis que me alegro, conmigo traigo el dolor.

Y a veces lo consigo. Otras, fracaso, me vuelvo lacrimógeno y autocompasivo, como Johnny Guitar, pero sin saber tocar la guitarra. Tengo un consuelo: al menos, como él, sí sé disparar.

A veces pienso en un dibujo del libro que le había regalado a Elsa en El Sol, un tipo seccionado de arriba abajo que dice: «Me han cortado por la mitad. Ayúdame a ser zurdo».

«Nunca le doy la mano a un pistolero zurdo», le decía Johnny Guitar a Sundance Kid. Quizá a Sundance Kid le habían cortado por la mitad y alguien le había ayudado a ser zurdo.

Porque quiero cambiar, cambio el ron por el whisky, como si ese cambio cambiara algo. Traiciono al ron, al que mi hermana me había aficionado años atrás, en Panamá, cuando la visité. Demasiado dulce, me recuerda a Elsa. Me paso con armas y bagajes, pues, al whisky.

Cada vez más a menudo me consuelo con una botella de DYC y pienso cosas así. Un día, a punto estoy de señalar la corteza de un árbol con mi navaja, de escribir su nombre y el mío unidos por un corazón, pero me arrepiento antes de caer en tal flaqueza.

A veces paso horas mirando la servilleta con la huella de sus labios. La conservo como un tesoro, como un amuleto.

No bebo para animarme, no bebo para atreverme a relacionarme, para ser osado con las mujeres.

Nunca me ha hecho falta, las mujeres han sido osadas conmigo.

Yo he sido como la miel.

Me entrego a la maldición de beber sin sed. Bebo para anestesiarme, para que las horas vuelen, para que llegue el sueño, para matarme, porque no tengo el valor o la verdadera voluntad de suicidarme de golpe, lo hago lentamente.

Por ellas. Por las botellas.

Bebo para olvidar que ella fumaba.

Sigo leyendo, la lectura es una forma elegante de huir, la gran evasión. Un día cae en mis manos un aforismo de José Luis Gallero: «Aprende a vivir quien aprende a cojear».

Ya he aprendido a cojear.

Ahora tengo que aprender a vivir. Veo a un hombre sin piernas en la Gran Vía y dejo de lamentarme por mi cojera.

En otro libro leo una cita de Catulo: «Odio y amo. Os preguntaréis cómo es posible. No lo sé; pero lo siento y es una tortura».

Me cito con un policía con el que tengo cierta confianza, Jesús, le digo que si puede echarme una mano para localizar a Alfredo García, antiguo escolta en el País Vasco, a unos tipos con los que trabaja ahora, apodados el Manco, el Mudo y el Botijo, y a dos hermanas, Elsa y Rosa Arroyo, y al cabo de dos semanas me informa de que no existe ni ha existido nunca ninguna empresa a nombre de Alfredo García, y que las hermanas Arroyo y García salieron dos días después del asesinato del colombiano en un vuelo con destino a Bruselas, no puede decirme nada más.

Doy tumbos, mi orgullo me impide recurrir a mis padres, buscar refugio en su casa, tampoco llamo a mi hermana, desaparezo. Alquilo un agujero barato, lo forro de libros, de ropa, tengo libros y ropa para tres vidas, no voy a gastar mucho, con lo que he ahorrado tengo dinero para unos cuantos años. Un día un cachas de gimnasio me provoca en una discoteca, mientras la gente baila *No more tears (Enough is enough)*, de Barbra Streisand y Donna Summer, se inicia una pelea, una de esas que tienen dos golpes, el que le doy yo y el que se da él al caer al suelo, y me ofrecen ser portero en esa discoteca, acepto con la esperanza de que una noche entre Elsa, o García, o Rosa, o un manco, pido cobrar en negro y digo llamarme Juan Guitarra, bebo gratis durante un año, me acuesto con cincuenta mujeres, ninguna me hace olvidar a Elsa, pienso que no era tan bella, que eran mis ojos los que la hacían tan dolorosamente perfecta, que la belleza reside en el espíritu de quien la contempla, casi todas están tan borrachas como yo, pero solo un par de ellas están igual de desesperadas, intervengo en varias broncas, para acabarlas antes golpeo a quien lleva las de perder, no soy juez, no me importa quién ha empezado, quién tiene razón, mi cometido no es impartir justicia, sino acabar la pelea cuanto antes, así que doy un bonus a los que ya están cobrando, mi pistola, mi querida Astra A-80 me la quitó García el día del asesinato del colombiano, le requisó a un tipo una idéntica y vuelvo a recurrir al policía al que conozco, Jesús, para que se cerciore de si está limpia, lo hace y me la devuelve, no ha sido utilizada en ningún delito, y unos meses después un sargento me ofrece una Star BM de segunda mano que, me asegura, no está fichada, lo compruebo y también me la quedo, en la discoteca escucho cien veces *I will survive*, de Gloria Gaynor, *At first I was afraid, I was petrified. Kept thinking I could never live without you by my side*, y beodo, viendo bailar a jóvenes feas y hermosas, me digo que esa es

la cuestión que tengo que resolver, ¿podré vivir sin ti a mi lado?

Es un túnel negro, avanzo por un túnel negro, después de esas cincuenta mujeres, o cuarenta, qué más da, nunca he llevado la cuenta de mis conquistadoras, pierdo todo interés por el sexo y me entrego a la aberración sexual más rara, la castidad, me vuelvo abstemio en cuanto al sexo y continúo bebiendo, y paso el primer año del túnel, una noche, sentado en un banco, en Cascorro, cerca de la estatua del Soldado Desesperado, oigo una voz femenina cantar, *Fueron mis esperanzas / como el almendro, / florecieron temprano, / se fueron presto.*

43

He tardado en atravesarlo un año, pero al final del túnel no hay una luz, al final hay una caverna, igual de oscura, en la que paso muchas horas durante cinco años, cinco años completos sin contar una aventura barcelonesa de quince días y alguna que otra correría, ay, le encantaría verme al profesor en la caverna, donde el mundo sensible es turbio, indefinido, brumoso, donde he renunciado al mundo inteligible, donde hay pocos hombres y donde lo que me encadena no son eslabones de hierro, sino botellas de whisky, pero al contrario que en el mito de Platón yo sí puedo girar el cuello, lo giro cada vez que se abre la puerta, por si es Elsa quien entra, o por si es García, y lanzarme así a una nueva realidad, y mientras miro las sombras que se proyectan en las paredes, yo mismo soy una sombra, la sombra de lo que fui, y vivo en un mundo que no es real, o no del todo, y bebo. Según Platón el vino eleva el espíritu en pos de la verdad y la belleza, bebo, y bebo, y bebo, y no encuentro ni verdad ni belleza en el fondo del vaso.

La caverna se llama El Gato Azul, debería tener un cartel en la entrada con la leyenda dantesca, *Lasciate ogni speranza, o voi che entrate*, «tú que entras aquí, abandona toda esperanza», la divina comedia, era una comedia divina, decía la muy cursi, y se cambiaba de bragas, *El gato que está triste y azul / nunca se olvida que fuiste mía*, una cueva en la que enterrarme en vida, donde nadie me encontrará, por si algún colombiano o algún quinqui, un lugar donde «Permanecer tranquilo y contemplar el mercado sin comprar ni vender nada», como diría mi querido profesor citando a Séneca, y entonces, si me he inhumado en vida, ¿a qué girar el cuello cada vez que se abre la puerta durante cientos de noches, durante años?

Es obvio, he entrado aquí, pero no he abandonado toda esperanza.

Una noche escribo un poema. Tacho, suprimo algún verso, sustituyo unas palabras por otras, lo releo, arrugo la servilleta y la tiro a una papelera.

A veces cierro los ojos para recuperar un momento de gloria, un tesoro, un antídoto contra los malos tiempos. En La Paloma, Elsa, de espaldas, desnuda, con la cabellera llegándole a la mitad de la espalda, parece indecisa antes de abrir el grifo de la ducha... Pero en lugar de atenuar mi dolor, el recuerdo lo acentúa.

Y a veces cierro los ojos y rememoro el inicio de mi nueva etapa, en este antro, *o voi che entrate*.

Tres días después de dejar el trabajo de portero entro por primera vez en El Gato Azul, un bar en un barrio modesto, de la periferia, no muy lejos de mi pisucho, aunque tampoco cerca. Suelo ir en coche, es un barrio olvidado hasta por los controles de alcoholemia. En el interior, sobre el dintel de la puerta, la figura de porcelana de un gato azul hace aún más feo el lugar.

Malo, feo y barato. Justo lo que buscaba.

Atiende un chaval que me cae en gracia al primer golpe de vista.

—¿Cómo te llamas, figura?

—Toni.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis. ¿Y usted?

—Veintisiete. Vas a tutearme y a ponerme dos cosas, Toni. Un DYC y la primera canción de esta cinta.

Le lanzo la casete, que el chico atrapa al vuelo, y eso que usa muletas. Es parapléjico.

Empieza a sonar *I say a little prayer*, de Aretha Franklin.

Son los daños colaterales del trabajo: en la discoteca me había aficionado a la música discotequera, algo bastante lógico, por otra parte. Soy un superviviente.

Comienza a servirme el whisky.

—Necesito poco, pero este poco lo necesito bastante —digo, adulterando a san Francisco de Asís.

Toni, por supuesto, no reconoce la pseudocita.

Pero es un chico espabilado y silencioso, y vamos a llevarnos bien.

Es uno de esos días en los que me da por resistir, por superarme, por sobrevivir. Estaba harto de la discoteca, de la noche en compañía.

Ahora quiero ahogarme en la noche solitaria. Por eso he escogido este tugurio, tan escasamente atractivo. Y sin embargo, contradictoriamente, albergo la esperanza de que una noche...

Doy un trago y para celebrar la nueva etapa de mi segunda vida me pongo a bailar, algo que llevaba mucho tiempo sin hacer.

No es lo mío. Johnny Guitar sabía tocar la guitarra, Sundance sabía bailar. Yo no sé hacer eso. Pero, como ellos, sé disparar.

Y me han cortado por la mitad.

Forever, forever, you'll stay in my heart / And I will love you / Forever and ever we never will part / Oh, how I'll love you...

Algún día vendrás tú a mí, Elsa. Mendigando.

Tú, que eras mi sol, mi bien, mi vida.

Y como un príncipe oriental, dudaré entre cortarte la cabeza o mostrarte los salones y jardines de mi palacio para seducirte, y a lo mejor hasta rezo una pequeña oración por ti.

Mírenme. Entré solo en un bar y vi a Elsa. Ahora estoy solo en otro bar y no hay ni rastro de ella. Es una caverna negra en la que habitaré durante cinco años, cinco mil veces se abrirá la puerta, cinco mil veces giraré el cuello, es una caverna y al final del pasillo hay una luz, o una luciérnaga, pero yo no puedo verla, no puedo saberlo, tantas veces voy a soñarlo, sabiendo que es prácticamente imposible girar el cuello y que entre Elsa. Bailo la canción de Aretha Franklin, *Together, together, that's how it must be*, Toni baja la vista, quizá le dé vergüenza ajena, o lástima, se abre la puerta, giro el cuello y no es Elsa, me llega el olor de los cigarrillos que fuma una pareja que se magrea en un sofá con almohadones, me llega el humo y sigo bailando y pienso que quizá Elsa esté fumando en este preciso instante y que quizá ya haya conseguido olvidar que yo bebo, yo no he conseguido olvidar que ella fumaba, cojo el mechero de la mesa de la pareja y quemó la servilleta con la huella roja de los labios de Elsa mientras resuenan en mis oídos sus

últimas palabras, «tienes que creerme: te amo», el humo entra en mis ojos y me hace llorar y pienso que ella era una reluciente fruta podrida por dentro, como la manzana de la bruja, de piel tersa, hermosa y casi perfecta, y sigo bailando sin que me duela la rodilla, porque soy lo suficientemente fuerte como para vivir sin ti.

FIN

Las aventuras y desventuras de Max Lomas
continuarán en

Mi precio es ninguno

NOTAS DEL AUTOR

I

Los personajes y los sucesos aquí descritos y narrados son imaginarios y no se corresponden con personas ni hechos reales. Sin embargo, para dar algunas pinceladas sobre la crueldad de ETA no he tenido que inventar nada. Me ha bastado con leer cientos de artículos periodísticos y libros como *Contra el olvido. Testimonios de víctimas del terrorismo*, de Cristina Cuesta (Temas de Hoy, Madrid, 2000) o *Vidas rotas. Historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA*, de Florencio Domínguez Iribarren, Marcos García Rey y Rogelio Alonso (Espasa Calpe, Madrid, 2010). En cuanto a la vida y la rutina de un escolta privado en el País Vasco, aparte de conversaciones con antiguos guardaespaldas, me ha servido de gran ayuda el libro de César Charro Rodríguez *Una pistola y veinticinco balas* (Círculo Rojo, Madrid, 2014).

Hay una excepción a lo dicho al principio: la experiencia sudafricana de Max, el intento de *carjacking* que sufre, me lo contó tal cual, vivido en primera persona, mi amigo Jaime Prujà. Seguramente por fortuna, Jaime, al revés que Max, no cambió a partir de ese suceso el enfoque de su vida.

II

La novela está salpicada de citas y referencias. Muchas están explicadas en el propio texto, pero algunas no, para no cortar o entorpecer el ritmo de la narración. Es de justicia aclarar aquí aquellas que pudieran resultar menos obvias.

CAPÍTULO 1

La novela arranca cuando Max entra en el bar en el que trabaja Elsa, a la que aún no conoce. «Yo iba solo, como de costumbre. Al abrir la puerta me llegaron los primeros acordes de *Good vibrations*, de los Beach Boys. *Ahhh... I love the colorful clothes she wears...* Y la vi. Fue verla y que me hiriera un rayo que todavía no ha cesado». Lo de «un rayo que todavía no ha cesado» es una evidente referencia al título del libro de Miguel Hernández *El rayo que no cesa*, inspirado en gran parte por su amor por Maruja Mallo.

Al poco, Max intenta entablar conversación, pero las palabras no le vienen: «Me quedé callado, mirándola. No por aplomo, sino por deslumbramiento. Mirando su mirar ardiente,

honesto». Aquí se rinde tributo a Garcilaso de la Vega y, en concreto, a su más famoso poema, el soneto XXIII: «En tanto que de rosa y azucena / se muestra la color en vuestro gesto, / y que vuestro mirar ardiente, honesto, / enciende al corazón y lo refrena...».

CAPÍTULO 2

Sentado a la barra del bar, Max se va emborrachando, esperando como agua de mayo el poco tiempo que Elsa le puede dedicar. «Entre copa aquí y copa allá, *maquillate, maquillate*, intentaba no perder el tiempo cuando me concedía algunos segundos». Aquí se hace un guiño a la canción de Mecano *Maquillaje*, muy en boga en aquellos años, escrita por Nacho Cano: «Sombra aquí, sombra allá / maquillate, maquillate / un espejo de cristal / y mírate y mírate...».

Max espera a Elsa hasta que acaba su jornada y la acompaña a la calle. «Vamos a tomar algo para que veas que soy muy bueno», le propone. Y ella rehúsa: «Estoy cansada». Ella le ha dicho antes que estaba casada y él no lo ha creído, pues le parece demasiado joven para ello.

«Casada y cansada. Quiso la lengua castellana que únicamente hubiese una letra de diferencia». Por supuesto, nunca habría escrito estas frases si, siglos antes, Lope de Vega no hubiese escrito aquello de «No quiso la lengua castellana que de casado a cansado hubiese más de una letra de diferencia».

CAPÍTULO 3

«Su incontinencia verbal a veces me divierte, a veces me harta y a veces me ofende. Y entonces querría su cabeza», piensa Max en la presentación de su binomio en el País Vasco, Alfredo García. Hay aquí sin duda una flecha que apunta a *Quiero la cabeza de Alfredo García* (el título original, *Bring Me the Head of Alfredo García*), película de Sam Peckinpah de 1974, protagonizada por Warren Oates.

A lo largo de este capítulo aparecen frases que explican tanto lo que ha estudiado Max como lo que se espera de él como escolta privado. Su tono seco propio de un índice de temario no sorprende si sabemos que están extraídas de manuales de estudio y de las disposiciones oficiales para la obtención de certificados de profesionalidad en el gremio de la seguridad.

CAPÍTULO 5

«[...] y tampoco cometí la estupidez de estropearlo todo diciendo que la quería...». Una de mis canciones preferidas es *Something Stupid*, escrita por C. Carson Parks y popularizada por Frank y Nancy Sinatra, donde se dice: «Then afterwards we drop into a quiet little place / And have a drink or two / And then I go and spoil it all / By saying somethin' stupid like "I love you"».

CAPÍTULO 7

Cuando García exclama: «¡Aprende de mí, que me gasto el dinero en putas y en Chivas y el resto lo despilfarro!», probablemente se ha inspirado en el famoso futbolista norirlandés George Best, quien declaró en una ocasión: «Gasté la mayor parte de mi fortuna en coches, mujeres y

alcohol. El resto lo malgasté». Otra frase célebre suya es: «En 1969 dejé las mujeres y la bebida. Fueron los peores veinte minutos de mi vida». Pero de esa no hay rastro en esta novela.

CAPÍTULO 9

En este capítulo podemos leer: «Empezó a sonar una vieja canción, en la que se decía que hay una calma antes de la tormenta». Sospecho que la canción a la que alude Max Lomas es *Have you ever seen the rain*, de la Creedence Clearwater Revival, escrita por John Fogerty, y cuyos dos primeros versos son: «Someone told me long ago / there's a calm before the storm».

CAPÍTULO 10

«Aunque no era Navidad, el Almendro ya había vuelto, y con él, el Jari y Marlboro», nos dice Max, cuando sale del bar de Elsa y comprueba que, como esperaba, los tres quinquis le están esperando para darle una paliza o algo peor. Max juega aquí con el apodo del Almendro y los anuncios de la marca de turrón, que empezaron en 1983 —y hasta hoy, siempre por Navidad— con la famosa canción en la que se dice *Vuelve a casa, vuelve...*

CAPÍTULO 12

También a García Elsa le entra por los ojos nada más verla. Y exclama: «¡Pero bueno! ¿Es que no me vas a presentar a ese cañón de Navarone?». Nuestro hijo de sastrería combina aquí la expresión «estar cañón» con la película de 1961 *Los cañones de Navarone* (título original, *The Guns of Navarone*, de J. Lee Thompson). Desde entonces, García llama Navarone a Elsa. El que sea una película bélica y que ahí se plante ya la semilla del enfrentamiento entre García y Max no es, seguramente, mera casualidad.

«Eres el número uno, Max, a la guerra yo me querría ir contigo, tú de capitán y yo de cabo cuartelero ascrito al capitán, captain, mai captain», le dice a Max un García borracho al despedirse, la misma noche en que ha bautizado como Navarone a Elsa. Cómo no recordar, al leer ese diálogo, el célebre poema de Walt Whitman dedicado a Abraham Lincoln tras su asesinato, *O Captain! My Captain!*, que se inicia con este verso: «O Captain! My Captain! our fearful trip is done» («¡Oh, Capitán, mi Capitán! Nuestro azaroso viaje ha terminado»). Es imposible imaginarse a García leyendo a Whitman. Más fácil sería suponer que ha visto a Robin Williams declamándolo en *El club de los poetas muertos*, aunque esta suposición se encuentra con un pero: la película de Peter Weir se estrenó en noviembre de 1989, después, por tanto, de que tuviera lugar esa escena. Así que nos quedamos con la incertidumbre...

CAPÍTULO 13

«¿Tú sabes por qué me gustas?», le pregunta Elsa a Max. Y este responde: «¿Porque soy guapo, fuerte y sentimental?». Lo hace, sin duda, como contraposición a la célebre descripción del marqués de Bradomín, al que en sus *Sonatas* Valle Inclán describe como «feo, católico y sentimental».

Casi inmediatamente, en el mismo diálogo, Max le dice a Elsa: «¿Y tu marido? Se va a enfadar». En la respuesta de ella: «No te preocupes, chiquitito: los maridos son como las penas, que vienen y van y desaparecen», hay un consciente juego con la canción de ABBA, *Chiquitita*, escrita por Benny y Björn, y en la que, en la versión en español, se dice: «Chiquitita, sabes muy bien que las penas / vienen y van y desaparecen».

Más adelante, Elsa informa a Max de que «sor Patricia decía que si tenía prisa, me vistiera despacio». Aquí, evidentemente, sor Patricia se ha apropiado de la famosa frase atribuida a Fernando VII, «Visteme despacio, que tengo prisa», aunque Napoleón es otro de sus posibles padres.

CAPÍTULO 15

«A lo Scarlett O'Hara, a los dieciocho años juré que jamás aprendería a planchar», le dice Max a Elsa, reivindicando su condición de señorito o, quizá, burlándose de sí mismo. Scarlett O'Hara es, por supuesto, la protagonista de *Lo que el viento se llevó* (*Gone with the wind*). La novela de Margaret Mitchell es de 1936 y la película, que contó con tres directores, Victor Fleming, George Cukor y Sam Wood, de 1939. Scarlett pronuncia una de las frases más famosas de la literatura y del cine: «Aunque tenga que mentir, robar, mendigar o matar, ¡a Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre!».

Un poco más adelante, Max dice: «Soy de los que creen que la verdad es algo tan raro que es un placer decirla». Aquí, nuestro protagonista se apropia de una frase de Emily Dickinson pronunciada en su primer encuentro, el 16 de agosto de 1870, con Thomas Wentworth Higginson, pastor unitario y menor literario de la gran poeta estadounidense.

CAPÍTULO 16

Tras una noche de amor con Elsa, Max sale a la calle para comprar el periódico y desayunar. Pero la mañana no va a ser como había planeado: le están esperando el Jari y Marlboro, con no muy buenas intenciones. «Las manos dentro de los bolsillos del gabán, como Pedro Navaja, pero el bulto en el lado derecho revela que empuña una pistola pequeña en lugar de una navaja».

Es obvia la referencia a la canción de Rubén Blades de 1978, *Pedro Navaja*, en la que canta: «Por la esquina del viejo barrio lo vi pasar / con el tumbao' que tienen los guapos al caminar / Las manos siempre en los bolsillos de su gabán / pa que no sepan en cuál de ellas lleva el puñal». Si tiramos del hilo, aparece una canción estadounidense, *Mack the Knife*, que cuenta también una historia de bajos fondos, escrita por Marc Blitzstein y popularizada por Louis Armstrong, Ella Fitzgerald o Frank Sinatra. Y si seguimos tirando hacia el pasado, surgen Bertolt Brecht y *La ópera de los tres centavos*, y si tiramos aún más, nos plantamos en 1728, en *La ópera del mendigo*, de John Gay, donde ya aparece Macheath, un salteador de caminos. Y dando un buen salto geográfico y temporal, en España tenemos el cómic de Ivà *Makinavaja*, con sus historietas que se publicaron en *El Jueves* a finales de los ochenta y principios de los noventa. Y no seguimos tirando más del hilo, que se está enredando...

«¿Y el tercer hombre? ¿No os habéis traído al del truco del almendruco, al que está más bueno que el turrón? ¿A Rogolfo?», les pregunta Max al Jari y a Marlboro antes de que le suban al coche para darle un paseo. Aquí es inevitable suponer que hay una referencia al título de la famosa

película de Carol Reed, *The third man* (1949), con guion de Graham Greene, una de las cumbres, creo que indiscutibles, del arte cinematográfico.

CAPÍTULO 17

Virtute duce, comite fortuna. Así se saludan el profesor y su amigo, el abogado, con una frase que encontramos en una carta de Cicerón. En el capítulo 22, la frase se repite en una corona de flores. Es fácil adivinar quién la ha encargado.

Y hacia el final del capítulo, Max se hace eco de Colette, quien en *Le pur et l'impur*, de 1932, afirma: «Solo hay dos especies de seres humanos: los que han matado y los que no han matado» («*Il n'y a que deux espèces d'êtres humains: ceux qui ont tué et ceux qui n'ont pas tué*»).

CAPÍTULO 18

Max y García escoltan al profesor y a su amigo en su visita de consuelo a una mujer a cuyo hijo lo ha asesinado ETA, en Fuenterrabía. Mientras los amenazados están en el piso de la víctima, Max y García, vigilantes, hacen tiempo en una *herriko taberna*, donde se les recibe con indisimulada hostilidad. En varios wésterns el que el protagonista vaya a un bar y pida un vaso de leche en lugar de un whisky produce la rechifla de los parroquianos, y es el prelude de una pelea. Max tiene la tentación de hacer eso, y piensa en Gary Cooper, prototipo del héroe íntegro que se enfrenta sin apoyos a los villanos. La película del Oeste más conocida protagonizada por Gary Cooper (hay un puñado de ellas) es sin duda *Solo ante el peligro* (el título en español dice mucho; el original es *High noon*), de 1952, dirigida por Fred Zinnemann, y por la que el actor obtuvo su segundo Óscar.

Y la observación con la que termina el capítulo va en la misma dirección: «Visitar aquellos pueblos de Guipúzcoa o la parte vieja de San Sebastián era como entrar en el salón en el que estaba Liberty Valance con su látigo y su banda. Y a mí me gustaba esa sensación», nos dice Max, en alusión a *The man who shot Liberty Valance*, de 1962, estrenada en España con el título de *El hombre que mató a Liberty Valance*, película de John Ford con unos magníficos John Wayne, James Stewart y Lee Marvin.

CAPÍTULO 22

«Vamos de paseo, pi pi pi, en un auto feo, pi pi pi», canta infantilmente García cuando él y Max suben con el profesor al monte Igueldo en un coche peor que el que tenían antes. La canción es *En el auto de papá*, compuesta por el argentino Enrique Fischer, más conocido como Pipo Pescador, y que en España hicieron famosa los Payasos de la Tele, Gaby, Fofó y Miliki.

CAPÍTULO 25

En Cuacos de Yuste, adonde viaja con Elsa para investigar a Granizo, Max ve una discoteca que se llama Jeromín, lo que le decepciona. Para Max, don Juan de Austria, de niño Jeromín, era un mito desde que en la infancia leyó un libro con una frase de Pío V sobre el héroe de Lepanto:

«Hubo un hombre elegido por Dios cuyo nombre fue Juan». Esa frase (con variantes según la traducción, por ejemplo «enviado» en vez de «elegido») está tomada del Evangelio de san Juan, Juan 1, 6, referida a Juan el Bautista. De allí la sacaría Pío V para aplicarla a otro Juan, el de Austria.

Poco después, en esa discoteca, varios lugareños se acercan a cortejar a Elsa. Y Max encuentra una razón para no sacar su Astra —«No me saques sin razón ni me guardes sin honor»— en la leyenda grabada en muchas espadas toledanas: «No me saques sin razón ni me envaines sin honor».

CAPÍTULO 29

Esto da un poco de vergüenza, pero he de decir que, al final del capítulo 29, me autocito. Así comienza otra de mis novelas, *La primavera corta, el largo invierno*: «Chicharras por el día, grillos por la noche: el bordoneo de los abejorros, mi vida está llena de las cosas que ella vació».

CAPÍTULO 30

Reacio a presentar a sus padres a Elsa, Max dice: «Preferiría no hacerlo». Es la frase tan educada como firme con la que Bartleby rechaza cualquier tarea que se salga de la rutina que le propone el buenazo de su jefe, en el triste y maravilloso cuento largo —o novela corta— de Melville, *Bartleby, el escribiente* (*Bartleby the scrivener: A story of Wall Street*), de 1853.

CAPÍTULO 33

En el cine, justo antes de que empiece la película, Max y Elsa mantienen este diálogo:

«—¿Sabes por qué fumo, Max?

—Porque te relaja, porque te gusta. Porque te da la gana.

—Sí, un poco por todo eso, corazón. Pero, sobre todo, yo fumo para olvidar que tú bebes».

Más adelante, en París, en el muro de una casa en las inmediaciones del Sagrado Corazón, los dos enamorados ven una pintada de una chica fumando, con esa misma leyenda «Je fume pour oublier que tu bois». «Vaya —dice Max—. ¿Habías estado antes en París?». Elsa lo niega, tal vez haciéndose la inocente.

Siempre nos quedará París y siempre nos quedará la duda de si Elsa había visto esa frase o si, efectivamente, se le ocurrió a ella.

Un hermano mío, Juan, vio y fotografió esa pintada de Miss.Tic en el barrio del Sagrado Corazón a finales de los ochenta o a principios de los noventa. Mi primera novela juvenil, de 1995, *Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero*, iba a llamarse así, *Yo fumo para olvidar que tú bebes*, pero renuncié a la idea por consejo de la editora, Norma Sturniolo, quien no veía conveniente que una novela juvenil llevara en el título los verbos beber y fumar.

En cuanto a Miss.Tic, es una conocida pintora y poeta francesa nacida en 1956 y activa como artista callejera desde 1985. Por otra parte, hay una canción titulada así, *Je fume pour oublier que tu bois*, escrita por Boris Bergman y Alain Bashung e interpretada por primera vez por este último en 1979.

CAPÍTULO 35

Sin ningún pudor canta García a Max mientras intenta convencerle de que se convierta en su socio fifti fifti: *Estás perdiendo el tiempo, pensando, pensando. / Por lo que más tú, quieras hasta cuándo, hasta cuándo. / Y así pasan los días / y yo desesperado, / y tú, tú contestando: / Quizás, quizás, quizás.* La canción fue escrita en 1947 por el cubano Osvaldo Farrés. Nat King Cole hizo una versión muy conocida en inglés, *Perhaps, perhaps, perhaps*, cuya letra es de Joe Davis.

CAPÍTULO 36

Tras París, Elsa sugiere que su próximo viaje podría ser a Praga y Max responde, algo pedante o condescendiente: «Iremos cuando hayas leído un libro que se llama *Praga mágica*». El libro que cita es de Angelo Maria Ripellino, publicado originalmente en 1973. En España lo publicó Julio Ollero Editor en 1991. Un poco después de los sucesos aquí narrados, pero no descartemos que Max Lomas conociera la edición italiana...

CAPÍTULO 37

Queriendo presumir de nivel, García, que aún no sabe que el «casoplón» de la fiesta es el de los padres de Max, le dice: «Mi vida empieza a ser como un crucero en primera clase, vacaciones en el mar». Sin duda, conoce la serie de la cadena estadounidense ABC *The love boat*, llamada en España *Vacaciones en el mar*, una comedia de situación que transcurría en un crucero de lujo y que se emitió entre 1977 y 1986.

Después, tras haberse despegado de García, en el Penta, y temeroso de caer en los celos, Max recuerda un verso de Góngora: «Furia infernal, serpiente mal nacida». Lo encontramos en el soneto titulado *A los celos*, de 1582: «¡Oh niebla del estado más sereno / furia infernal, serpiente mal nacida! / ¡Oh ponzoñosa víbora escondida / de verde prado en oloroso seno!».

Cuando suena *Hasta luego cocodrilo*, Max y Elsa abandonan el Pentagrama: saben que esa es siempre la última canción que pinchan antes del cierre. La original, *See You Later, Alligator*, de los años cincuenta, la compuso Bobby Charles, y en 1956 la hicieron muy famosa Bill Haley & His Comets. En el Penta la versión que sonaba, en español, era la de los Llopis. Creo... porque aunque la escuché cientos de veces, a esas horas no lo podría jurar...

CAPÍTULO 42

Cautivo de su pasado, cautivo de su amor, Max es una sombra y piensa en unos versos de Cervantes extraídos de *Los baños de Argel*: «Aunque pensáis que me alegre, conmigo traigo el dolor». Canta Ambrosio en la obra cervantina: «Aunque pensáis que me alegre, / conmigo traigo el dolor. / Aunque mi rostro semeja / que de mi alma se aleja / la pena y libre la deja, / sabed que es notorio error: / conmigo traigo el dolor».

Y más adelante, esa sombra en la que se ha convertido Max nos confiesa: «Pierdo todo interés

por el sexo y me entrego a la aberración sexual más rara, la castidad». La frase «De todas las aberraciones sexuales, la más extraña es la castidad» la he visto atribuida a Anatole France y a Remy de Gourmont, autores franceses de la misma época. No sé a quién pertenece realmente. Tampoco descarto que el autor auténtico sea un tercero.

CAPÍTULO 43

Max pasa «una condena» de cinco años en El Gato Azul, un bar de mala muerte cuyo nombre puede deberse a *El gato que está triste y azul*, la canción que en España y en América hizo célebre Roberto Carlos. Al menos es lo que le viene a la cabeza a nuestro héroe, *El gato que está triste y azul / nunca se olvida que fuiste mía...* La canción original, de Toto Savio y Giancarlo Bigazzi, escrita para el Festival de San Remo de 1972, se llama *Un gatto nel blu*.

«Necesito poco, pero este poco lo necesito bastante», dice Max al chaval que va a ser su camarero durante cinco años, Toni, «adulterando a san Francisco de Asís». La frase del santo, sin adular, es la siguiente: «Necesito poco, y lo poco que necesito, lo necesito poco».